

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 abril 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 436

EL AÑO CERO DEL MERCADO COMUN

UNA PARTIDA DE NACIMIENTO EN EL CAPITOLIO ROMANO



LOS SEIS PAISES DE LA "PEQUEÑA EUROPA"

Suez, una puerta que se vuelve a abrir (pág. 9) * El trágico fin de René Dubois, fiscal general suizo (página 13) * III Congreso Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo (pág. 17) * Ibiza, una isla en el Mediterráneo (pág. 22) * Entrevista con Antonio Prieto (pág. 27) * El primer motor a reacción español (pág. 32) * «Plan Galicia» de electrificación y mejora de ferrocarriles (pág. 41) * El nacionalismo rusosoviético, por Frederick Barghoorn (pág. 46) * El Habib Burguiba, amigo de España (pág. 50) * De España a Estados Unidos y viceversa (pág. 54)

EL QUINTO MANDAMIENTO
Novela, por Anselmo de Virto Sánchez



La verdad y la ficción

La verdad es que las manos
no son el cisne, aunque la sombra
lo finja a maravilla.

De igual forma, la Primavera
nos brinda la ficción de una Naturaleza
floreceda y templada
que muchas veces no coincide
con la áspera realidad.

Las sombras chinescas primaverales
afectan a nuestra salud.

En definitiva son engaños
contra los que debemos prevenirnos
tomando "Sal de Fruta" ENO,
única verdad capaz de mantener
nuestro organismo
en condiciones fisiológicas normales,
cualesquiera sean las
ficciones de la estación.

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida
natural, efervescente y refrescante
consagrada en el mundo entero des-
de hace 85 años. Estimula las funcio-
nes orgánicas, elimina los desechos
y depura la sangre. Iguala las bene-
ficiosas propiedades de la fruta fres-
ca y madura. Entona el cuerpo y
aviva la mente.



Adquiera
el frasco
grande.
Resulta
más
económico



EL AÑO CERO DEL MERCADO COMUN

UNA PARTIDA DE NACIMIENTO EN EL CAPITOLIO ROMANO

LOS SEIS PAISES DE LA «PEQUEÑA EUROPA»

ROMA fué elegida entre las demás capitales de la «pequeña Europa» para celebrar en ella la legalización de la partida de nacimiento del Mercado Común y del Euratom. Y Roma ha contribuido con sus obras de arte, su hospitalidad y sus tradiciones al mayor esplendor de los actos. Lo único que no responde a los deseos de los organizadores es el cielo. Este día del 25 de marzo, lunes para más exactitud, las nubes parece que han escogido a la Ciudad Eterna como punto ideal para descargar agua en cantidades industriales. Lluvia y más lluvia. Es una importante circunstancia ésta, que malogra muchas esperanzas de los maestros de ceremonias.

En medio de un auténtico bosque de paraguas, los ministros que han de estampar nada menos que 92 firmas para que la partida de nacimiento quede formalizada, van llegando al Capitolio. Es decir, a la sede del Ayuntamiento romano. El edificio, el palacio de los Conservatori, está en la plaza del Campidoglio, trazada por el mismo Miguel Angel, en cuyo centro se alza la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que esta mañana chorrea agua por sus cuatro costados.

Van llegando los protagonistas del solemne acto. Son el canciller Adenauer y Hallstein, vicepresidente alemán de Asuntos Exteriores; Pineau y el subsecretario de Estado, Faure, en nombre de Francia; los ministros de Asuntos Exteriores de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, señores Spaak, Luns y Bech, y el de Italia, Gaetano Martino. Los agentes de Po-

licía y la guardia, en uniforme de gala, sable al costado y bicornio con airos pompón, se las ven y se las desean para impedir a los curiosos que se protejan de la lluvia refugiándose bajo las arcadas del palacio.

A las cuatro en punto de la tarde cada cual ocupa el puesto que tiene reservado en el vasto salón llamado de los «Horaci» y de los «Curiazi», por una pintura mural que hay en él que recuerda el legendario episodio de la vieja Roma. Mientras periodistas, operadores de la televisión, de cine, locutores de radio, fotógrafos y corresponsales extranjeros se entregan concienzudamente a su tarea, la histórica campana «Patarina», colgada en lo alto de la torre que se levanta en el Capitolio, tañe jubilosamente. Suenan sus notas cantarinas en tanto que Adenauer pronunciaba estas palabras:

—Es muy doloroso para nosotros, los alemanes, no poder par-

ticipar en las tareas de la unificación de Europa teniendo a nuestra propia Patria desunida.

Llegaban esas manifestaciones en el momento exacto en que nacía jurídicamente el Mercado Común y el Euratom. Eran la advertencia para que los optimismos no se alejaran de la realidad. Nadie puede olvidar—parece ser el pensamiento del canciller—que se pretende soldar unas piezas del Continente cuando sus piedras maestras se hallan seccionadas; cuando muchas naciones, vivas guillotinas, arrancadas de Europa por el «telón de acero»—

DAMASCOS Y SEDAS EN HONOR DEL MERCADO COMUN

Antes de que los ministros comiencen a pasarse de mano en mano los documentos oficiales, redactados en francés, italiano, alemán y holandés, para estampar sus firmas en ellos, viene el



En el salón de los «Horaci» y de los «Curiazi» va a nacer jurídicamente el Mercado Común



El canciller Adenauer suscribe los documentos del Mercado Común y del Euratom



El francés Pineau en el momento de estampar su firma en los documentos

turno de los discursos. Rompe la tanda el alcalde de Roma, Umberto Tupini, quien da la bienvenida a la concurrencia y pone de relieve la trascendencia del acto.

—Se abre para Europa un siglo de unión pacífica y de prosperidad—termina diciendo.

El honorable Tupini pasea su mirada por el salón; es un alcalde satisfecho por el espectáculo que tiene ante sus ojos. La estancia es amplia, como una plaza pueblerina. De ancho y de largo mide por lo menos cuarenta metros. Pero tanta gente hay allí reunida, que se suda como si se tratara de un mes de verano. Contribuye a recargar la atmósfera el calor que despiden los reflectores y los potentes focos que se hallan encendidos, a fin de permitir unas buenas «tomas» para la televisión y los noticiarios cinematográficos.

La escena se halla dominada por dos grandes estatuas, una en bronce y la otra en mármol que representan al Papa Inocencio X y al Papa Urbano VIII sentados en la cátedra de San Pedro

y en actitud de bendecir. En el centro del salón se encuentra una larguísima mesa de nogal, cubierta con un paño de vistoso damasco rojo. Sobre ella hay doce escribanías en piel de color castaño y cuatro micrófonos. Entorno a la mesa están doce sillones de estilo «imperio», dorados, tapizados también con damasco rojo. Y detrás de ellos se extienden dos filas de sillas con sedas rosas. La estampa se completa con dos solemnes ujieres, vestidos con deslumbrantes libreas rojas, que permanecen en pie a ambas extremidades de la mesa. Esos damascos y esas sedas van a ser los pañales en que nazcan el Mercado Común y el Euratom.

Quien habla a continuación del alcalde romano es Gaetano Martino, ministro de Asuntos Exteriores de Italia:

—Nuestros problemas no concluyen con la firma, sino que empiezan. Para hacer funcionar la máquina de la Comunidad debemos combatir tenazmente contra los prejuicios del pasado, que antes que en nuestras institucio-

nes y cosas están dentro de nosotros mismos: en nuestro carácter pusilánime y en nuestros temores.

Muchos aplausos, muchas más fotografías, y el ministro italiano cede la palabra a Conrad Adenauer. No se refleja la fatiga en el rostro del canciller alemán, tras las muchas horas de avión que ha invertido en llegar a Roma, debido a las malas condiciones atmosféricas. Tan malas, que el piloto del aparato del canciller estuvo a punto de dar media vuelta hacia Alemania antes de decidirse a volar sobre los Alpes.

—La Comunidad está abierta para todos los demás países europeos, los cuales podrán adherirse, bien incondicionalmente, en cuyo caso serán equiparados en derechos y deberes a los Estados fundadores, o bien por medio de acuerdos especiales.

Después habla Spaak, el belga, y Bech, luxemburgués, y Luns, de Holanda, y Pineau, en nombre de Francia.

—Hemos constituido no una pequeña y solitaria Europa, sino una gran Europa. Nuestra unión y nuestra fuerza inspirarán respeto a todos los que intenten perturbar nuestra paz — concluye el ministro francés.

Todos y cada uno de los discursos pueden ser resumidos en esta idea básica: que si la Unión Europea ha nacido, no por eso han dado fin a las dificultades; lo más espinoso y delicado queda por hacer. En otras palabras, que llevar a la práctica el Mercado Común y el Euratom será más laborioso que todas las gestiones realizadas hasta entonces.

Y tras el turno de los discursos da comienzo la ceremonia de la firma de los tratados.

PROTESTAS EN EL CAM-PIDOGLIO

Uno de esos dos solemnes ujieres, con deslumbrante librea roja, acerca los documentos a Spaak, que está sentado en uno de los extremos de la mesa. Estampa su firma en los que hacen referencia al Mercado Común y rápidamente los pasa al segundo delegado belga. Después rubrica los documentos del Euratom o Comunidad Europea de Energía Atómica. Así sucesivamente, ambos tratados van avanzando hacia el otro extremo de la mesa. De los belgas los reciben los franceses; de éstos pasan a los alemanes, italianos, luxemburgueses y holandeses.

Cuando todos han firmado, dos rúbricas por país miembro, el alcalde de Roma prende en las solapas de cada uno de los delegados una medalla de oro que conmemora el acto. Y sin más ceremonias, los delegados se retiran del salón. Han de descender hasta llegar a la calle por la escalera de honor, fastuosamente engalanada. La fachada del palacio de los Conservatori luce magníficos reposteros con las armas de Roma, y entre ellos, las banderas nacionales de los seis países que integran el Mercado Común y el Euratom. Pero la lluvia no los ha respetado, y los colores y bordados están totalmente empapados de agua.

En la plaza hay bastantes curiosos que aguantaron allí la hora exacta que duraron las ceremonias. A pie firme, armados con los paraguas, ven salir a las personalidades que han fraguado lo que se viene llamando la Unidad Europea. Sin embargo, entre esos curiosos hay algunos que no comulgan con tales ideas europeístas, y reparten octavillas contrarias a los actos y documentos que se acaban de formalizar. Son muy jeres principalmente las que más se afanan en la distribución de esa propaganda. En ella se dice que los dos tratados no van encaminados a fin práctico, sino a ahondar más y mejor las muchas diferencias que existen hoy en Europa.

Apenas nacida, en pañales aún, la Comunidad es recibida con exteriorizaciones de desagrado. Algunos de los curiosos pretenden ir más allá de la mera distribución de propaganda e inician actitudes de abierta hostilidad a cuanto han firmado los delegados que van saliendo poco a poco del palacio capitolino. Pero las fuerzas de seguridad, que están al tanto de lo que se prepara, dan por terminado el asunto deteniendo a varios de los que manifiestan su desacuerdo con mayor vehemencia.

Después los ministros acuden a la recepción que se da en su honor en el palacio de Venecia. Y con esto terminan los actos oficiales de formalización de los tratados. Al día siguiente la mayoría de los ministros y delegados emprenderían el regreso a sus países para laborar, sin duda, por la aplicación de los documentos firmados al son de la campana «Patarina», de la Ciudad Eterna. Una aplicación que exige el requisito previo de que los respectivos Parlamentos ratifiquen los tratados. Porque el Mercado Común y el Euratom, si tuvieron difíciles trámites anteriores a su formalización legal, no son menos largas y minuciosas las etapas que se han de cubrir hasta que se apliquen los tratados con la plenitud prevista. Un camino espinoso desde que se concibió la idea e igualmente intrincado hasta alcanzar la meta.

ORGANISMOS EUROPEISTAS EN MARCHA

La Europa unida que se ha pretendido dar vida oficial en Roma, que comprende según los dos tratados firmados una masa de 160 millones de habitantes, y en la que se incluyen los territorios que Francia, Bélgica, Italia y Holanda conservan en ultramar, principalmente en África, es fruto de una larga gestación a través de cerca de veintidós meses de negociaciones, a menudo difíciles y delicadas siempre.

La idea de unificación europea arranca en esencia de las circunstancias en que se encuentra el Continente al dar fin la segunda guerra mundial. Europa se siente entonces prácticamente sin recursos entre los dos poderosos bloques económicos que la circundan: el americano y el soviético. Con el fin de buscar un instrumento que facilite su expansión económica, se piensa vagamente en la constitución de una amplia zona común y en fundir los distintos mercados nacionales.



Segni y Martino firman en nombre de Italia los documentos



La delegación belga en el acto de la firma de los tratados



Representantes del Benelux y de Francia en una recepción, antes de la firma del tratado del Mercado Común

Tal necesidad tiene pronto una primera realización: el Benelux, unión aduanera entre Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Con idéntica finalidad se dan los pasos para crear estructuras semejantes en otros lugares y tomando parte otros países. Sucede así con el Uniscam, convenio angloescandinavo, y con el Fritalux, unión aduanera del Benelux, Italia y Francia. Todos estos intentos van encaminados a organizar mercados comunes, con mayor o más limitada extensión en lo geográfico y en el número de los productos sujetos a ellos.

Un paso adelante en esos proyectos es la Conferencia de los «Dieciséis», celebrada en París el mes de diciembre de 1947, en cuyas sesiones se estudia la posibilidad de establecer la Unión Aduanera Europea. El mes de marzo del año siguiente se crea ya la Organización Europea de Cooperación Económica (O. E. C. E.), con participación de los países que disfrutaban la ayuda norteamericana en Europa y para hacerla más eficaz. Con dicha Organización se lleva a la práctica un sistema de «clearing», que pronto sería sustituido por la Unión Europea de Pagos.

Siempre con la misma finalidad, en 1949 se organiza el Consejo de Europa, órgano consultivo que, actuando más en el terreno de lo meramente especulativo, tiene como misión más importante la de favorecer cuantos proyectos se dirijan a facilitar la Unión Europea. Se ha venido moviendo más por el terreno de la utopía que sobre las realidades del Continente.

En el campo de las realidades, un hito importante se establece en 1951 cuando, respondiendo a un llamamiento de las autoridades francesas, seis países constituyen la Comunidad del Carbón y del Acero (C. E. C. A.), que entra en vigor el 25 de julio de 1952. Son aquéllos: Italia, Alemania, Francia, Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Más tarde se trataría de la adhesión de otros miembros.

Se suceden luego varios intentos que se malogran antes de nacer. Ocurre de esta manera con la Comunidad de los Transportes, la Comunidad Europea de Agricultura y la Comunidad Europea de Defensa o Plan «Pleven». Pero la semilla estaba lanzada; el «Pool» del carbón y del acero cobra gran vigor y a la vista de sus buenos frutos se van limando asperezas y se espolean los deseos de avanzar más aún hacia la unidad económica.

LA «PEQUEÑA EUROPA» TRAS EL MERCADO COMUN

Estamos ya en los antecedentes inmediatos de los dos tratados firmados en la colina del Capitolio de Roma el pasado mes de marzo. Esa «Europa Pequeña» constituida por los miembros de la Comunidad del Carbón y del Acero y con fines específicos va dando vueltas y más vueltas a la idea de ampliar la cooperación a más amplios campos económicos. Se piensa entonces en un Mercado Común a base de suprimir gradualmente las tarifas aduaneras entre ellos y de aplicar tarifa única a las mercancías importadas de los países ajenos a la Comuni-

dad. Falta solamente dar forma al proyecto.

Es Irlanda quien hace interesantes proposiciones el mes de febrero de 1953 en ese sentido, y, tras de estudiarse en unas reuniones celebradas en Roma no llevan a ninguna conclusión de orden práctico.

Sin embargo, los seis países de la Comunidad del Carbón y del Acero siguen estudiando el procedimiento más conveniente para ampliar la competencia de la Comunidad y asegurar así la extensión del Mercado Común. Muy avanzados los trabajos hechos por Comisiones de técnicos, se convoca la Conferencia de Mesina, que se celebra el mes de junio de 1955, a la que asisten los seis ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad del Carbón y del Acero, que acuerdan un esquema para suprimir las barreras aduaneras que dificultan la circulación de productos comerciales e industriales entre los países miembros y prevén también un organización común para explotar la energía atómica.

Se entregan estas conclusiones a las Comisiones correspondientes y son éstas las que trabajan desde entonces para redactar los textos de los tratados aprobados recientemente en la capital italiana. En mayo de 1956, en Venecia, el belga Spaak entrega a las Delegaciones de los países interesados los primeros proyectos elaborados por los técnicos. Poco más tarde, en octubre y noviembre, reunidos en París y Bruselas los ministros de Asuntos Exteriores de los «Seis» imprimen gran celeridad a los trabajos. Queda preparada así la reunión de Bélgica, celebrada el pasado mes de enero, en la que el Benelux, Alemania, Francia e Italia, es decir, la «Pequeña Europa», proponen el texto definitivo de los dos tratados. Todo queda ultimado para la firma solemne de los documentos, que ha de tener lugar en Roma. Se cierra de esta manera el largo y debatido proceso que culmina con esta nueva estructura del Mercado Común y del Eurotom, que ha sido bautizada ya con el nombre de Comunidad Económica Europea (C. E. E.)

LOS «SEIS» TIENEN UN MISMO MERCADO

La principal finalidad del Mercado Común es que los productos circulen libremente por ellos sin los obstáculos que suponen las barreras aduaneras. Además, los seis países participantes establecerán una tarifa común para gravar los productos que se importen de territorios ajenos a la Comunidad. El mercado citado es, pura y simplemente, un gran espacio económico donde son puestos en común los productos, los capitales y el trabajo, con supresión de barreras administrativas, así como de licencias de importación, de cupos, etcétera.

En los tratados firmados se prevé un proceso de adaptación, rebajándose gradualmente las tarifas de las Aduanas, con un margen de tiempo máximo de dieciocho años y un mínimo de doce, hasta la total vigencia de aquella finalidad perseguida. Así la eliminación total de las Aduanas interiores entre país y país no tendrá lugar antes de 1970.

Pero la abolición de esas aduanas es sólo una mínima parte de los acuerdos del Mercado Común. Partes esenciales son también la creación de un Banco de Crédito para coordinar las finanzas de los «Seis», la convención sobre intercambios de trabajadores—de la que quedan excluidos las poblaciones de los territorios coloniales—y la posibilidad de pagos entre los miembros con moneda propia de cada uno.

Tal vez entre los puntos que han suscitado mayores controversias está el relativo a la integración de los territorios de ultramar, lo que presupone una intervención común de los «Seis» en la expansión económica de aquéllos. Durante los cinco primeros años del Mercado Común se invertirán en esos países dependientes de Francia, Bélgica, Italia y Holanda 580 millones de dólares. A la formación de esta suma contribuirá Alemania con 200 millones, Francia con otros 200, Holanda y Bélgica con 70 cada una, Italia solamente con 40 millones y Luxemburgo limita su aportación a 1.125.000 dólares. Para los productos de esos territorios regirán las mismas tarifas que si se tratara de mercancías provenientes de cualquiera de los «Seis», de sus metrópolis.

Por su parte, el previsto Banco de Crédito, antes de que hayan pasado seis meses desde la fecha de su constitución, deberá contar con 250 millones de dólares, aportados por los países de la Comunidad.

El tratado por el que se crea el Euratom establece las bases para poner a la común disposición de los «Seis» todos los recursos energéticos atómicos existentes y los materiales utilizables para su desintegración. Las solicitudes para utilizar esos recursos se han de hacer a un organismo de «control de seguridad».

CADA MIEMBRO TIENE SUS PROPIOS INTERESES

Para llegar a esos tratados del Mercado Común y del Euratom cada uno de los seis países participantes ha pretendido defender sus propios intereses durante las negociaciones. Francia, con más de cuarenta y tres millones de habitantes y una extensión superficial superior al medio millón de kilómetros cuadrados, consideró en un principio el proyecto del Mercado Común con recelo. El país vecino hizo siempre hincapié en los problemas de la igualación de las cargas sociales entre los países miembros y en la integración de sus territorios de ultramar. Temiendo Francia la competencia de la industria alemana y de la obra de mano italiana, ha logrado introducir en los textos de los tratados unas regulaciones a fin de que sus productos, en general de precio más elevado que el de los otros países miembros, puedan concurrir al Mercado Común sin graves perjuicios para la economía gala. En tal sentido ha logrado Francia defender el valor de su signo monetario.

Para Alemania, el proyecto de Mercado Común es, en principio, favorable para su economía. Dado que este país vende a Europa más de lo que adquiere de ella, el extender sus fronteras comer-

ciales significa una ventaja. Sin embargo, no aceptaba de buen grado que se incluyeran los territorios de ultramar por considerar que iba a pesar sobre ella la parte más costosa de la rehabilitación económica de esos países. El mismo recelo sentía Holanda, tras su experiencia en Indonesia; juzgaba ésta que las inversiones que se realizasen en ultramar carecían de garantías debido a las tendencias autonomistas que allí existen. Por otro lado, como los precios de sus productos industriales son más bajos que los de otros países del mercado, Holanda se mostró favorable a la constitución de la Comunidad.

País con la servidumbre de tener que importar las primeras materias básicas, Italia no opuso objeciones al Mercado Común. Lo que propugnaba con mayor interés es que llegaran los capitales necesarios para ayudar a la rehabilitación de sus regiones más pobres y que se facilitara la libre circulación de la mano de obra a fin de eliminar la amenaza de paro que se cierne sobre el país italiano actualmente.

Bélgica fué en todo momento uno de los más firmes paladines del proyecto. Por su situación geográfica en el centro de los Estados que integran la Comunidad estimó que su economía saldría beneficiada al incrementarse el comercio sin la existencia de barreras aduaneras. Además confiaba ser elegida para establecer en su territorio las instituciones de la Comunidad. En cuanto a Luxemburgo el Mercado Común es una necesidad. Con sus 300 000 habitantes y 2.500 kilómetros cuadrados no puede vivir materialmente dentro de sus fronteras sin una más amplia estructura económica. La experiencia del Benelux reportó en todo momento beneficios a los luxemburgueses.

Pero tales supuestas ventajas tienen también su reverso. En la otra cara del Mercado Común no faltan tampoco abundantes argumentos contrarios a los tratados firmados en Roma.

LA UNIDAD EUROPEA PRECISA LA LIBERACION DE LOS SATELITES

Dicen los adversarios del Mercado Común que de registrarse este por las teorías librecambistas se va a crear en Europa una situación caótica, que va ser todo lo contrario de la tan cacareada unificación que se esgrime para justificar los tratados. Y si tal anarquía no se produce, lo que inevitablemente ocurrirá es que en esa unidad económica Alemania va a empuñar la batuta como país industrial y a Francia le quedará como único recurso el dedicarse preferentemente a la explotación agrícola. Este augurio ha mudo muchas voluntades en el país vecino contra el Mercado Común. En Francia también se temió y se sigue temiendo que el franco no pueda salvarse con el Mercado Común y que antes o después habrá de ser devaluado inevitablemente, sobre todo, en cuanto sean suprimidas las barreras aduaneras.

La libre circulación de la mano de obra, prevista en los tratados, levanta sombrías amenazas



Adenauer descende del avión para participar en la reunión de los «Seis»

en los países de la Comunidad a excepción de Italia, que es el que sale bien librado con este principio. Al poder trasladarse sin más obstáculos los italianos a los otros territorios se pueden crear en estos fenómenos de paro. Si tal hecho llegara a producirse, se estima que el nivel de vida de los productores no italianos puede disminuir gravemente.

Entre los adversarios del Mercado Común se baraja mucho la idea de que al integrarse en él los territorios africanos, las pocas industrias que en éstos existen caerán en la bancarrota por imposibilidad de competir libremente con los productos similares de los países del Mercado Común, con siglos de ventaja en el proceso de industrialización.

Para los franceses, principalmente la integración de sus territorios africanos en la Comunidad es un arma de dos filos. Si por una parte es ayudada por los demás miembros en la tarea de rehabilitarlos, en otro sentido se verá en el trance de que muchos beneficios que antes eran sólo para la metrópoli, para los franceses, en el futuro habrán de ser compartidos con los demás miembros.

En contra también de los tratados del Mercado Común se dice por muchos expertos que carece de toda posibilidad de realidad y

que no deja de ser una mera utopía, la esperanza de que la estructura de esa Comunidad pueda convertirse algún día en el molde que configure la unidad política de Europa. En opinión de de estos expertos, no cabe pensar en lograr tal finalidad si no se empieza por crear los cimientos de la misma. Estos cimientos no pueden ser otros sino las instituciones de otro orden que serían necesarias.

Sin puntualizar tanto como esos técnicos, el hombre de la calle también se formula sus reservas. Y se pregunta simplemente cómo puede hablarse de la unidad europea y de su prosperidad sin antes firmar los tratados que devuelvan la unidad a países como Alemania y que restituyan a Europa todas las naciones que están sometidas al poder soviético. Porque para el hombre de la calle, Europa sigue siendo igual que en los mapas de antes de la guerra mundial: con Polonia y con los países bálticos, con Hungría y con Albania sin olvidar a Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia... Sin estas naciones, le resulta muy difícil admitir que con los tratados firmados en Roma, en la colina del Capitolio, se ha logrado la unidad del Viejo Continente sin esas naciones y otros importantes supuestos.

Alfonso BARRA

LA CONTINUIDAD Y SUS GARANTIAS

NO hay mayor alabanza ni más positivo elogio confortador para la labor, la obra y la permanencia de un Régimen que su legítima, ansiada y ejemplar continuidad. La continuidad la permanencia se afirma, se mantiene por unas leyes que garanticen en sentido vertical su estabilidad, seguridad y firmeza y por la firme voluntad de la Nación, por el incommovible asentimiento y leal obediencia de un pueblo que esté dispuesto a quebrantar y aniquilar todo aquello que en mayor o menor escala pudiera significar un atentado contra esa continuidad que los súbditos anhelan y defienden. Esa es la permanencia positiva del Régimen español.

«Aquellas viejas situaciones políticas, históricas de antaño no las permite ya el pueblo español, que se alzaría de nuevo contra el cantonalismo y la fragmentación de la Patria.»

Estas palabras de Franco en sus últimas declaraciones están ratificadas con una gloriosa experiencia. La victoria española del 1 de abril de 1939 tuvo dos consecuencias: una, la paz el orden interior, la unidad, el engrandecimiento la absoluta independencia, el pan y la justicia, la auténtica y real libertad para los españoles, para todos los españoles. Todo se había perdido y todo se recuperó con creces. Pero, al tiempo que en nuestros pueblos, en nuestros campos y en nuestros hogares, la paz se iba haciendo más fuerte más duradera, y el espíritu de unidad de cohesión, de obediencia y de fiel lealtad nos iba estrechando más junto a la figura del hombre que salvó a Es-

paña, surgía la otra consecuencia: fuera, en el extranjero, se había sembrado ya la cizaña de un odio tenaz y persistente. Había nacido, coetáneo con nuestra paz bien ganada, el adversario espíritu de maledicencia, de calumnia, de asedio. Los eternos enemigos de la grandeza de España no podían aceptar una victoria rotunda, sin excusas, sin paliativos, y cuando fueron vencidos en el campo de combate escogieron el campo fácil de la pura dialéctica verbalista, sorda a la razón y abierta a la calumnia sin fundamento.

El mundo de entonces cayó pronto en la red de aquella propaganda antiespañola, y fué precisamente entonces, en nuestra soledad y en nuestro abandono, cuando el pueblo español supo demostrar que aquella unidad reconquistada estaba firme y robusta, que nadie podía arrebatarlos ni nuestra cohesión, ni nuestra esperanza, ni nuestra fe en la auténtica continuidad de los principios del Movimiento Nacional, que informaban ya como savia viva el tronco español.

«Todos los intentos que en este camino, desde el extranjero, pretenden fomentarse tropiezan con el desprestigio y el repudio más sólidamente nacionales. El poder aglutinante, la fuerza de cohesión, de integración y de superación del Movimiento en toda la geografía española está en pleno vigor y actúa con una agilidad positivamente refractaria a cualquier tendencia de división o de separatismo político.»

Hoy, igual que entonces. La continuidad y la supervivencia de nuestro Régimen sigue siendo también asunto de todos los españoles, de toda la Nación, que no toleraría a nadie romper, en provecho propio de un grupo o de una bandera, la unidad nacional para erigirse en arrendatario del Régimen.»

Y porque continuidad es precisamente todo lo opuesto a estacionamiento y parada la España que comenzaba a edificarse el 18 de Julio de 1936 sigue hoy, sin anquilosamientos, en el camino de superación, de nuevas metas, de aspiraciones nuevas, basadas siempre sobre los mismos pilares incommovibles que un día fueron el punto de partida. el toque de arranque de nuestro Movimiento político. La inquietud de cada día, de cada hora, nos lleva seguros hacia la perfección ideal en la práctica de unos principios que permanecen intangibles, pero adaptables, sin desvirtuarse a las necesidades funcionales de cada momento.

Sin anquilosamiento, sin pausas, pero sin prisas. Con una Constitución abierta, perfectible. No han existido, a lo largo de todos estos años de paz, razones algunas para acelerar los procesos previstos. Tenemos las instituciones y están establecidos los órganos y los procedimientos que aseguran y garantizan la continuidad.

A este respecto las palabras del Caudillo resumen todos los aspectos de tan importante cuestión: «Nuestras instituciones tienen robustez suficiente para arrostrar cualquier eventualidad. La Nación ha visto cómo sin prisas ni tampoco retrasos, en cada momento se ha realizado lo que a cada hora interesaba para la buena marcha de la Nación. Lo que no puede hacerse, por un afán de perfección y de logro total, es el intentar que, mar etapas y hacer el juego a los que desde nuestra Cruzada vienen especulando, intentando colocar al Régimen en un estado de interinidad. Veinte años de existencia, con todo lo que España en ese tiempo ha logrado en medio de tan violentos temporales, del mundo, son bastante para demostrar la eficacia y la estabilidad de un Régimen. Los Poderes que rigen hoy nuestro país y quienes conservan la autoridad son Poderes legítimos en su origen y en su ejercicio. Por lo tanto, toda la aceleración de un ritmo normal previsto sería inconveniente.»

¡¡¡ES VERDAD!!! LA COCINA CON OLLA A PRESION

de MARIA VIDAL

Es un libro práctico de cocina española, pudiéndolo utilizar aunque no se sepa cocinar, de acuerdo con las instrucciones del mismo

480 recetas - 2 índices, uno general y otro alfabético

Forma un volumen tamaño 14 x 22, encuadernado en glasofán (lavable), a 3 colores, con 400 páginas e ilustraciones de S'vell. Precio: 100 pesetas

Pedidos: a su habitual librero o a

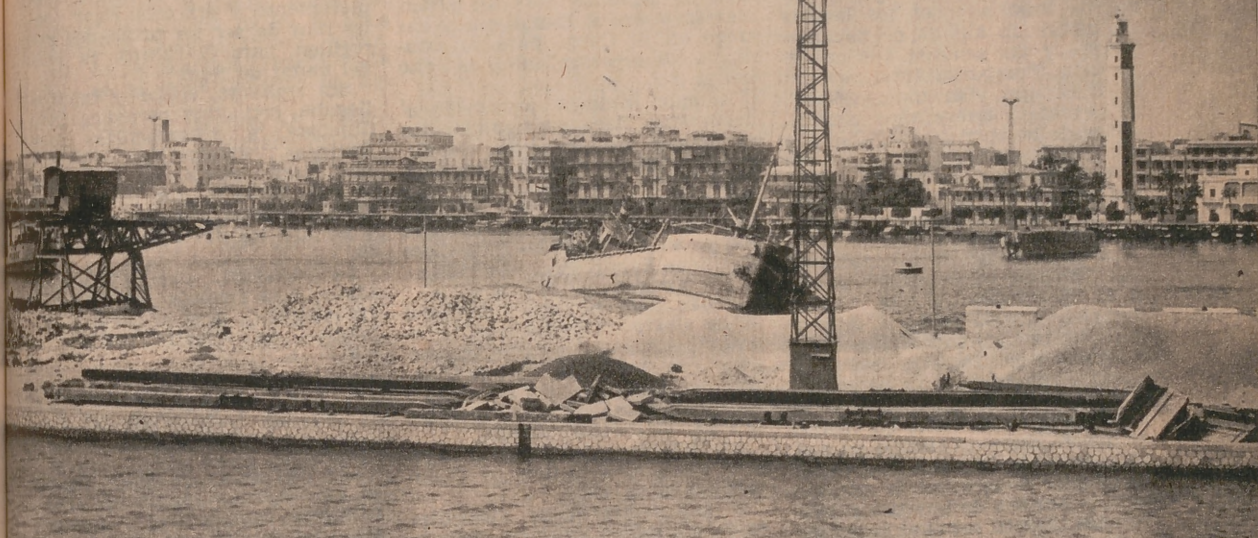
EDICIONES GINER

Cuesta Sto. Domingo, 11 - Tel. 47 07 52

MADRID

EL ESPAÑOL

SUEZ, UNA PUERTA QUE SE VUELVE A ABRIR



Una vista de Port-Said, punto clave de la situación. Durante meses esta ciudad se ha convertido en el centro de las miradas del mundo

EL día 29 de marzo, una semana después que Hammarskjöld viera poner a flote uno de los grandes barcos hundidos en el Canal, el Presidente Nasser abrió el Canal a los barcos de tonelaje medio. Mañana de sol, que servía de pretexto a la multitud para estar presente en las calles de Port Said. Un convoy de diez barcos, el primero, desde hace muchos meses, estaba ya en ruta. Siete banderas flotaban sobre los mástiles del convoy: las de Rusia, Grecia, Panamá, Costa Rica, Finlandia e Italia. El buque mayor era el ruso, de 9.000 toneladas.

Unas horas después, repentinamente, una tempestad de arena se desencadenaba a lo largo del Canal. El convoy se detuvo. Así, de esta forma simple, se volvía a poner en marcha la ruta Irpetial después de cinco meses.

EL CANAL DE SUEZ, LA GRAN HISTORIA A DEBATIR

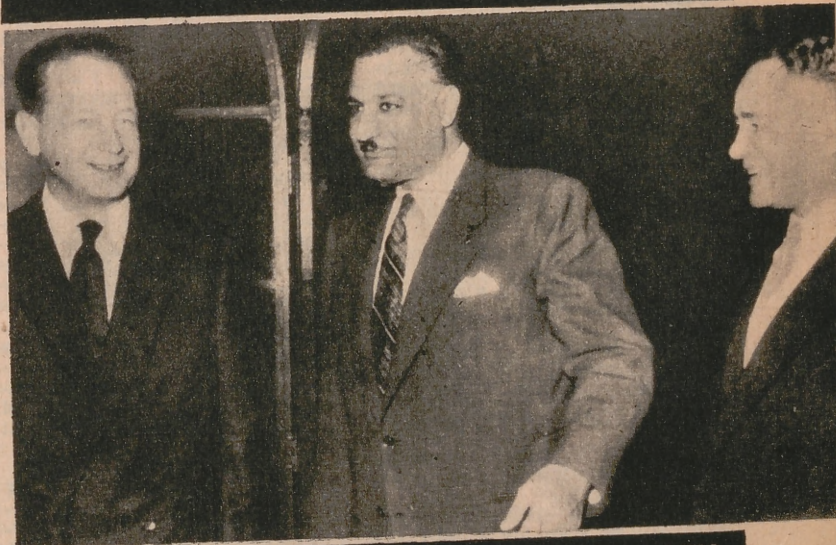
Estos días se ha hablado mucho, casi verdaderas toneladas de papel, sobre el futuro régimen que gobernará el tránsito por el Canal. Se puede hablar al tiempo de tres problemas: el de la libertad de navegación, que es el fundamental; el de los derechos a percibir por el tránsito de los buques y, por último, la fórmula que coordine determinados derechos internacionales con el principio de total soberanía egipcia.

LO QUE SE LLAMA CONVENIO DE CONSTANTINOPLA

Cuando se inició la empresa de

EL CANAL, ENTRE LOS SEIS PRINCIPIOS DE LA O. N. U. Y EL "PLAN NASSER"

LAS REVELACIONES SENSACIONALES DE BROMBERGER SOBRE LA "OPERACION MOSQUETERO"



Una entrevista histórica: el Presidente egipcio y Hammarskjöld después de la conversación que puso en manos del secretario de las Naciones Unidas el «Plan Nasser» para el Canal

abrir a la navegación un canal que uniera los dos mares, el Rojo y el Mediterráneo, se firmaron dos Actas concediendo permiso y autorización para su construcción. La primera se firmó en El Cairo en 1854, y la segunda y definitiva, el 5 de enero de 1856.

Dos principios generales destacaban en esta última Acta: la declaración solemne «por nosotros y nuestros sucesores» de la libertad de navegación por el canal de Suez a todos los buques sin distinción alguna de nacionalidades y un acuerdo que concedía a la Compañía Internacional de Suez una vía independiente de noventa y nueve años, contando desde la apertura del Canal a los grandes buques. Este período se cerraba exactamente en 1968... y Egipto, como sabemos, nacionalizó la gran vía de comunicación el 26 de julio de 1956.

La Convención de Constantinopla, firmada entre nueve países el 29 de octubre de 1888 —Gran Bretaña, Austria Hungría, Alemania, Italia, Holanda, España y Turquía, cuyo Imperio incluía a Egipto— ampliaba los principios anteriores volviendo a afirmar la libre navegación, tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz, sin permitirse por ninguna razón el bloqueo y asegurando que pasado el período de noventa y nueve años, Egipto reasumiría los derechos.

LOS SEIS PRINCIPIOS DE LA O. N. U.

Teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales y el hecho mismo del estado de beligerancia que Egipto sigue manteniendo con relación a Israel, el principio de libre navegación no parece se mantenga en favor de los buques israelíes, aun cuando Ben Gurion, en el momento de escribirse este artículo se disponga a enviar uno de sus barcos al primer convoy que cruce el Canal. No hay que olvidar que ya desde el 19 de julio de 1950, Egipto había prohibido a los barcos israelíes la utilización de la antigua Vía Imperial.

Pocos días antes del estallido del conflicto en la península del Sinaí, la Asamblea General de las Naciones Unidas había preparado un memorándum —13 de octubre de 1956— que serviría como base a un acuerdo. Los principios eran seis, y recogen, en esencia, las características generales del problema de Suez:

1. Libertad de tránsito sin discriminación alguna.
2. La soberanía de Egipto será respetada.
3. El Canal quedará aislado de las cuestiones políticas de cualquier país.
4. Los derechos que se perciben por el tránsito del Canal serán fijados a través de un acuerdo entre Egipto y los países usuarios.
5. Una proporción de los beneficios será destinada a la mejora del Canal.
6. En caso de disputa entre la Compañía del Canal y Egipto, se sometería la cuestión a arbitrio.

Egipto, con los demás países aprobó estas soluciones básicas en aquellos días. ¿Cuál es hoy la situación?

EL «PLAN NASSER», EN LAS CANCELLETERIAS DE OCHO PAISES

Mientras Eisenhower y Macmillan conferenciaban en las Bermudas y Foster Dulles se bañaba en las playas de aquellas islas, el secretario general de las Naciones Unidas y el Presidente Nasser se reunían a unos kilómetros de El Cairo. El Gobierno egipcio preparaba en aquellos días un «Plan Nasser» sobre el Canal, que se entregó en El Cairo, para su estudio, a los representantes de ocho países.

Aunque, como de costumbre, el documento lleva consignadas las simbólicas palabras de «top-secret», o alto secreto, el «New York Times» ha publicado ya, para estas fechas, un resumen importante del texto egipcio, que recoge, al fin y al cabo, las ideas que tiene Egipto sobre tan importante cuestión.

Según el «New York Times» del 29 de marzo, su posición es la siguiente. Haremos, no obstante, para que nuestros lectores puedan comparar su texto con los seis principios de las Naciones Unidas, una corta síntesis:

1. Respetar la letra y el espíritu de la Convención de Constantinopla de 1888.
2. Las diferencias existentes entre los países entonces firmantes se resolverán conforme a la Carta de la O. N. U. y las diferencias sobre la interpretación de sus cláusulas serán sometidas al Tribunal de La Haya.
3. Egipto asegurará la libre navegación para todos los países. Los peajes no podrán ser aumentados sin negociación, más del 1 por 100 en el espacio de doce meses.
4. El Canal operará bajo la dirección de la Autoridad Autónoma del Canal de Suez creada por Egipto el 26 de julio de 1956. Los derechos de tránsito serán pagados en este organismo.
5. La Autoridad del Canal pagará al Gobierno de El Cairo un 5 por 100 de los ingresos, en concepto de impuesto, y reservará otro 25 por 100 para un fondo de desarrollo y mejora.
6. La cuestión de compensación o reclamaciones, de la Compañía Universal del Canal de Suez será sometida al arbitraje, conforme a la política internacional.

La reacción de Inglaterra y Francia a estos puntos ha sido inmediata. Se considera en París y Londres —mientras que Washington invita a la prudencia— que se vuelve al punto de partida, ya que los derechos de tránsito terminarán por ser cobrados e impuestos por Egipto, y el arbitraje sobre los derechos de la Compañía Universal se convierte en una cosa hipotética. Dicen que no se cumple tampoco el principio que deja al Canal al margen de «la política».

EL PUNTO DE VISTA DE MACMILLAN: «LOS BARCOS INGLESES NO TRANSITARAN POR EL CANAL HASTA NUEVA ORDEN»

De regreso de las Bermudas, Harold Macmillan, con las huelgas se encontró la crisis econó-

mica y, para final, el debate de Suez.

Cansado y fatigado se enfrentó con la oposición, que le reprochaba haber convertido a Inglaterra en el «49 Estado norteamericano». Al defenderse, Macmillan anunció la oposición británica al «Plan Nasser», advirtiendo oficialmente que los buques ingleses se abstendrán de transitar por él mientras no se aclare completamente, y con todo rigor, cuáles han de ser los principios que regulen, para el futuro, la vida del canal de Suez.

Sin embargo, el «Daily Express» llegaba, con otros periódicos londinenses, a consecuencias muy distintas. «Macmillan —decía— anunciará pronto, no más allá de esta semana, que se rinde al «Plan Nasser», pagando en dólares y en oro los derechos de tránsito.

La decisión, dice el «Daily Mail», será tomada con carácter «provisional», pero el acuerdo definitivo no diferirá mucho de ello.

ISRAEL QUIERE UN «TEST» DE LA LIBERTAD DE NAVEGACION

Los problemas de Suez tienen, en su conjunto, situaciones enormemente complicadas y complejas. Una de ellas, no poco importante, es la situación de Israel. ¿Podrá transitar por el Canal?

El ministro de Asuntos Exteriores del Estado judío, señora Golda Meir, personaje central en los acontecimientos, señala que, mientras Egipto siga considerándose en estado de beligerancia con Israel, las negociaciones serán imposibles. El derecho de libertad de navegación tiene también una amplitud enorme: «Nosotros —dice Golda Meir— efectuaremos un intento de navegación por el Canal. Será el «test» de la libertad...»

PRIMERA RESPUESTA AMERICANA AL «PLAN NASSER»

Mientras tanto, después de haberse entregado los principios del «Plan Nasser» a los representantes de ocho naciones, llega a El Cairo la primera respuesta: la de Washington.

Ha sido el embajador americano el encargado de entregar las observaciones del departamento de Estado al ministro del Exterior egipcio.

Se sabe perfectamente que Estados Unidos, empeñado en mantener una política equilibrada en el Oriente Medio, se inclina, no obstante, por llegar a un acuerdo que tenga como base los «seis principios» adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 13 de octubre. La declaración oficial del Departamento de Estado es, en esta cuestión, muy diplomática, ya que termina diciendo que los «seis principios» deben ser tomados en consideración en el futuro Estado del canal de Suez.

La política americana es, en esta ocasión, coherente con su actitud pasada. De un lado, favorable a la intervención operante de las Naciones Unidas. Del otro, fuertemente favorable a inclinarse ante la realidad y buscar «el menor mal».

PRIMERA REUNION DE LA ASOCIACION DE USUARIOS EN WASHINGTON

Justamente en los momentos que Washington entregaba en El Cairo su nota sugiriendo, en el fondo, prudencia a Nasser, se reunió en Washington la Comisión ejecutiva de la Asociación de Usuarios del Canal.

Los representantes de Inglaterra y Francia, Noruega, Irán y otros tenían enfrente, como representante oficial de los Estados Unidos, a Douglas Dillon, encargado de los Asuntos Generales de Suez en el departamento de Estado.

Durante la reunión se provocó rápidamente una áspera reacción anglofrancesa sobre los términos mismos de la respuesta americana a Nasser que, si bien apoya la decisión de la O. N. U., como decíamos antes, «está falta de toda decisión», según el delegado británico.

La verdad es que, en el fondo, estamos asistiendo a una serie de intereses contradictorios que no encuentran una base equilibrada de acción común. Norteamérica se inclina, pese a todo, por la paz en Oriente Medio y defiende sustancialmente la soberanía egipcia, aunque insista en la necesidad de una solución prudente en los problemas esenciales: los derechos de tránsito y en la cuestión de arbitraje sobre las diferencias entre usuarios.

En el caso concreto de Francia e Inglaterra, las dificultades con Egipto son más intensas y se hallan agravadas por conflictos de litigio nacional. El canal de Suez fué, hasta el momento, vía inglesa, y la ruptura violenta, aunque históricamente inevitable, de esa realidad, produce una crisis mutua de posiciones injustas.

MIENTRAS SE BUSCA UN ARREGLO, APARECEN LAS REVELACIONES SENSACIONALES DE BROMBERGER

Mientras occidentales y egipcios buscan un acuerdo justo que resuelva los problemas aparejados a la nueva situación jurídica de Suez, cuyo momento decisivo fuera su nacionalización en julio del año pasado, Serge y Merry Bromberger publican un libro. «Los secretos de la expedición de Egipto», que intenta hacer públicos todos los antecedentes de la guerra israeloegipcia y, naturalmente, las relaciones que se entablaron entre Londres, París y Tel-Aviv con relación al bombardeo anglofrancés del 31 y el desembarco final del 5 de noviembre.

El libro, cuyas revelaciones son verdaderamente sensacionales casi «sensacionalistas», ha motivado ya un mentís del ministerio de Asuntos Exteriores francés sobre algunos detalles. A su vez, el libro del que textos amplísimos se están publicando en la Prensa anglofrancesa ha provocado en Londres una emoción enorme. El «Observer» dice: «Los franceses nos empujaron a una acción de piratería».

Como simple punto de referencia para nuestros lectores y señalando que el Gobierno francés ha desmentido, pero, según los mismos comentaristas franceses, sin excesiva firmeza, algunas afirmaciones de Bromberger, damos algunos de los pasajes más característicos:



Una de tantas escenas, aunque ya retrospectivas, de las operaciones llevadas a cabo para poner a flote los barcos hundidos en el Canal

UN GENERAL LLEGA A LONDRES CON LA NOTICIA DE LA MOVILIZACION ISRAELI

El 15 de octubre de 1956 llegaba a Londres el general de Aviación, Challe. Un avión especial se había puesto en movimiento a su servicio para llevar un mensaje secreto que no pudo confiarse a ninguna clave. El general, desde el campo de aviación, se dirigió precipitadamente a Downing Street, residencia de Anthony Eden, primer ministro de Inglaterra.

—No puedo esperar un instante.

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—He volado desde Chipre para traer una noticia.

Cuando el general Challe fué recibido por Eden no se entretuvo en circunloquios.

—Israel se decide por la movilización y la guerra ante el temor de ser asfixiada por los Ejércitos unidos de Jordania, Egipto y Siria.

Unas horas después, en la sala de planos del Estado Mayor Imperial, se volvía a examinar la situación. ¿Cuál era ésta? Muy sencilla: el día 26 de julio Egipto había nacionalizado el Canal. Unos días más tarde en el mes de agosto, altos funcionarios anglofranceses se reunían en Londres para preparar una ofensiva. Ahora intervenían hechos nuevos. Se rectificaban proyectos. En el mapa quedaba al final el plan de ataque.

NACE EN EL SILENCIO LA «OPERACION MOSQUETERO»

Así nació, en medio del silencio, y varios meses antes de que tomara cuerpo real, la «Operación Mosquetero».

Los Estados Mayores de Inglaterra y Francia prepararon dos fórmulas de ofensiva: el «Plan Mosquetero A», presentado por los franceses, y el «Plan Mosquetero B» concebido a su vez por los británicos.

Un aspecto de la reunión de los usuarios del Canal, representando a numerosas naciones, en Londres



El primero, de acuerdo con la ofensiva gala plegaba el ataque al Canal a una expedición relámpago que, a lo largo de unos días, con fuerzas paracaidistas y desembarque ligero de las tropas anglofrancesas preparadas en Chipre, ocuparan totalmente el Canal. Los técnicos ingleses, después de dar toda clase de vueltas al plan francés, se decidieron por el empleo de la Flota y la Aviación en masa. Este sería el aprobado. Quedaba ya en pie la «Operación Mosquetero». Falta para ponerla en marcha una serie de circunstancias, políticas unas, estratégicas y espectaculares las demás.

En primer lugar había que sortear abiertamente a los Estados Unidos. Foster Dulles puso el grito en el cielo: «¡Negociaciones a toda costa!» Era al fin colocarse al lado de la ONU. Entre París y Londres se sucedieron constantemente las conferencias. Los días pasan y se hace a cada hora más difícil la situación. De los dos hombres, esto es, de Guy Mollet jefe del Gobierno francés y Anthony Eden, es el último quien flaquea más y somete al Estado Mayor a un sinnúmero de contraórdenes. Enfermo sometido a una presión nerviosa terrible, no tiene nada más que un descanso: su mujer.

—Mi enfermera—como dirá él mismo al presidente del Gabinete francés.

EL GRAN PRETEXTO: LA OFENSIVA ISRAELÍ

El mayor general Challe no se anda en contemplaciones. Toma el mapa del Oriente Medio. Explica al Gabinete, en presencia del primer ministro, la situación: —Si los israelíes atacan, como es natural, a través de la península del Sinaí, nuestro puesto está en el Canal, entre los dos combatientes.

—Idea excelente.

Peró las cosas no son tan fáciles. El Gobierno británico, a la hora misma de la decisión, se divide. El clima se hace irrespirable según van pasando las horas. El Palacio se manifiesta en contra; el pueblo, no obstante presiona por una reacción violenta contra lo que llama «los abusos de Nassir». ¿Qué hacer? El teléfono y el telégrafo no sirven ya. Es necesario imperiosamente la conversación y el diálogo entre los protagonistas. Por eso, al día siguiente, Anthony Eden y su ministro del Exterior, Selwin Lloyd, se presentan en París. Dos hombres esperaban: Guy Mollet y Christian Pineau, con el pelo plateado pegado a las sienes y su estilo atildado y ceremonial.

La reunión duró cinco largas horas. Se cruzaban en el aeropuerto los primeros febriles apretones de manos. La intervención se había decidido aquella tarde

ISRAEL, CON EL PIE EN EL ESTRIBO

Mientras todo esto sucedía en París, la excitación iba ganando paulatinamente a Tel-Aviv. Un general de cuarenta y dos años, Moshe Dayan, que no había pasado por otras Academias militares que las de la experiencia—como un soldado de Napoleón—,

echaba sus dados en la mesa de Ben Gurión. Detrás de él, apoyando la acción de su general, un grupo inmóvil de oficiales.

—O atacamos nosotros, tomando la ofensiva, o nos aplasta el rodillo de una triple ofensiva.

Ben Gurión, que hasta entonces había buscado la solución pacífica, y aun había felicitado a Egipto al día siguiente de la nacionalización del Canal, se encuentra con los hechos concretos

—Señor, los aviones rusos cedidos a Egipto pueden atravesar nuestro territorio en minutos. «Necesitamos armas modernas».

Los embajadores judíos en Londres, París y Washington piden con toda urgencia que se pongan a su disposición los aviones necesarios. Ante Christian Pineau, ministro del Exterior francés, las peticiones aclaraban: «Armas y libertad de acción». ¿Era esto suficiente? ¿Qué ocurriría con el canal de Suez? Nadie olvidaba que era indispensable para la salud de Europa que quedara al margen del conflicto. El problema pasaba a ser otro. Su ocupación se convertía, merced a la guerra israeloegipcia, en un hecho positivo para el «Plan Mosquetero».

Un telegrama a Moshe Dayan le ponía al tanto de la situación. El general israelita, con el negro paño que cubre la ausencia de su ojo izquierdo, perdido en una escaramuza contra los jordanos, empezaba a preparar la batalla. Todavía no se había decretado la movilización, pero Israel es un pueblo en pie de guerra que defiende constantemente, desde su proclamación oficial como Estado, las fronteras del país: 20.000 kilómetros cuadrados, Moshe Dayan, agricultor durante años, soldado y guerrillero, vencedor de las batallas de 1948, ha abierto el mapa ante sus oficiales y ha dicho:

—Por aquí

—Demasiado audaz— le responden.

—Es la salida de un pequeño Ejército.

Peró el problema estaba en el aire. No había posibilidad de ofensiva, en serio, si se olvidaba la fragilidad del «techo» israelí, protegido sólo por cincuenta «Mystère» contra los cuarenta bombarderos «Ilyochine» y el centenar de «Mig-15» y «Mig-17».

—No se puede entrar en batalla sin protección aérea...

Unos días más tarde salía para París Ben Gurión

LA LLEGADA DE BEN GURION A FRANCIA

Esta parte ha sido desmentida por el Gobierno francés. Dice que Ben Gurion no estuvo en Villacoublay, pero Merry Bromberger, desde las páginas de «Paris-Presse», contesta diciendo que es verdad y que el periódico supo su llegada el mismo día. He aquí, no obstante, la estampa que aparece en el relato:

«En el aeropuerto militar de Villacoublay nadie sabe lo que pasa. Ni los más altos oficiales tienen idea de quién es el personaje que a las nueve en punto aterrizará en el campo. Se ha dejado la pista central en total soledad. Ningún ojo curioso. Nada.»

A las nueve, cuando aparece en el cielo el avión esperado, corre por la pista de cemento un «Citroen» negro. Tres hombres

van en él: Guy Mollet y dos colaboradores Viste Mollet de oscuro y tiene un aspecto fatigado, hosco e impaciente. Las horas son de prueba. Acaba de recibir una llamada de Inglaterra, que flaquea a la hora de tomar decisión. Ahora se estrechan la mano afectuosamente. El pelo blanco del viajero se revuelve bajo el sombrero negro.

La conversación se realizará allí mismo, en una dependencia del campo militar. No se puede impedir que, como un leve reguero de pólvora, la noticia se divulgue entre los oficiales de Villacoublay: «¡Ben Gurión! ¡Ben Gurión! ¿Qué traerá?»

Los mecánicos repasan minuciosamente el avión solitario de la pista central. En el pabellón militar se llega, mientras tanto, a un acuerdo sensacional: Israel acepta que tres escuadrones de cazas y bombarderos franceses de los campos de Dijon y Saint-Dizier sean los encargados de proteger las ciudades israelíes.

—El general Dayan tiene ya «techo». Los cincuenta aviones israelitas pueden dedicarse totalmente a la ofensiva—dirá Ben Gurión al regreso.

Peró el Pacto de Villacoublay entrañaba ya el descubrimiento del ataque francobritánico para proteger el Canal. Israel cede a la «coincidencia».

Unas horas más tarde; Moshe Dayan, con una eficacia que asombra a los observadores militares franceses, prepara la movilización general. En medio de la noche, desde las ciudades y aun partiendo del centro mismo del desierto de Neguev, acudiendo al transporte de autocares, taxis, y en general los más variados transportes, las expediciones, hasta 150.000 hombres, acuden a los lugares previstos.

En la noche del 29 de octubre las columnas de Dayan se ponían en marcha: la guerra había comenzado. La suerte del canal de Suez se jugará dentro de unos días.

Mientras tanto, el general en jefe del Ejército egipcio, Hakim Amer, llegaba a otro acuerdo oficial: las tropas sirias y jordanas quedaban bajo sus órdenes. Mientras volaba a El Cairo—diran Merry y Seige Bromberger, notables autores de «Los secretos de la expedición a Egipto»—las tropas de Dayan cubrían las etapas de la guerra de fronteras.

Así, en el fondo, se iban cruzando los hilos.

Esto es, en líneas generales, la aportación de los Bromberger a la historia secreta del canal de Suez en los últimos meses, Tel-Aviv, hasta el momento presente, no ha desmentido la afirmación, importantísima, de la protección aérea francesa.

LOS PROBLEMAS PENDIENTES

Queda, pues, por resolverse la forma y procedimiento para pagar los derechos de peaje, arbitraje y libertad de navegación para Israel, pero es evidente que, caso de no querer asistir a un conflicto más grave, Inglaterra, Francia y Egipto tendrán que buscar una fórmula intermedia, pero sin que se altere ya el concepto esencial de la soberanía egipcia.



EL TRAGICO FIN DE RENE DUBOIS, FISCAL GENERAL SUIZO

**"FILTRACIONES TELEFONICAS" EN LA
EMBAJADA EGIPCIA DE BERNA**

MISTERIOSO INTERCAMBIO DE INFORMACIONES SECRETAS

EL cadáver de un hombre con la tapa de los sesos levantada por un pistoletazo, es descubierto por la Policía suiza a media mañana del domingo 23 de marzo. En su búsqueda se había movilizado desde horas antes todo el aparato de seguridad del país.

El médico forense dictamina en seguida que se trata de un suicidio cometido con una pistola de reglamento en el Ejército helvético. Los inspectores no tardan tampoco en identificar la víctima. Es René Dubois, fiscal general de la Confederación y jefe al mismo tiempo de la Policía federal.

Los restos sin vida de René Dubois son hallados en la buhardilla de su propia residencia, un elegante chalé situado en las afueras de Berna, próximo a las aguas verdes del río Aar, abierto al reverbero de luz blanca del macizo nevado de la Jungfrau. Según

el informe de los peritos, el suicidio se había cometido horas antes de descubrirse el cadáver, en la misma madrugada de ese primer domingo de la primavera, cuando en las montañas del país florecían ya las anémonas y las gencianas.

Poco después la radio da a conocer la noticia. Es el efecto de un rayo el que se produce entre los suizos al saber éstos que tan destacada personalidad ha llegado al trance de atentar contra su vida. Nadie se explica los motivos de semejante determinación, que un hombre de tanto prestigio recurra a hacerse justicia a sí mismo. El pueblo suizo, numéricamente igual a las dos terceras partes de la población de Londres, se muestra consternado. A lo ancho y a lo largo del territorio helvético, en superficie inferior a la tercera parte del Estado de Nueva York, circula la noticia como una descarga eléctrica. Como una pequeña y bien avenida familia, el país acusa sensiblemente el trágico suceso.

Pronto, muy pronto, se empieza a hablar también de un turbio asunto de espionaje relacionado con el pistoletazo disparado en el chalé de Berna. Los suizos, entonces, se commueven tanto por el fin trágico del procurador general y jefe de la Policía como por la posibilidad de que su intachable e inmaculada neutralidad helvética quede malparada a causa del «affaire». El asombro y la conmiseración ceden el paso a la inquietud. Para tranquilizar en la medida de lo posible los ánimos, las autoridades hacen público un lacónico comunicado para dar cuenta de la realización de una investigación ofi-

cial. Se hace referencia también a la posibilidad de que el fiscal general haya suministrado ilegalmente información, aunque ajena a los asuntos propios de Suiza, a una potencia extranjera. Y poco a poco se van atando los cabos de la tragedia.

RENE DUBOIS SOSTEN DE LA LEY

La víctima era un hombre de cuarenta y nueve años. Su vida había sido hasta los últimos meses modelo en laboriosidad y competencia; un claro ejemplo de dedicación al trabajo, de un exacto y fiel cumplimiento del deber. René Dubois, con una bien definida vocación por los estudios jurídicos, obtuvo brillantemente el título de licenciado en Derecho, y a los veintiséis años inicia sus actividades profesionales como abogado en Berna.

Por su gran valía y por sus muchos conocimientos jurídicos se da pronto a conocer, distinguiéndose cuantas veces actúa en el foro. Ante René Dubois se abre un prometedor porvenir y por sus propios méritos llegará en breve al puesto de máxima categoría en la Justicia helvética.

El mismo año de 1934 es designado para desempeñar una difícil misión. René Dubois interviene como comisario de la Sociedad de Naciones en la preparación del plebiscito del Sarre, que se celebraría a poco, y cuyo resultado determinó la incorporación del territorio a Alemania. En esta misión, el abogado suizo dió muestras sobradas de capacidad y de puntual servicio a la más estricta justicia.

Las autoridades suizas no se

olvidaron de este dinámico abogado, moreno, de rostro reflexivo, con mirada firme y reveladora de un carácter como tallado en piedra. De René Dubois se sabía bien que era hombre preparado para desempeñar los cargos más delicados y para cumplir las más difíciles misiones. Su rectitud quedaba al margen de toda duda o sospecha.

Con el bagaje de sus amplios conocimientos del Derecho y con el prestigio ganado su carrera jurídica es un ininterrumpido camino ascensional. En 1936, con veintiocho años, es llamado para desempeñar sus servicios en el ministerio público federal. Al llegar 1945, se le nombra primer adjunto, y en 1949, suplente del fiscal general. Seis años después, René Dubois es ya el fiscal general de la Confederación. Ha llegado, pues, al escalón más elevado de la Justicia helvética. Y como consecuencia de ese cargo, en virtud de las leyes suizas, es también jefe de la Policía federal.

Su nombre salta desde entonces a la cabecera de los diarios repetidas veces. Se destaca por la firme defensa que hace de la Confederación ante el Tribunal federal en varios «affaires» de espionaje que se fraguaron en territorio suizo. Su actuación hasta entonces es elogiada sin reservas por el sentido de la ponderación y de la equidad en que se basan sus informes.

Cuando el nombre de René Dubois pasa a los grandes titulares de la Prensa mundial, es con ocasión del proceso seguido contra los anticomunistas rumanos que asaltaron la sede de la representación soviética en Suiza. Enton-



Un momento del entierro del procurador general. El féretro acaba de salir de la iglesia y la muchedumbre mira gravemente la caja. ¿Qué secreto se esconde en la muerte de Dubois?

ces el procurador general no parece ya que actúa con el debido control de sus nervios, como era de exigir en su elevada función.

ESPIONAJE EN TORNO A LA EMBAJADA EGIPCIA EN BERNA

En tal ocasión se pudo apreciar públicamente que René Dubois no desempeñaba sus funciones procesales con la debida e imprescindible serenidad. Daba muestras de obrar impulsivamente, dejándose llevar a veces de la pasión. Tanto es así, que el diario «Journal de Genève» ha escrito en relación con este cambio operado en el fiscal general: «Este funcionario había demostrado a lo largo de su carrera administrativa muy buenas cualidades intelectuales. Sin embargo, para el puesto que se le había confiado le faltaba una cualidad indispensable: la serenidad. Monsieur Dubois era un impulsivo últimamente, propenso al desahogo y ponía en su cometido no solamente interés, sino a veces pasión. Víctima o culpable, el fiscal de la Confederación no ha cumplido como exigían sus altas funciones. Aquellos que se congratularon con su nombramiento deben confesar hoy su decepción.»

No obstante ninguna razón de peso se podía esgrimir contra René Dubois hasta que tiene lugar la acción militar francobritánica en Egipto, el pasado mes de octubre. Entonces, en esos momentos graves para el Gobierno de El Cairo, su ministerio de Asuntos Exteriores despliega una febril actividad para ganar la batalla diplomática planteada a raíz de la intervención armada. Y uno de los puntos neurálgicos de tales iniciativas egipcias es la representación diplomática de este país en Suiza. Los contactos entre Berna y El Cairo son frecuentes y muy importantes. Por teléfono se está prácticamente hablando permanentemente. Se ventilan muchos puntos que son de carácter muy reservado y secreto.

Con la natural sorpresa, el Gobierno del coronel Nasser tiene pruebas pronto que las conversaciones telefónicas mantenidas con Berna sufren «filtraciones». Se obtienen testimonios de que ciertos asuntos tratados y las instrucciones cursadas llegan a conocimiento puntualmente del Gobierno de París. Parece fuera de duda que un tinglado de espionaje ha tendido su malla en torno a la representación egipcia en la neutral Confederación Helvética.

La Embajada egipcia formula entonces sus reclamaciones al Gobierno suizo y basa sus razones en que los diálogos telefónicos están siendo intervenidos y que de lo tratado en ellos se da cuenta a las autoridades francesas. Tiene lugar la protesta oficial en el mes de noviembre último y el Gobierno de Suiza ordena, sin pérdida de tiempo, que se abra una investigación. Los primeros pasos en tal sentido parece que pronto sitúan a un nombre en la diana de las sospechas: Max Ulrich, comisario de Policía suizo que trabaja en un servicio oficial de escucha radiofónica, encargado de vigilar las



René Dubois, fiscal general y una de las personalidades más notables de Suiza, que, mezclado en un asunto de espionaje, se ha suicidado en Berna

actividades de espionaje que puedan desarrollarse en territorio de la Confederación.

UN SOSPECHOSO: EL FISCAL GENERAL

Las investigaciones prosiguen, y es el mismo René Dubois quien por razón de sus funciones ha de alentarlas. Trabajan celosamente en ellas varios inspectores de la Policía del cantón de Basilea. A medida que más se va profundizando en el asunto, el procurador general se va mostrando más nervioso e inquieto. Aquel su antiguo sentido de la ponderación y del equilibrio ha pasado al mundo de los recuerdos. Está frecuentemente irritado, da contestaciones destempladas, parece embargado por un hondo problema.

El inspector Max Ulrich es estrechado a preguntas y defiende su inocencia con brío. La Policía, por su parte, no descubre ningún otro posible responsable de las «filtraciones informativas». Vuelve ésta a poner cerco en torno a Max Ulrich y hace entonces revelaciones sensacionales. El teléfono de la Embajada de Egipto se halla intervenido en época de la acción militar francobritánica, y todo cuanto se hablaba a través de él se registraba en discos. Lo más extraordinario de sus declaraciones es que Max Ulrich afirma solemnemente que había recibido órdenes superiores para divulgar ciertos mensajes registrados en la mesa de escucha. Lo difícil era, de admitirse esta tesis, identificar al funcionario estatal que las cursaba.

Ante esa confesión y ante las insistentes protestas de inocencia del inculcado, los comisarios que llevan a cabo la encuesta deciden dejar en libertad provisional a Max Ulrich, sin suspenderle tampoco en sus funciones.

El martes anterior al suicidio de René Dubois, Max Ulrich es detenido en su domicilio y al día siguiente se le somete a un largo interrogatorio. Muchos puntos oscuros quedan en claro. A partir de este momento parece ser que el nombre del fiscal general está gravemente comprometido en el «affaire».

Tanto es esto así que René Dubois es invitado a asistir el sábado día 22 a una «conferencia» en la que están presentes F. Dick, autoridad policiaca que dirige la encuesta, y A. Amstein, de la Fiscalía federal.

René Dubois abandona repentinamente, y con gesto hosco, la reunión. Después, nada más vuelve a saberse de él. Varios amigos suyos, al darse cuenta de su desaparición, tras infructuosas pesquisas para dar con su paradero, ponen el hecho en conocimiento de la Policía. Es entonces cuando se moviliza ésta en busca del fiscal general. Una primera gestión en el chalé de René Dubois no lo descubre. Pasa la noche sin ningún resultado positivo, y al día siguiente, el 23 de marzo de 1957, aparece en la buhardilla del chalé el cuerpo sin vida, con el cráneo destrozado, de René Dubois, fiscal general de la Confederación, jefe por lo tanto de su Policía, afiliado al partido socialista, y buen amigo de varios ministros de la República francesa. Luego sería cuando se lograba una reconstrucción de los hechos que tuvieron su punto final con el disparo de este hom-

bre de Leyes, situado en el trance de hacerse justicia a sí mismo.

EL DEUXIEME BUREAU FRANCES, EN ACTIVIDAD

Parece desprenderse de las averiguaciones realizadas que René Dubois recibía los mensajes registrados en discos por la mesa de escucha que controlaba el teléfono de la Embajada egipcia en Berna, y después los ponía en manos de agentes al servicio del Gobierno francés.

Según opinión general, el francés que se ve más directamente comprometido en estos hechos es el coronel Marcel Mercier, agregado a la Embajada de Francia en Berna y agente del Servicio de Información del Deuxième Bureau. Hecho alarmante y que puede ser indicio para confirmar esa sospecha es que Marcel Mercier desaparecía del territorio helvético a raíz de conocerse el suicidio del procurador general. Un portavoz de la Embajada de Francia, al hacerse eco de los rumores que circulaban acerca de la participación del coronel galo en el «affaire», se limitó a decir «que el diplomático en cuestión se encuentra en la actualidad fuera de Suiza para estar ausente durante varios días».

A fin de dar una explicación a este espinoso asunto de espionaje, que ha elegido por escenario un país tan neutral como la Confederación, se barajan numerosos argumentos. La Prensa francesa, que ha venido tratando con especial reserva el asunto, aduce como justificación que en materia de informaciones secretas rige con frecuencia el régimen de intercambio o trueque. En otras palabras, que un informe puede ser, y según se dice viene siendo, artículo con valor de cambio, capaz de obtenerse con él otras informaciones. En virtud de esta interpretación del más sensacional de los casos de espionaje ocurridos en Suiza en los últimos tiempos, René Dubois daba al coronel Mercier cuenta detallada de lo que se trataba telefónicamente por la Embajada egipcia, y el francés pagaba el servicio entregando informes sobre la red de espionaje comunista extendida típidamente por Europa occidental. También se dice que el suizo daba a Mercier noticia cumplida de las actividades de los argelinos refugiados en Suiza. Un verdadero «pool» informativo se había formado. Pero de los más directamente afectados resultaban ser el Gobierno y la propia neutralidad suiza.

No faltan tampoco argumentos en descargo de Dubois al señalar que éste no percibía para sí cantidad en metálico alguna por el trasiego de informes secretos. Esta «probidad» de René Dubois es generalmente reconocida por la Prensa helvética. Pero asimismo en ella se ha escrito: «Por el momento todos aquellos que han tratado un poco a René Dubois se niegan a admitir que haya obtenido compensación en metálico por sus servicios. Todo lo más que puede estimarse es que él recibiera información del francés sobre la actividad comunista en Europa y en el Oriente Medio. Aunque tal sea así, es demasiado para un funcionario que ha de asegurar el respeto del Derecho y de la Ley».

Un asunto como el de René Dubois es comprometedor para cualquier Gobierno. En la mentalidad de los suizos, tan celosos de proclamar en toda ocasión una estricta neutralidad como axioma de su política, los hechos son doblemente graves. Los siete miembros del Consejo Federal se han reunido recientemente en sesión de «excepcional secreto», al decir de la Prensa, para puntualizar las circunstancias que han concurrido en el «affaire». Todo indica que resolvieron cursar instrucciones al fiscal general Hans Fuerst para que tome éste en sus manos la dirección de la encuesta oficial. Y se ha dicho también que las autoridades helvéticas pidieron a raíz de la muerte de René Dubois que el coronel Mercier se reincorporara a su puesto diplomático en Berna.

En Suiza todos esos contusos hechos han tenido además otras repercusiones. Muy severas censuras se vienen esgrimiendo contra las autoridades del país. La primera de ellas se centra en este razonamiento: el comunicado del Gobierno federal dice concisamente que existían «serios indicios» de la confusa actuación de René Dubois en los últimos tiempos. Siendo esto así, la gente se pregunta cómo es posible que las autoridades no hubieran removido de su cargo al fiscal general, existiendo contra él tan graves sospechas. En opinión del país, resulta inexplicable que desempeñaran tan importantes funciones un hombre que no gozaba la confianza plena y sin reservas del Gobierno de sus subordinados y de la misma opinión pública.

Otro punto importante de las críticas apunta a la propia organización de la Administración del país. Se habla que por los trágicos sucesos queda en entredicho el sistema institucional de la Confederación. Se considera ahora peligroso que el fiscal general del Estado, a quien la ley habría de hacer de él un magistrado totalmente independiente del poder político, sea, por razón de sus funciones, jefe de la Policía federal. La Prensa helvética deduce la consecuencia de que tal falta de delimitación de cargos y funciones va sólo en detrimento de una recta administración pública.

Sea como fuere, pues en tan delicadas materias son los propios suizos los más aptos para emitir juicios, lo cierto es que la encuesta sigue adelante y el país desea que se adopten las medidas para que en el futuro tales hechos no puedan tener lugar nuevamente.

El disparo de pistola en el chalé de Berna ha recordado este proverbio popular: «La paz alimenta y la intranquilidad consume». El buen pueblo suizo no desea otra cosa que esa paz base firme de su neutralidad. Por eso el fogonazo del disparo que ha quitado la vida a su fiscal general ha sido toque de atención y de llamada para que esas intrigas no se repitan en el país de las montañas y lagos, de los bosques y de los fiernos prados.

Edificio del Instituto de Medicina y Seguridad del Trabajo, en la Ciudad Universitaria de Madrid



**AZUCAR
Y MUSICA
CONTRA
LA FATIGA
LABORAL**

**MEDICOS, INGENIEROS,
QUIMICOS, PSICOLOGOS,
EMPRESARIOS Y OBREROS
EN TORNO DE UNA MESA**

El III Congreso Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo

EL doctor De la Fuente Chaos, director del Instituto Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo y presidente de estos Congresos, dijo en cierta ocasión en Valencia: «El hombre no es una unidad biológica, sino una unidad funcional de ambiente social»

Pública se hizo, en esta ocasión, la quiebra de una teoría, ya vieja por inadecuación a nuestra realidad. La teoría de Pasteur, Linneo y Kirchoff: «hombre-unidad biológica». Teoría superada por esta otra: «hombre-ambiente social». En fin un cambio en el concepto de la Patología.

Y claro, el nuevo concepto, por su universalidad inherente, habría de traer, y ha traído, nuevas

unidades participes de su esencialidad, nuevas formas y nuevos modos. No tardaron. Parecían esperar a dos pasos de distancia para hacerse presentes. Y así salieron a luz, como futuras especialidades médicas, la Medicina Social, y también la Laboral, que aunque vecinas y parientes no son la misma cosa.

Todo actúa sobre nuestra vida. Todo: el ruido y el silencio; la muchedumbre y la soledad; la prisa y la quietud; el esfuerzo y la laxitud; los instrumentos y los materiales con que se trabaja; la tristeza y la alegría; la angustia y la esperanza; los aires y la temperatura; la tierra y el cielo; la longitud y la latitud; las inmensas soledades del mar o las perspectivas infinitas del desier-

to; el color, el olor, el sabor, el amigo y el enemigo; el padre y el hijo; la virtud y el vicio... Todo cuanto a nuestro alrededor está: el ambiente. Es la realidad del ambiente, tan realidad como el yo personal, que hoy acepta la psicología: el «yo-ambiente». Cuanto hay en torno nuestro nos alcanza, unas veces físicamente, y otras, intelectual o afectivamente, que o la larga llega también a nuestro físico.

—Así que los gérmenes patógenos...

—Nos vienen del ambiente. No hay en la vida ningún acto que no tenga repercusión en el organismo del hombre.

Parece, pues, clara una conclusión: la Medicina social es la Medicina del futuro. Es la

Una galería del Hospital del Instituto de Medicina y Seguridad del Trabajo



Medicina del individuo y su circunstancia. Integral. ¿Cuántas enfermedades hay que tienen su remedio en la sociedad misma? A cosa extraña suena, y lo extraño es precisamente esa extrañeza ante una realidad que nos envuelve como el agua al pez. Importa mucho, por ejemplo, saber cómo distribuye una persona su tiempo, sus horas, porque esa distribución del tiempo está regulada por las necesidades vitales. Y lo mismo podría decirse de otros factores: La observación, el estudio—y, claro, la estadística—dicen señalando: el 25 por 100 de los accidentes de trabajo se deben a imperfección de la máquina, pero el restante 75 por 100 es de culpa del hombre. ¿Por qué? La Medicina Social se encarga de investigarlo, para luego prevenir antes que curar, porque la compensación de las enfermedades es, desde luego, de muchísima mayor cuantía que la prevención.

—En el hombre hay errores.

—Porque en él hay un enfermo.

—¿Y cómo saber en qué consiste esa enfermedad?

—Por la fisiología del trabajo.

Venimos a parar al hombre en función de trabajo-economía. Se amontonan, sobran, las definiciones, las acotaciones, las precisiones, las referencias: «los trabajadores son el verdadero capital de la nación. Hay que velar por él mediante una acción de enseñanza educativa y de propaganda». «La energía de un pueblo para el trabajo es uno de sus mayores bienes y su capacidad de rendimiento, la riqueza del país.» «El trabajo, noble don del cielo, ha sido elegido para la salvación de los hombres.» Y de esta visión teológica saltamos a la matemática, porque los matemáticos suizos Bernouilli y Euler trataron de encontrar una fórmula matemática que determinara el máximo de la capacidad humana para el trabajo.

¿Es que estamos, por no haber otra, ante una solución materialista de la vida? ¡Ni mucho menos! Paradójicamente se atiende con minuciosidad, con el cuidado que el valor humano requiere para despejar y concretar lo que es del César, para luego poder ofrecer con mejor acomodo a Dios lo que es de Dios. En realidad, la Medicina Social y la Medicina Laboral son un triunfo del hombre como ser en convivencia con los demás y como trabajador. Es una revaloración cristiana frente al concepto de hombre máquina del marxismo. Porque

la Medicina Social atiende la triple causa del desequilibrio patológico del hombre: causas físicas, causas intelectivas y causas afectivas. El hombre entero vinculado humanamente a los demás, y no hay en esto un caprichoso juego de palabras, sino una realidad rectificadora de equivocados conceptos.

MEDICOS, INGENIEROS, QUIMICOS, PSICOLOGOS, EMPRESARIOS Y OBREROS EN TORNO DE UNA MESA

Al final de cuentas, y dense todas las vueltas que se quiera, el bienestar material viene del trabajo. De su cantidad y de su calidad, que son las que determinan el producir más y mejor, es decir, la productividad. Estas son los dos atributos que, como dos coordenadas laborales, valen para situar al hombre en su justo punto, en una función consciente, racional, humana, del trabajo. Ni interesa el ocio y la pérdida de tiempo, ni vale la pena trabajar con usura fisiológica, ese afán de trabajar y trabajar hasta llegar a la fatiga. Ni tanto ni tan poco. Lo humano, porque el hombre, a pesar de todo su aparatado amplificador—entiéndase máquinas—, sigue siendo la medida de todas las cosas.

Peró, la presencia activa del hombre en un centro de trabajo es un hecho complejo, bastante complejo. No hay que verlo solamente martilleando, o fresando, o colocando ladrillos, o picando las entrañas de la tierra, o escribiendo... Ni mucho menos. A esos hombres hay que verlos ahora, a la luz de nuestro siglo XX, moviéndose bajo el peso imponderable—permitase la paradoja—de otros trabajos que lo estudian, la analizan y computan en su función. No es ya una pieza que entra, se engrana en el conjunto, actúa, termina y se va. No. Es y sigue siendo hombre antes, en y después del trabajo, con todas sus posibles limitaciones humanas, con toda la tara del hombre caído. Y hay que verlo y seguirlo antes, en y después del trabajo, cuando sale o se reintegra a la familia o a la sociedad. Consecuencia: hacer Medicina del Trabajo es hacer Medicina Social. Y estas dos tienen la clave de muchas cosas.

Peró ¿cuáles son esos factores de producción que invisiblemente caen sobre un hombre que trabaja? No son muchos ni tampoco desconocidos, aunque desgraciadamente hayan estado hasta ha-

ce poco no tenidos en cuenta u olvidados. Son éstos: la vigilancia médica sobre la salud orgánica y biología de la mano de obra, la técnica de los peritos y la corresponsabilidad de la empresa que en sus cuadrículas numéricas recoge esquemáticamente, como en un espectro, su productividad. Quizá llame la atención la insistente vigilancia médica. Y a eso vamos. A eso va este Tercer Congreso Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo—los dos primeros, también son posteriores al año 1939—que en estos días del 8 al 13 de abril, aportará una novedad a la historia de los Congresos Científicos: el coloquio y discusión en la mesa redonda de un Symposium, no sólo de los técnicos en la materia—en este caso médicos e ingenieros—, sino también de los empresarios.

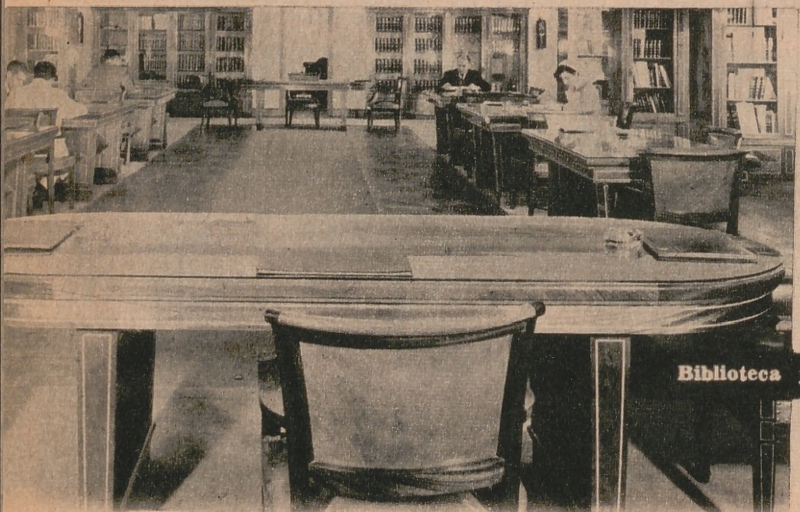
A pesar de que tal vez canse, por no ser literariamente amena la cita de las secciones de este Congreso, creo necesario, periódicamente hablando, enumerarlas porque en ellas laten cuestiones tan actuales y vivas, que parecen la preocupación nuestra de cada día. Y son: «Higiene y seguridad en las minas, trabajos subterráneos y fábricas minerosiderúrgicas»; «Higiene y seguridad en la industria»; «Medicina y seguridad en la agricultura»; «Patología médica del trabajo»; «Patología quirúrgica del trabajo»; «Medicina social y legal del trabajo»; «Rendimiento individual y productividad», y «Psicología industrial».

He ahí buena tarea para médicos, ingenieros, químicos, psicólogos, empresarios y obreros, que de todo ello hay en su elenco. Y van en busca de esto: intercambio de ideas, estudios y experiencias sobre todos los problemas en que técnicamente se pueda beneficiar la salud de las personas empleadas, la promoción de obreros selectos, la productividad de la empresa y la economía de los sistemas de seguros.

No hay que darle vueltas: en estos Congresos se anda, por vía médica, tras el mejoramiento individual, familiar, laboral, social y económico del hombre. Hay ambición, pero noble.

¿RESULTA ECONOMICA LA MANO DE OBRA FEMENINA? SON MAS FRECUENTES Y MAS LARGAS LAS BAJAS DE LA MUJER POR ENFERMEDAD

El doctor Sangro y de Torres, que en este Congreso ejercerá la función de secretario general, se encontró, después de manejar fichas y fichas de una entidad mutualista del Seguro, con los siguientes resultados: de 23,061 obreros de su nómina fueron 5,127 los que en un año causaron baja por enfermedad, no por accidentes. Conviene distinguir a tiempo. Como cada enfermedad va en un racimito de días—desgraciadamente, el médico no puede decir: «Llegué, vi y vencí»—, se encontró al final de la suma con la siguiente cantidad: 158,955 días de baja. Y después de sumar, se fué en busca de la can-



Biblioteca y sala de lectura del Instituto

idad abstracta del promedio, y la obtuvo pronto: 6.12 obreros-día-año. Hasta aquí, las matemáticas.

¿Y la Medicina? En el terreno de la Medicina había este final de cuentas: 1.221 casos de gripe-catarros. ¡Los catarros! ¡La gripe! ¿Se explica ahora el porqué cierto Sindicato inglés se dispuso a ir a la huelga cuando se intentó experimentar en serio, en una isla cercana, la manera de acabar de una vez con los catarros? Después la gripe-catarros febriles, seguía en graduación cuantitativa la bronquitis aguda: afortunadamente, menos casos, sólo 471. Y después... tuberculosis, procesos reumáticos agudos, afecciones gastrointestinales —¡también!— de verano, neumonías...

Pero con su ojo, entre clínico y matemático, hallo, muy escondido, un detalle, que no es pequeño detalle al oído de un empresario. Hallo que la frecuencia relativa de bajas fué superior en las mujeres, en una proporción de 1,34 a 1. Nos ganaron las mujeres por 34 centésimas de número índice. «Claro—se diría—, esto queda incompleto, porque las bajas han de ser de distinta duración.» Dicho, y hecho, y comprobado. Comprobado que también las mujeres nos ganaron, esta vez por mayor cuantía, tal vez por su afección al hogar: 2,47 días a 1. ¿Llegó a las últimas consecuencias? Nosotros, sí; nosotros nos atrevemos a preguntar: ¿Acaso es más económica la mano femenina? He ahí un problema laboral planteado por la sexualidad. En manos queda de la Medicina del Trabajo.

Pero enfoquemos nuestra atención periodística al aspecto económico, que parece más urgente por su más inmediata presencia corporal. La etiqueta económica de su encuesta fué ésta: 3.392.934 pesetas por jornales perdidos. Pero esta cantidad no queda ahí. A esta cantidad hay que agregarle la cuantía de la prestación económica del Seguro—según la ley, el 50 por 100 del salario base— y en este caso hay que relevarle por esta otra: 5.067.989 pesetas. No conviene perder de vista, por la distancia, los puntos de referencia: 26.061 obreros y 5.067.989 pesetas en pérdidas de jornales y compensación. Pero aún estamos a una altura de perspectiva incompleta. ¿Y los gastos de médico? Y los de farmacia, y los de asistencia hospitalaria... que en España corren de cuenta del Seguro...

No me extrañan las conclusiones del doctor Sangro: «Son absolutamente erróneos los programas para incrementar el rendimiento de la mano de obra que no se basan en una intensa y extensa acción médica». Y, claro, el buen programa médico, si ha de ser completo y eficaz, no puede dejar fuera ninguna de estas cuatro fases o modos: medicina preventiva, constructiva, educativa y curativa. Hay ya en España, para ello, un nuevo apelativo: médico de Empresa.

—Entonces, ¿la evitación absoluta del absentismo por enfermedad es posible?

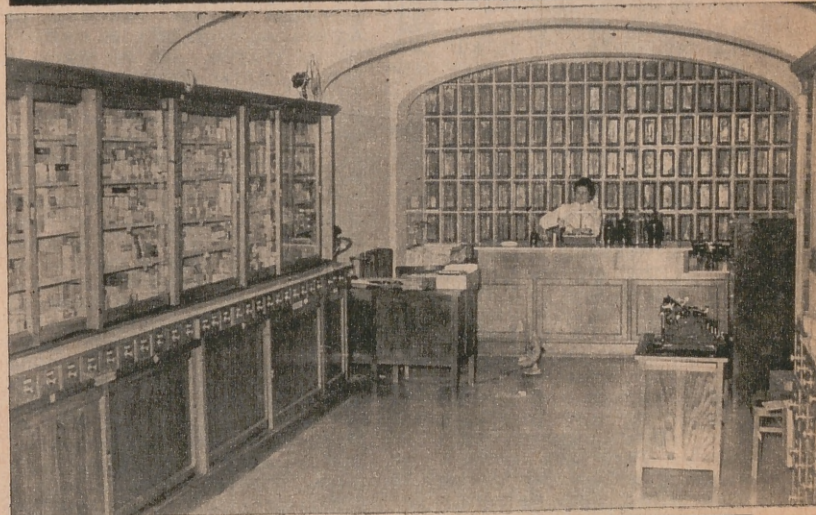
—Imposible.

—La lucha más eficaz, ¿cuál es?

—No el tratamiento rápido de quien ya es baja por enfermedad,



Un rincón del laboratorio, especializado en enfermedades del trabajo



El botiquín del Hospital

sino los diagnósticos de quienes se creen sanos y continúan en activo.

LA INFLUENCIA DEL AMBIENTE EN EL TRABAJO. — «LOS GASTOS DE MEDICINA EN LA EMPRESA PRODUCEN DIVIDENDOS»

A través de lo que uno ha leído y oído, creemos que ahí está la «madre del cordero». Ahí, en eso y en el examen previo, que son los que pueden descubrir las causas limitadoras de la capacidad de trabajo: algo heredado o congénito incidentes ocurridos en la infancia y pubertad, perturbaciones de orden nutritivo, atrasos de desarrollo... En fin hechos que afectan a la esfera orgánica y a la psíquica. El examen médico es el único que permite anticipar, a efectos de rendimiento las limitaciones o las cualidades de su perdotado. Pero un examen que recorra inquisitorialmente no sólo la parte orgánicomaterial, sino también la esfera psíquica (psicométrico), puesto que los dos son complementarios, dos fases de la misma exploración. Más claro: junto al reconocimiento general, otro sobre el estado nervioso del sistema nervioso, integridad ética

y mental, las condiciones particulares para las distintas profesiones, los riesgos de enfermar, su profilaxis... Cuanto pueda ayudar al logro de un perfecto equilibrio psicofísico, cuyo rostro es la salud orgánica. Nadie ignora que las perturbaciones del psiquismo lleva a perturbaciones cuantitativas y cualitativas—siempre negativas—del trabajo y también —¡cómo no!— a agrias alteraciones de la armonía con los compañeros y, si llega el caso, con los jefes.

La experiencia parece haber dado su palabra: la elección y conservación del obrero para cada puesto es cosa casi reservada al médico. La racionalización del trabajo—que se basa en el estudio de los tiempos y los movimientos: cronocinergología—no puede llegar a conclusiones completas respecto a un obrero fisiológicamente apto y capaz. Es cierto que sobre el trabajo inciden las condiciones ambientales, temperatura, humedad, luz, colores, ruidos, ventilación, postura, fortaleza, agudeza de los sentidos, amplitud de movimientos, velocidad, ritmo, humos, vapores, gases... ¿Puede, naturalmente, estar muy lejos el médico? Porque no

sirve, por mucha que sea su formación técnica, para trabajar en una nave de puñadoras quien padece de trastornos de respiración nasal; ni debe trabajar en cadena quien presente trastornos de oído interno; ni es útil para la metalurgia fina quien padezca distonía neurovegetativa y, por sudoración de las manos, provoque una más rápida oxidación de las piezas manufacturadas; no debe destinarse a la carga o descarga a los alcohólicos; ni es útil destinar a fundición a los delgados; ni vale para trabajos de pie los que sufran estasia venosa...

En resumen: en España, por unas u otras causas, el absentismo laboral es intenso. Lamentable en todos los aspectos. Valga, como contrapartida, la experiencia norteamericana que, aunque en cápsulas estadísticas, es una destilación de la realidad. No más de diez «días-año» de absentismo laboral se concede al empleado medio. Hasta en algunos contratos de trabajo figura en cláusula esa cifra—con tickest-día acumulables de un año para otro—, cuya transgresión supone la rescisión del contrato.

Para los norteamericanos maestros en productividad no hay duda. Tienen vigente y presente la consigna: «Los de medicina en la Empresa son gastos que producen dividendos».

HORAS DE MAYOR PELIGRO DE ACCIDENTES: DE 10 A 11 Y DE 6 A 7. AZÚCAR Y MÚSICA CONTRA LA FATIGA LABORAL

En algunos establecimientos americanos se ha puesto de moda distribuir azúcar entre los obreros. Pero para tomarla durante el trabajo. Ni capricho ni generosidad. Nada de eso. Lo hacen por conveniencia laboral, por deseo de conseguir mayor rendimiento sin causar fatiga al trabajador.

—¿Azúcar? ¿Para qué?

Con extrañeza aceptaban. Al fin, una golosina. ¿Cómo despreciar azúcar? Ellos la comían... Y después... Después, los médi-

cos y los ingenieros estaban atentos, pendientes de ellos. Y ellos, quizá algo escamados. ¿Azúcar durante el trabajo...?

Y el secreto no es más que este: resulta que entre las diez y las once de la mañana, o las seis y siete de la tarde, son las horas más peligrosas, las de mayor número de accidentes. Para dar testimonio están las estadísticas. A esas horas se presenta la fatiga: mayor esfuerzo labor más monótona...

—Pero, ¿qué tiene que ver el azúcar con la fatiga y los accidentes?

—Pues, eso precisamente. Que la fatiga se atribuye a la falta de glucosa en la sangre y se reuerza con azúcar.

Pero hay más: en otros sitios la música se ha presentado en los talleres para hacer el relevo al azúcar. Como se ve, siempre dentro de lo dulce y agradable. Resulta que la música tiene una acción excitante sobre las glándulas suprarrenales, que, al proporcionar mayor cantidad de adrenalina, aumentan el contenido de glucosa. Así que para la fatiga laboral, azúcar o música. Y precisemos: no fatiga, sino fatigas, porque su estudio no ha llevado todavía a conclusiones claras, limitándose por ahora a considerarla como un fenómeno complejo. De momento se distinguen tres tipos: «fatiga-abatimiento», «fatiga-cansancio» y «fatiga-aburrimento». Azúcar y música.

Y aquí creo que debe darse paso, y por eso no lo dejamos en reserva, a un parrafito de curisidades. A la música para la fatiga laboral se le están dando muchas vueltas. ¿Cuál es la más adecuada. Desde luego se rechazan las músicas que, al lado de «fortísimos» tengan «pianísimos» casi imperceptibles, porque esto último obliga a aplicar el oído, a distraerse y ¡pum!, el accidente. Sin que después de eliminar la música clásica y la música sinfónica moderna, y las canciones de ópera y operetas, y las canciones populares—se distraen al atender la letra—, y la música de baile moderno, y las marchas, hay quienes se quedan tan sólo con las oberturas de ciertas óperas y

operetas (sin canto), con música ligera y suave. Y con limitaciones: media hora se considera bastante, según las experiencias inglesas. Pero queda en pie un problema: ¿Qué media hora? ¿Esto hay mayor coincidencia: entre las diez y media y las once de la mañana, y por la tarde de cuatro a cuatro y media. Médicos tiene la cuestión.

Por estos y otros muchos estudios, puede calibrarse ya hasta qué nimios detalles llega la prevención de accidentes. No faltan recomendaciones, todas ellas relacionadas con la fatiga: no comer ni beber demasiado a mediodía, sino sólo lo necesario para equilibrar la energía; por la noche, alimentarse lo mejor posible; dormir siempre ocho horas por lo menos; no hacer excesos...; estar más alerta durante las etapas finales... Todo esto, todo inmaya en las muchas causas del traspies; causas que entran en la jurisdicción del médico: falta de la debida agudeza visual o auditiva, falta de dominio de sí mismo, emotividad, excitabilidad, falta de atención por distracción o por desinterés o por no gustar el trabajo encomendado, la mucha preocupación por lo que se hace y también la depresión moral... Cualquiera de ellas carga pronto con el drama de un accidente.

Hasta para morir electrocutado es la fatiga una causa que predispone. Curioso y trágico, pero una realidad evitable por el estudio médico de la aptitud y capacidad del trabajador. Y dicen más todavía las observaciones médicas: la mujer presenta mayor receptividad para la corriente eléctrica que el hombre, sobre todo durante la pubertad, el embarazo y el climaterio; los niños y los ancianos son menos receptivos; son causas de mayor receptividad el hambre, la sed, las emociones, las precauciones y el miedo; en cambio, aumenta la resistencia a la corriente eléctrica el sueño, y con una particularidad: la resistencia está en proporción directa con su profundidad; y ya es sabido que las superficies de contacto mojadas o húmedas por el sudor, como

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

también la piel delgada, son más peligrosas que la piel seca o callosa. Hasta las enfermedades influyen en el peligro: son más receptivos los de piel pálida, los alcohólicos, los enfermos pulmonares, los cardiovasculares, renales o con taras metabólicas y los endocrinopatológicos.

¿Hay razones para el examen médico antes de la selección y distribución del obrero? Hablan las cifras: el 60 por 100 de los traumatismos en España son de accidentes de trabajo; el resto hay que anotarlos en la cuenta de las circulaciones y tareas domésticas. Y detrás llega la factura: indemnizaciones, gastos y tratamiento y pérdidas de jornadas. Factura que va a parar a la industria y a la agricultura. En fin, a la economía nacional.

A LAS DOS DE LA MAÑANA SE BAJA AL MÍNIMO DE CALOR INTERNO, DE PULSACIONES Y DE CAPACIDAD MENTAL

No hace mucho, durante los años 1951 y 1952 se tuvo en estudio, pero estudio minucioso por alemán, el balance de accidentes ocurridos en la Red Nacional de Ferrocarriles de aquel país. El resultado fué significativo: los accidentes por negligencia fácilmente inevitable ocurrieron con más frecuencia de noche, y precisamente entre las diez y las dos de la madrugada.

—¡Sueño!

—¡No!

—Falta de luz.

—Tampoco.

Hay una conclusión médica: la capacidad mental baja a su mínimo durante la madrugada. Tomen nota. Y tomen nota de que la curva térmica y la frecuencia del pulso alcanzan su máximo al atardecer, y el mínimo a las dos de la madrugada. Durante la noche el volumen circulatorio es muy pequeño, aunque suficiente para cubrir las reducidas necesidades del organismo durante el sueño. Se adivina una pregunta: ¿acaso no se modifican esas curvas al habituarse al horario de noche? Pues no. Así que los trabajadores nocturnos se encuentran en situación desfavorable, cosa que ha tenido en cuenta la ley.

Y es que nuestro cuerpo ha de descansar. Pero descansar célula por célula y, gracias a ello, podemos estar más tranquilos, porque necesitan muy poco tiempo y además no coinciden en su reposo. No está de más una muestra: las pestañas vibrátiles de los epitelios respiratorios tienen bastante con unas décimas de segundo. Unas más y otras menos todas toman su descanso durante nuestra larga noche.

¡Qué mundo llevamos dentro, y no muy descubierto! Las consecuencias de todo esto no son pocas y sí sorprendentes para los que andamos, trabajamos y dormimos sin darnos cuenta de ello. Hasta se explican ciertos fenómenos morbosos con horario fijo como los cólicos, accesos de asma bronquial, edema agudo del pulmón...

Pero para nuestro punto de vista tiene un gran interés social. Vale para seleccionar indi-

viduos con destino a trabajos nocturnos, según lo que aconseja el estudio de las variaciones de su capacidad funcional. Consecuencias: disminución de accidentes y enfermedades. Ejemplo: según las estadísticas, entre 184.000 trabajadores la úlcera péptica fué ocho veces más frecuente en los trabajadores nocturnos que en los diurnos.

No somos, no, unidades biológicas. Somos unidades funcionales del ambiente. Ya parece determinada la mejor temperatura-ambiente para realizar las tareas con mayor perfección y rapidez. Perfección y rapidez. La temperatura es ésta: entre 70 y 79 grados Fahrenheit. Los empresarios que se preocupan por el rendimiento individual ya saben que los individuos que viven y trabajan bajo temperaturas templadas invierten menos tiempo y cometen menos errores que los que tienen que soportar las más elevadas.

EL RUIDO, VIRUS DE LA TÉCNICA CONTRA EL HOMBRE

Pero en el ambiente pulula un enemigo mayor del descanso de nuestras células, del reposo del hombre íntegro, del trabajo, de la salud, ¡de todo! El ruido. Un regalito de la técnica, y la técnica anda loca buscando modo de deshacerse de él, porque hace impacto, no despreciable, en la productividad. Así que, la música, buena, productiva; y el ruido, malo, retroproductivo. Pero, hoy por hoy, teniendo en cuenta el testimonio de nuestros sentidos, ¿dónde están las fronteras entre música y ruido? A juicio de discretos dejamos esta cuestión de límites todavía no determinada.

Mientras tanto, la Patología y la Psiquiatría actuales no dejan de investigar en las reacciones y «actitud» del hombre ante el ruido—capacidad de resistencia, inmunidad física y psíquica—porque bien lo merece a efectos de fabricación de máquinas, materiales de construcción, motores, herramientas, transmisiones acondicionamiento de locales fabriles, etc. Se pretende aislarlo y clasificarlo como se aíslan y clasifican en Biología los virus y

bacterias, tanto por motivos sanitarios como sociales y económicos. Ya nadie duda de que el ruido es agente no sólo de sensaciones desagradables, sino también de lesiones orgánicas y directas en la «salud física» del hombre y un impacto de graves consecuencias en su estado anímico. Sus efectos, por tanto, en el rendimiento individual son fáciles de prever.

Y ya venimos a parar a la gran preocupación de nuestro tiempo: la productividad, que es la producción referida al trabajo humano, no puede estar lejos de una eficaz organización empresarial el médico. Es más, creemos que ha de estar presente y ser en parte dirigente. El dirigente de dos factores: el patológico y el psíquico, y hasta psiquiátrico. Esto se ve claro en los esquemas que se han hecho sobre las influencias que actúan en el comportamiento del trabajador durante el trabajo. «Influencias favorables intrínsecas»: entrenamiento, automatización, experiencias extraprofesionales, higiene mental. «Influencias favorables extrínsecas»: simplificación de las técnicas, adaptación del utillaje, mejora de los «factores ambientales», racionalización del trabajo. «Influencias desfavorables intrínsecas»: «enfermedades», «accidentes», «envejecimiento». «Influencias desfavorables extrínsecas»: introducción de nuevos factores técnicos que tiendan a la desadaptación, dificultades económicas, familiares y sociales, desarticulación de los equipos habituales de trabajo y cambios en el ambiente de trabajo en sentido negativo, con especial referencia a la compenetración con los mandos técnicos. He ahí el esquema, cuya realidad ha de contar con el organismo, temperamento y carácter del hombre.

En pocas palabras: el planteamiento actual racional del trabajo es un triunfo del hombre. Del hombre que, aunque forma parte de una multitud laboral —el «polvo anónimo» de Alexis Carrel—recobra su personalidad. Y, aunque parezca esclavo de la máquina, se hace más libre para atenciones de su cuerpo y de su alma.

Jiménez SUTIL



Sala de control en el Departamento de Radio del Instituto de Medicina y Seguridad del Trabajo

IBIZA



Paraje denominado «El Caló», al fondo se divisa Ibiza y el islote El Vedrá

LA ISLA DE LOS SANTOS ES TAMBIEN LA ISLA DEL SILENCIO



La payesa conserva sus trajes típicos, el sencillo y el de lujo que luce en los días solemnes

POR la rampa que llaman del Rastrillo, Ibiza se hace medieval. Cara a cara el visitante se encuentra con la entrada de la ciudad amurallada, en la Puerta de las Tablas, que se denomina así porque en ella había un puente levadizo. Ahora el desnivel se salva por la rampa. Frente a ella hay que pensar que estamos contemplando una extraordinaria fortificación: murallas intactas y sólidas que parece que el tiempo no se atrevió a deteriorar. De ellas ha dicho el profesor Pierre Lavedán que no subsiste en Europa ningún testimonio más completo

del arte militar de la época en que fueron erigidas. Las empezó el César Carlos y las terminó su hijo, el Prudente. Sobre la puerta, y debajo del escudo de España, está esculpida la fecha en que se terminaron, reinando Felipe II, el año 1585. Su construcción fue dirigida por el italiano Juan Bautista Calvi, que era maestro en levantar las más inexpugnables fortalezas. A ambos lados de la puerta que da acceso al recinto amurallado, en grandes hornacinas, hay dos estatuas romanas decapitadas, que fueron encontradas en las excavaciones de la ciudad. Estas murallas de Ibiza tienen su anécdota. En ellas se emplearon veinte mil escudos, que prestó para ello aquel limosnero manchego, de Villanueva de los

Infantes, que fué obispo de Valencia y después subió a los altares con el nombre de San Tomás de Villanueva. Exhaustas las arcas del tesoro por continuas guerras, había que levantar las murallas de Ibiza y se contaba con poco dinero para ello. Se pensó en el obispo, que no había de negarse por su gran corazón. Efectivamente, Santo Tomás no resistió la súplica que se le hacía y dejó el dinero, con la condición de que fuera devuelto tan pronto se pudiera, pues era de sus pobres.

Pero, como siempre ocurre, prometer fué fácil, pero devolver difícil. En trámites y alegatos se pasó el santo los años que le quedaron de vida sin que la cantidad completa volviera a la bolsa de

COSTUMBRES DE HACE SE-
TECIENTOS AÑOS AUN IN-
FLUYEN EN LA VIDA DE LOS
MOTORIZADOS PAYESES

CIENTO VEINTICINCO MIL
TONELADAS DE SAL

sus limosnas. Y sólo consiguió recuperar diez mil ducados.

Muy preciada debió ser esta isla para la Corona, y tanto se preocupaba Felipe II de su defensa, que mandó aquí a su mismo hermano, don Juan de Austria, a inspeccionar cómo iban las obras de estas murallas. Cuando estuvieron terminadas, en las incursiones de turcos y berberiscos la población se encerraba en la ciudad amurallada y desde sus troneras y baluartes se rechazaba al enemigo. Heroica y mártir fué Ibiza en su secular lucha contra el infiel, y los ibicencos pueden estar orgullosos de que sus antepasados contribuyeran como ningún otros a resistir unas veces y a perseguir otras la piratería del Mediterráneo.

FLORES Y GORJEOS DE PAJAROS

Por la puerta de estas murallas se adentra una en «Dalt Vila», la ciudad alta en ibicenco. Frente por frente al Rastrillo, abajo de la rampa, ha quedado el trajín del mercado y de las calles coloristas y comerciales: la calle del arzobispo Montgri, conquistador de la isla; la calle de Aníbal, y muchas más de nombres pintorescos. Son sólo unos cuantos metros y, sin embargo, cuando se pasa por el patio de armas de esta ciudad medieval, todo parece cambiado y distinto. Ya no se oye el pregón de las payesas, que con su tono dulce vocean, como la cosa más natural, sus manojos de espárragos a cincuenta céntimos. Ya no se oye nada más que la quietud de esta ciudad alta, donde cada calle empedrada tiene una leyenda, donde casi todas las casas ostentan los escudos de los que reconquistaron la isla a los sarracenos. «Dalt Vila» hay que andarla paso a paso, despacio y con los ojos muy abiertos. Cuestas que una cree que le será imposible salvar, tapias por las que se desbordan los jardines, casonas de tipo catalán antiguo. Todo un latir de siglos que se ha quedado aquí en una elegante quietud, en un silencio señorial que se rasga en cientos de trinos. Gorjean los gorriones alocaidamente, deslumbrados de sol. El sol en Ibiza se hace luz diáfana. Luz radiosa a las diez de la mañana, en que yo voy recorriendo esta ciudad alta y tengo muchas veces que hacer visera de mi mano porque la luz hiere mis ojos. Sólo he visto una luz parecida en Tarragona..., pero a las doce del día. Y aquí son las diez tan sólo. Esto quizá es explicable, porque estas calles están a más de cien metros de altura del resto del llano de la ciudad. Allá abajo, en los arrabales marineros de la isla, a pesar de que la cal blanquea todas las edificaciones, no hay tanta luz como aquí arriba, donde vemos el cielo casi al alcance de nuestra mano. Un cielo transparente, maculado en su azul intenso por nubecillas ingravidas que el aire empuja sobre el mar. Y ver el mar desde aquí, desde los estupendos miradores que «Dalt Vila» posee, es un espectáculo inolvidable ya toda la vida. Desde aquí arriba se puede apreciar en toda su grandeza lo que es una isla en medio de la soledad del mar. Por un momento se experimenta la angustia de pensar: «Ahora mismo, aunque



Los molinos de Ibiza se alzan en un paisaje de mar y campo, almendros, olivos y açantilados

quisiera salir de aquí, no podría. Nos rodea el agua por todas partes.» Esta es la primera sensación, pero después, indefectiblemente, nos llega una paz que se va adueñando de todo nuestro ser y que parece que nadie nos la podrá ya arrancar. Estamos lejos de vértigos de circulación, de diversiones

multitudinarias Ni un «claxon», ni el cruzar relámpago de un tren ruidoso. Aquí no hay trenes ni casi autos. Jamás podrá haber trenes en esta isla ni gente agolpándose para el asalto de cualquier vehículo. Sólo el mar, cruzado a lo lejos por los silenciosos barcos con la lentitud de fantas-



La iglesia parroquial de San Jorge pone su original estampa sobre el campo ibicenco

mas. Del muelle desamarra un velero que irá cargado de almendra o de madera. Por una calle pina sube un canónigo con andares dispaciosos. De una casa sale hacia la puerta la dueña recomendando por última vez a su sirvienta, vestida con el traje de la isla:

—No olvides ir a la confitería y traerte una torta mediana de flao...

Y la muchacha asiente suavemente. Tanto ella como su señora tienen esa belleza de tez mate y pálida, casi marfileña y los ojos negros y tristes y la esbeltez característica de las mujeres ibicencas. El flao que esta muchacha traerá es el dulce más típico de aquí y que se come de postre en todas las casas. Se hace a base del queso fresco que a diario traen las payesas del campo. Y del flao ya hablaba el beato Ramón Lull en su «Libro de Blanquerna». El lo escribió en 1283. De entonces acá, casi setecientos años. Y cuando pienso esto siento que la cabeza se me va. Parece que todo me da vueltas. Han pasado tantas gentes, tantos sucesos y esa cosa trivial, ese dulce quedó perennemente en Ibiza haciéndolo de madres a hijas con rara maestría de generación en generación. Y es que aquí los siglos no cuentan para guardar las costumbres y tradiciones.

En cambio, sí cuenta el progreso, dentro de lo que cabe, claro está. Un ejemplo de esto son las bicicletas, que los campesinos emplean para desplazarse de sus pueblos y los caseríos. Los carritos del país los usan los viejos, pero los payeses jóvenes y las payesitas vienen a la ciudad a hacer sus compras o a vender en bicicleta, y aun ahora éstas las van sustituyendo por motos. Esto es fácilmente explicable, porque aquí todo el mundo vive con holgura. Es más, cada uno es propietario. El campesino no tiene sus huertas sus predios plantados de algarrobos y almendros, que les proporcionan buenos ingresos.

MAS ALTA QUE LA ISLA DE MADERA

Siguiendo por este itinerario de la ciudad alta se llega a Sa Carrosa, un paseo en espiral que bordea la ciudad alta y a orla sus árboles al abismo de los acantilados. Pero yo prefiero dejar la suave gracia de estos jardines casi colgantes y torcer hacia la derecha, donde escaleras y callejas rampantes conducen por un laberíntico derrotero a la parte más alta, a la catedral. También Sa Carrosa conduce a ella dando vueltas cerradas, pero es más sugerente caminar por la calle de Marino Riquer, que nos recuerda las hazañas de los corsarios, por el callejón del Suspiro, por la plazuela de los Desamparados.

Se sube y no se llega nunca. Pregunto a una mujer de traje típico, noble pretenciosa y terzeta colgando a la espalda:

—¿Falta mucho para llegar arriba?

—¿Dónde va la señoreta?

—A la catedral.

—Pues suba más, más. Todavía más.

Sigo, pues, subiendo. Pero pa-

rece que me falta la respiración. Tengo que detenerme a descansar, y a veces hasta que apoyarme en las paredes, porque creo que voy a bajar rodando. En previsión de causa dejé en el hueco mis zapatos de tacón y subí con un calzado bajo, pero ni aun así me doy traza a subir estas cuestas. Ellos, los ibicencos, trepan como corzos jóvenes por aquí, pero necesariamente se piensa en los canónigos viejos que tienen que subir dos veces a la hora de Coro a la catedral. Yo creo que todos vivirán en las últimas calles de arriba, porque si no no lo resistirían. Para una extranjera con su capazo rebosante de fruta y verdura. Viene de hacer su compra. Me mira y sonrío mientras me dice a guisa de explicación:

—No puede, ¿verdad? Yo tampoco pude los primeros días. Pero ya es fácil para mí. Estas calles son más difíciles y altas que las de la isla de Madeira, que yo también conozco.

Y se aleja. A mí me dan ganas de preguntarle: «¿Qué hace usted aquí? ¿A qué vino?» Pero no le digo nada. ¿Para qué? Se lo que me va a consistir. Es una extranjera más que se vino a esta isla balear atraída por su belleza extraña y por su vida tranquila y de incomprabable abundancia y baratura. Vivir aquí, en este trozo de España anclado en el Mediterráneo, les cuesta la mitad que vivir en sus países. Y mientras ellos y ellas pintan o escriben en este silencio y dan a y bienhechor. Porque en Ibiza el silencio de la Naturaleza se junta y auna al hablar apagado y ceremonioso de la gente. Habían los ibicencos con un tono bajo de buena educación. No se oírán nunca aquí ni un grito ni una estridencia. Todo es suavemente amable, y el visitante, cansado de trabajo o de ruido, sentirá aquí que sus nervios recobran la calma. Y una comprende esta invasión de extranjeros en la isla. Vienen de un mundo desquiciado donde cada día tiene un destino incierto.

EXTRANJEROS EN LA MISA CONVENTUAL

Al fin he llegado. Esta catedral es gótica y fué mitad templo, mitad fortaleza cosa tan necesaria en aquella época. Dentro la misa conventual está ya casi terminada. Catedral original, sin retablo, y el altar circundado por el coro. Oyendo la misa, unos cuantos viejos payeses y un matrimonio francés que se hospedan en mi hotel.

Después, cuando ya los canónigos, en procesión pausada y de dos en dos, han dejado el coro, el matrimonio francés se ha extasiado ante la imagen de Santa María de Ibiza o de las Nieves y ha contemplado los capiteles del siglo XIV, con imágenes de narigadas por el tiempo.

Al salir, otra vez la algarabía gozosa de los pájaros. Cantan ellos a la primavera y a la creación, que parece revivir toda en esta época. La plaza de la Catedral, silenciosa de palabras o pisadas humanas, vibra, sin embargo, en la sinfonía natural del

gorjeo de estas aladas criaturas. A la derecha, el Palacio Arzobispal; a la izquierda, el Museo Arqueológico, instalado en donde estuvo hace siglos el Gremio de Mareantes hasta que se trasladó a la iglesia de San Telmo. Posteriormente estuvo aquí lo que se llamó la Universidad, que es como en la antigua Ibiza se denominaba al Ayuntamiento. Hoy está aquí este extraordinario Museo, cuyos fondos nos dan una idea del esplendor que tuvo en la isla la dominación púnica. Este Museo es muy visitado por los extranjeros. Sobre todo hay terracotas interesantísimas, cartaginacas con influencia helénica e incontables atributos de la diosa Tanit, que fué muy venerada aquí.

BLASCO IBÁÑEZ NO SUPO VER IBIZA

Por el lado del Palacio Arzobispal se sale a la parte de atrás de la isla, a su reverso. No hay puerto aquí, sino las rocas vivas a nuestros pies, ahí al fondo, en un tramado desnivel. Bravos acantilados que las olas bañan en espumas. Más, a la derecha hay explanadas naturales que se escalonan hasta llegar al mar. En estas explanadas, sobre cualquier saliente, hay infinidad de extranjeros sentados contemplando el pausado ir y venir de las olas.

Yo también quisiera bajar, sentarme ahí y olvidarme del tiempo; pero mis horas están contadas siempre y no puedo detenerme. En esta parte, detrás de la catedral, está lo que llaman el Castillo, que es ahora uno de los cuarteles de la guarnición. Al otro lado sé que están los molinos de viento de Ibiza. Y quiero verlos. Para llegar a ellos hay que dar una enorme vuelta por esta especie de carretera o atravesar un pasadizo. Este es el camino más corto, y así me lo asegura una vieja payesa que lleva a su nieta en brazos. Opto por el pasadizo, pero, ¡válgame Dios! A los pocos pasos que llevo andando por él me encuentro en completa oscuridad; es como si hubiese penetrado en una mazmorra en forma de túnel. Y retrocedo más de prisa. La cosa debe de tener unos 50 metros. La payesa me pregunta al verme otra vez ante ella:

—¿Se ha salido...?

—Sí; no se ve absolutamente nada.

—Pero es que así es más corto. Si no tendrá que caminar mucho.

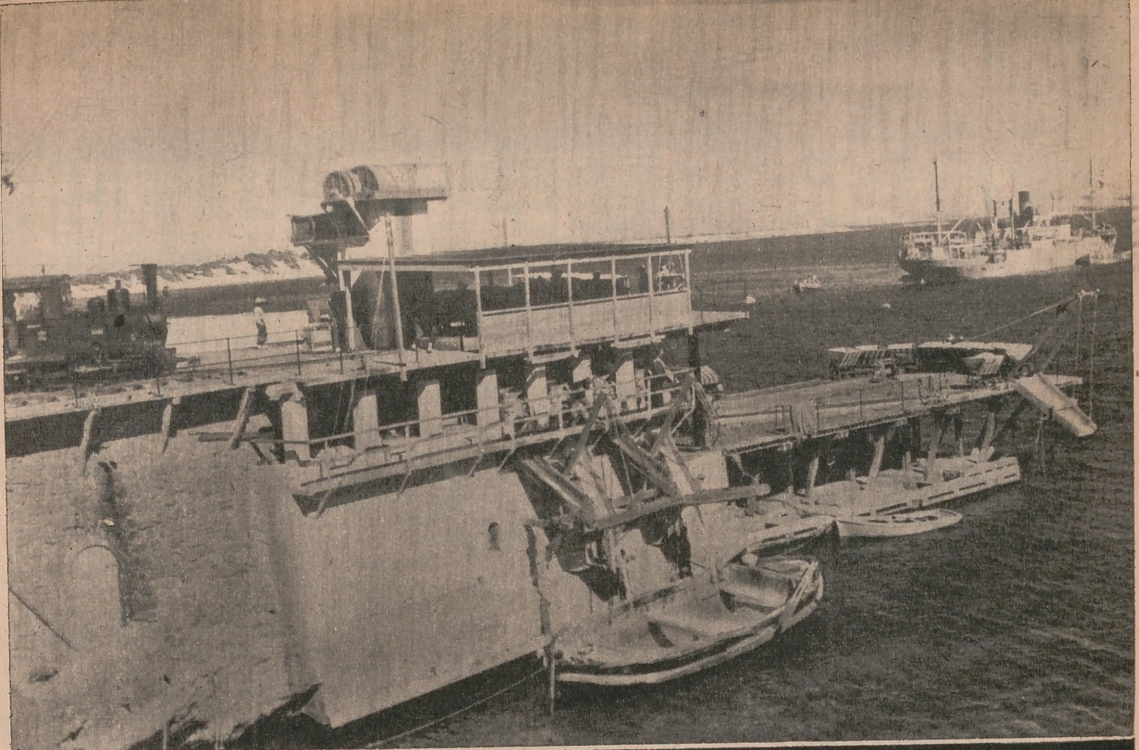
—Pero, ¿y si hay murciélagos?

—Eso sí puede ser. No se fije si no los hay. Puede... Yo la acompañaría si no tuviera la nieta. Pero se puede asustar y llorar.

—Tiene razón. Llorará. ¿Usted sola pasaría?

—Claro. Muchas veces lo hago. Yo soy resuelta.

Y porque la payesa no dijera que yo no era resuelta me metí en aquella boca lóbrega y pasé. ¡Vaya si pasó! Pero con los ojos cerrados. Era igual llevarlos abiertos. No se veía nada y sólo había que caminar en línea recta, sin torcerse, porque se podía



De cargadero de las salinas las barcazas llevan la sal a los barcos que la transportan casi siempre a Escandinavia

topar con las paredes. No sé si algún murciélago levantó su vuelo a mi paso. La payesa me había dicho: «Desde esta muralla la verá cuando salga por el otro lado.» Y cuando salió ella estaba donde me dijo, y me gritó:

—¿Está bien...?

—Sí, muy bien; llegué. Gracias.

Y no puedo dejar de pensar en las diversas gentes que habrán atravesado este pasadizo en el transcurso de los siglos. La isla, por esta parte, está flanqueada de islotes. El islote de las Ralas, el de los Ahorcados, el de la Esponja. A lo lejos, una gran torre de defensa edificada sobre las mismas rocas. Es la torre llamada del Pirata. En ella situó Blasco Ibáñez la acción de su novela «Los muertos mandan». Y la fobia de los ibecencos es Blasco Ibáñez. Desde que llegué a la isla me dijeron muchas veces: «Ya ve, usted qué atrevimiento el de Blasco Ibáñez. Estuvo sólo quince días en la isla y se puso a escribir esa novela cuando ni acertó a conocernos ni a captar nuestras costumbres. Todo lo que escribió fué un puro disparate. Inventos de su imaginación. Ibiza tiene mucho que ver, mucho que ver. Blasco ni siquiera salió del llano de la villa no recorrió nada más, y se limitaba a pasearse con un teniente de carabineros, amigo suyo, que ni siquiera era ibecenco. Eso fué todo lo que hizo aquí.» Y una, mirando esa torre ahí a lo lejos, se acuerda de estas pala-

bras y de la malhadada novela. Y pienso que los ibecencos tienen razón. La isla tiene mucho que contar. Contar la verdad de su ciudad, de sus pueblos, de sus moradores. Y lo terrible del caso es que yo dispongo de muchos menos días que el escritor levantino, maestro de la descripción.

EL MONTE DE LOS MOLINOS

Aún contemplo desde aquí, allá a los lejos, y cerca de la torre del Pirata, el famoso islote el Vedrá. En medio del mar él emerge en unos 100 metros de altura con algunos picachos. Al Vedrá le denominan el gigante del Mediterráneo, y en sus rocas viven cabras salvajes. A su lado, otro islote más pequeño, llamado el Vedranell. Al fondo, una especie de punta que avanza en el mar. Por su situación creo colegir que deben de ser las salinas. A un pastor que pasa conduciendo su rebaño en acompasado son de esquilas, le pregunto:

—Allí están las salinas, ¿verdad?

—Sí, allá están. Una vecina mía se casó hace unos días con un salinero.

—Ya.

—Está muy bien, ¿sabe usted? porque un salinero gana mucho.

—Ya.

—¡Pues nada menos que de 16 a 20 duros diarios! Van a destajo. Sobre todo, cuando la zafra. Pero usted no sabrá lo que es la zafra.

—Pues, no; mucho, no.

—Pues eso es el tiempo que dura la cosecha de la sal. ¿Lo entiende?

—Claro. Perfectamente.

—Pues, sabe usted, es como yo le digo a mi madre, que más cuenta me traería vender las ovejas y andar con la sal. Ir con animales es una vida muy perra. También, sabe usted, me gusta la mar. A lo mejor me compro una barca para pescar.

—Ya.

Y no me atrevía a contestarle una palabra más larga porque a lo mejor, si le daba confianza, el hombre me explicaba su vida entera y la de sus vecinos. Cuando le vi, por fin, marchar, pensé que se equivocaban quienes habían definido a los buenos payeses ibecencos como una gente desconfiada e introvertida.

Pero avanzando por aquí se llega al Puig dels Molins, que es tanto como decir el monte de los Molinos. Ellos están ahí sobre un montículo, mostrando frente al mar la clásica y graciosa estampa de sus aspas. En el mismo montículo, al lado de estos molinos de viento, está el gran hotel residencial Mar Blau. Y Mar Blau, encendido en la noche, al borde del mar, aquí, en esta parte, donde no hay muelles, sino acantilados y rocas adustas, es de un efecto fantástico. A todo el derredor de Mar Blau y los molinos, olivos y almendros en enorme profusión. El verde ceniciento del olivo contrasta con la cálida blancura de los florecidos almendros. Y el almendro en flor es en estos meses la fisonomía característica de Ibiza, blanca de cal y blanca de flor de almendros. En este montículo de los Molinos es donde se encuentra la necrópolis púnica mayor del mundo. Baste con decir que aquí existen tres mil hipógeos.

Este monte, con sus molinos sus almendros y sus tumbas excavadas en la roca fué pintado por Santiago Rusiñol, que llamó a Ibiza la «isla blanca», pero yo la llamaría la isla de los santos. Ibiza se divide en cuatro Ayuntamientos, además del de la capital. Estos Ayuntamientos pertenecen a los pueblos de Santa Eulalia del Río, San Antonio Abad, San Juan Bautista y San José. A su vez, de estos Ayuntamientos dependen innumerables pueblecitos que se llaman parroquias y todos los cuales llevan nombres de santos y santos. Y así, San Carlos, San Vicente, San

Suscríbese usted a
La Estafeta
Literaria
Aparece los sábados

Miguel, San Lorenzo, San Francisco, San Jorge, San Agustín, Santa Inés, San Rafael, Santa Gertrudis, San Mateo y Jesús. Todos estos Ayuntamientos, parroquias y la capital tienen 3.500 habitantes. De los que 11.500 pertenecen a la ciudad, que cuenta además con una población flotante de 1.500 extranjeros de todas las nacionalidades, con una gran mayoría de alemanes, norteamericanos y nórdicos.

PINOS Y SALINAS EN LA PLAYA

Para ir a las salinas hay que alquilar un turismo. Unos minutos de regateo, y al fin el conductor y yo nos ponemos de acuerdo en el precio. Ya vamos, pues, rodando por esta tierra roja de la isla, camino de sus salinas, explotadas desde el tiempo de los romanos. Por las afueras de la capital se encuentra la nutrida colonia de las casas baratas que son, en realidad, preciosas villas de reciente construcción, habitadas muchas de ellas por extranjeros. A un lado queda la playa de las Figueretas, y por aquí vive Lady Mary, de la rama inglesa de la casa ducal de Alba. Por los campos, hombres y mujeres trabajan la tierra. El conductor me explica:

—Plantan patatas inglesas, pues resulta que en este terreno se dan muy bien. Traen la semilla de Inglaterra, los payeses la cultivan y después vienen barcos ingleses a llevársela. Una riqueza nueva esta exportación. Sacan los cosechas de éstas y una cosecha de patatas de las nuestras, y qué sé yo... ¡Una barbaridad!

—¡Vaya!...

—Sí. Y, además, todos estos hombres son salineros. Durante la zafra, a los estanques, y cuando se termina, al campo. Todos son agricultores y todos tienen sus fincas.

Estos hombres y estas mujeres que vemos plantando patatales pertenecen todos al pueblecito o parroquia de San Jorge. Los salineros son de aquí de San Francisco y del Ayuntamiento de San José adonde pertenecen las salinas. Pasamos por el pueblecito de San Jorge. En este pueblo, su iglesia, pequeña y enclavada, data, sin embargo, de seis siglos y es una fortaleza almenada. Esto es tierra adentro. No tiene mar San Jorge, pero hasta aquí lle-

gaban los piratas en sus incursiones, en las que no solamente mataban hombres y robaban ganado, sino que se llevaban a las mujeres. Cuando aquí se daba el grito de «amoros en la costa», que quedó como célebre frase, era señal de que ya subían por calas y acantilados los enemigos, y el pueblo corría a encerrarse en su iglesia fortaleza, que le servía de baluarte defensivo.

En las puertas de las casas, las mujeres de San Jorge cosen finos pañuelos.

—¿Y eso?—pregunto.

—Pues ya ve usted. Otra ganancia que se ha sacado aquí en esta isla. De las fábricas catalanas traen a rematar pañuelos y prendas delicadas. Todas las mujeres de la isla tienen así labor y jornal para todo el año.

Seguimos avanzando. Por todas partes, colinas completamente cubiertas de pinos. Y las manchas blancas de ovejas y corderos paciendo. Junto a los pinos empiezan a verse las sabinas. En este paraje de Ibiza hay en la misma profusión pinos y sabinas. El auto enfila hacia las salinas. Enfrente mismo del camino que conduce a ellas, la playa de la Canal. Una playa magnífica de arena de un rubio amarillento que parece oro bajo el sol. Hasta la playa misma, mojando casi sus ramas en las ondas, bajan los bosquecillos de pinos y sabinas. Es un paisaje de magia en el que los colores están unos al lado de los otros brillantes y juntos como en la paleta de un pintor. Azul del mar, amarillo de la arena, verde de las arboledas. Yo no me canso de mirar esto. Y para verlo mejor le he pedido al chofer:

—Pare un momento, por favor.

El camino hacia los estanques de sal se hace estrecho. Al borde de él, un buho herido o enfermo, entornando sus ojos redondos mira esta claridad. El que gusta de la noche hoy, por no poder remontar el vuelo, tiene que estar ahí a pleno sol. Inerte así, la repelente ave ya no me da temor, sino lástima. Y pienso recogerla cuando vuelva. Tal vez sea fácil curarla.

Hemos llegado ya a los estanques. El más importante es el Estanque Rojo. La sal se apila en cerros blancos y como cristali-

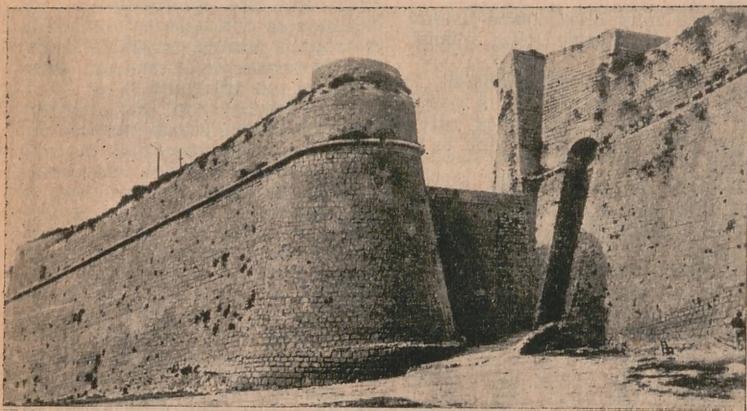
linos y la luz les arranca reflejos nacarados. De estas salinas se obtienen 20.000 toneladas de sal y unas 5.000 de las pequeñas que hay en Formentera. Esta sal es muy apreciada para salazones y se exporta principalmente a los países escandinavos. En el cargadero siempre hay uno o dos barcos extranjeros. El mar del cargadero se riza en culebrinas luminosas. Nadie resiste el sol aquí. Los marineros extranjeros miran este sol entornando los ojos como el buho. Corre el pequeño trenecito de las vagonetas de sal. Las barcazas recogen el blanco polvo. Ahora sólo hay una plantilla de unos cien obreros, pero en la época de la recogida dicen que llegan a quinientos. Aquí está la casa de la Compañía Salinera Española, y más allá el bar La Canal, en el que siempre se oyen canciones en muchos idiomas. Los dueños de los turísticos de Ibiza hacen buen negocio llevando y trayendo a la ciudad las tripulaciones de los barcos de la sal. Claro que muchas veces tienen que traerlos completamente mareados del coñac ingerido. De estos marineros se cuenta una graciosa anécdota. Como aquí encuentran un paraíso en el que son baratas hasta las bebidas, dos noruegos marineros se encontraban aquí a sus anchas y cuando llegó el día de la marcha les pareció que iban a dejar el séptimo cielo. No pudieron resistir la tentación de quedarse, y cuando ya el barco desamarraba, se tiraron al agua. A nado ganaron la orilla. Habían vuelto a pisar tierra ibicenca. Derechos se fueron al bar de La Canal pidiendo al dueño:

—Denos coñac. Nos hemos quedado para beberlo a gusto. Aquí es más barato que en nuestra tierra...

Cuando regreso ya no está el pobre buho. El auto pasó despacio y no temió, pero un poco después llegó por el mismo camino y a toda velocidad, un camión de la compañía. El pajarraco debió de espantarse y, arrastrándose como pudiera, se escondió entre los matorrales. Yo me pararía a buscarlo, pero, como siempre, llevo prisa. Es la prisa enorme de este oficio de cronista, que no se puede una detener ni contemplar las olas tranquilamente como los turistas, ni a hacer una buena obra aunque sea con un buho, que al fin y al cabo también es un animalito de Dios. Pero de lo que sí estoy segura es de que me hubiera podido meter entre los matorrales a buscarlo, con la seguridad de que no había de encontrar ningún reptil. Personas entendidas me han afirmado que en Ibiza no los hay, ni tampoco ningún bicho venenoso. Es una tierra como preservada, por un designio o favor divino, de toda clase de animales malignos y sobre todo reptiles. Pero ya lo iré viendo. Aun me queda mucho que saber de Ibiza. Ahora voy a volver a la ciudad. De la ciudad aún he de ver la cultura y el arte de los ibicencos. Mañana quiero ir a los pueblos pintorescos que atraen cada año a miles de veraneantes extranjeros y peninsulares.

Blanca ESPINAR.

(Enviado especial.)



El baluarte de Portal Nuevo. Estas murallas y fortificaciones son la otra cara de Ibiza. Su fisonomía medieval y castrense muy poco conocida

“BUENAS NOCHES, ARGÜELLES”

UN BARRIO DE MADRID, PROTAGONISTA DE LA ÚLTIMA NOVELA DE ANTONIO PRIETO

EL AUTOR CONVERSA CON SUS PERSONAJES

--¡VEN aquí, «Timur»!
«Timur» acaba de saltar a la acera. Ha salido del portal número 24, en la calle de Andrés Mellado. Ha meneado las orejas y el rabo y ha dado un ligero brinco.

—¡«Timur», ven!
Pero «Timur», ya anda olisqueando las acacias y las esquinas. Estos «cocker» son como todos los perros.

Y «Timur», al fin, hace caso y se acerca de nuevo al portal. En el portal ha aparecido un joven de gafas oscuras que mira algo distraído hacia cualquier parte mientras el perro espera tranquilo. Es un joven de estatura corriente, cejas y ojos hacia las orejas pelo rebelde y nariz afilada. Casi siempre tiene algo de sonrisa en la boca.

—Ven, «Timur».
Y «Timur» se deja prender con la correa.

Bueno, ya están «Timur» y Antonio, o don Antonio, o Prieto, o el señor Prieto.

—Vamos.
Y se van. Bajan por la acera de los pares de Andrés Mellado hacia el bulevar. Bueno, hacia Argüelles, porque abajo es Argüelles, el núcleo del barrio. El sigue andando y el perro huele que te huele con paradas breves.

—¿Qué hay, Lázaro?
—Ya ve, don Antonio, a empezar la faena.

Lázaro golpea con el chuzo en un portal y sigue calle arriba tirando del cigarro.

«La Poveda». Antonio mira un poco de reojo. «Sí—debe pensar—, todavía está ahí Miguel atendiendo a la clientela. Sí, y estará diciendo lo de siempre: «¿Una cafía?» «¿Un boquerón?» Y habrá los clientes de siempre: un señor grueso que tendrá su vida, otro delgado que tendrá la suya, otro calvo... Ahora cruza Rodríguez



El escritor Antonio Prieto pasea con «Timur», su perro, por el escenario de su última novela

San Pedro. «No veo a doña Adelaida con sus perros.» Y siguen los dos, él y el perro. «El Cinco». Y ya se oyen algunas palmadas. Pasa un tranvía «49 Ventas-Rosales».

Antonio cruza Alberto Aguilera. Se para o no se para. El caso es que está en su mundo: a dos pasos, «Tiburcio»; allá, «Michigan»; el quiosco de los periódicos; «Lili», hombres, mujeres, vida, muerte.

Hora a hora y día a día. Antonio Prieto ha ido dibujando el mundo de su barrio en una novela. Sus personajes van y vienen, mueren y nacen, para dar forma y matiz al barrio. «Buenas no-

ches, Argüelles» Argüelles con los hombres, las mujeres, los niños y las cosas de todos los días.

COMIENZA EL VIAJE

«Va a amanecer. Es un día cualquiera en el que nada parece indicar que pasará a la Historia. Sobre el barrio de Argüelles se teje

Este hombre de la gabardina podría ser Lorenzo, el acomodador de «Buenas noches, Argüelles»



una niebla fina cons.ruida con el frío de Europa... Sí, es un día cualquiera aunque esté sucediendo algo muy importante, algo extraordinario que a veces se olvida: sucede que Argüelles vive... Es de día y el sol asomó un poco su blonda cabeza, lo suficiente para decir: «Buenos días, Argüelles».

Claro que hoy no es invierno. Ni hace frío. Ni hay niebla como aquel 9 de enero de 1955 en que comienza la novela de Antonio Prieto. Y no asoma el sol, porque todos los relojes que no anden locos señalan la once menos veinte de la noche. Casi llevamos una semana de primavera y es agradable caminar.

—¿Vamos?

—Vamos.

No sé si la idea salió de Antonio. Tal vez de «Timur». Tal vez de mí. Y nos pusimos a vaguear.

—¿Y qué es Argüelles?

Lleva muchos años en Madrid este granadino-almeriense de Antonio Prieto. Pero todavía conserva ese peculiar ceceo silbante.

—Este barrio es sencillez. Alegría sana y comedida. Ambiente universitario. Todo en un tono medio muy especial, ajeno a las cosas hechas y cargadas de resabios literarios que tienen otras zonas de Madrid.

«Timur», ahora, no hace caso de nada y zascandileo de un lado a otro. Esa es su misión. Antonio también hizo lo suyo por estos sitios. De pequeño vivió ahí abajo —vamos andando hacia el cruce con Princesa—, enfrente, en el número 1 de Marqués de Urquijo. Luego se fué a Almería y regresó en 1949 para instalarse un poco en la periferia del barrio. Pero al año siguiente afinó definitivamente en la calle de Andrés Mellado. Son años y años de barrio de Argüelles: Universidad, café, tasca, bar, callejeo.

MARCELINO

—La novela—Antonio se ha parado, porque en Argüelles cuando se camina un poco a matar el tiempo, es sano pararse para dar mayor rigor a lo que se dice—es un trozo de vida en el barrio. Transcurre en siete días: Comienza un domingo a las ocho de la mañana y termina un sábado a las doce de la noche. Y las horas también son sucesivas de día a día.

Son tres los personajes que sintetizan la vida del popular barrio madrileño.

—Sí—aclara Antonio—, pero en realidad es la expresión de un animato, porque cualquier personaje de los que aparecen como accesorios hubiese podido ser protagonista. Yo le he presntado a mi mujer una lista y ella los ha elegido. Marcelino, Trompo y la señora Méndez no son distintos a los restantes seres que pasan por la novela casi sin darnos cuenta. Mira, aquel señor grueso que viene por Princesa puede ser «un Marcelino».

—¿Y qué es «un Marcelino»?

—Un pobre hombre que no tiene la suficiente grandeza para saber dónde se encuentra la vida.

«Marcelino no está acostumbrado a pensar y le aturde esa idea de no haber sido feliz o desgraciado por sí mismo.» «Ahora está mirando esa calle. Marcelino la mira tratando de encontrar en ella a alguien como él, a cualquier persona que no se sienta ni feliz ni desgraciado.» «Ni su mujer ni Gonzalo le entenderían.» «Estará triste porque sus arterias se cargaron de cincuenta inexpressivos años.»

—Mira, por esta calle de la Princesa, Marcelino persigue a una de las sobrinas de doña Ramona. Y la sigue hasta la Gran Vía, hasta que ella se mete en «Monterrey». Pero donde se decide a hablarle por primera vez es aquí, en «Sonora».

Hemos subido Princesa arriba, por la acera de la izquierda y estamos ante «Sonora». La cafetería, hoy, solitaria. Pero aquél día, Marcelino la encontró llena de Laura, la de doña Ramona.

«Marcelino está apoyado en la barra de la cafetería...; esa sobrina de doña Ramona acaba de entrar y por casualidad, sólo por casualidad, se ha colocado a su lado. Marcelino escucha ese deje, medio andaluz, medio selvático, de los sudamericanos. Hay muchos esta tarde en «Sonora»...»

Hoy no hay sudamericanos. Somos pocos. Antonio Prieto, «Timur» y yo. Bueno, y dos señoras que toman tortitas con nata y caramelo. Y dos señores que han perdido salchichas. Acaba de llevárselas una chica con uniforme verde.

—Yo la he pedido sin mostaza, señorita.

Y la señorita devuelve la salchicha y pide otra sin mostaza. Luego entran dos matrimonios que vienen comentando una película:

—El domingo pensamos ir al Princesa; nos han dicho que está

mejor que la que hemos visto hoy.

No, No hay ningún Marcelino. Ni se ve tampoco a ninguna mujer que se parezca a Laura, la sobrina de doña Ramona. Nos vamos.

LORENZO, LAZARO, DONA ADELAIDA

Volvemos a la calle.

—¿Ves ese hombre de la gabardina?—habla Antonio—. Podría ser Lorenzo, el acomodador.

«Ese hombrecillo se llama Lorenzo...; su trabajo es modesto y simple, su trabajo es encender la linterna en un cine y decir gracias cuando recoge la propina... Pero Lorenzo ya se siente viejo en esos días y teme que el empresario lo note y lo jubilen. Sus vecinos le llaman algunas veces abuelo, y en realidad no es tan viejo... Lorenzo ha bajado la escalera del Metro...»

Este hombre de la gabardina está un poquillo alegre. Lorenzo, a veces, puede que también bebiese un chatito de más. Este hombre de la gabardina no se decide a bajar al Metro. Se apoya en la barandilla y mira a «Timur» y a Cortina, que trata de fotografiar al perro. Este hombre de la gabardina entretiene al perro y el fotógrafo dispara.

—Oiga usted—le dice a Cortina—; usted ha fotografiado al perro y ha hecho una perrería.

Y se ríe mientras cruzamos hacia Rodríguez San Pedro.

—Tal vez nos encontremos con doña Adelaida. He trabado amistad con ella gracias a «Timur» porque doña Adelaida también tiene perros.

«Doña Adelaida camina observando a sus perros. Este año tiene uno más. Con unas cadenas cubiertas de robin los sujeta a su lado y ellos caminan como personajes extraídos de una novela de Murger. Son feos y con un pelo rebelde y fuerte que parece pinchar el aire.»

La he visto con dos perros. Estaba en la calle de Andrés Mellado, casi esquina a Rodríguez San Pedro. Olfateaban y a veces subían una pata. Y doña Adelaida les hablaba:

—Venga, vamos, vamos, que estáis muy repugnantes.

Tiene el pelo blanco doña Adelaida. Porque «doña Adelaida vive sola, recibe una pensión de su difunto marido, que era apuesto militar, y piensa que si algún día muere así, de repente, los perros ladrarán su muerte hasta que los vecinos lleguen por ella y la entierran.»

Lázaro, el sereno, también mira a los perros de doña Adelaida. Lázaro todavía es joven y es muy grueso.

—Deme usted fuego—le dice a Antonio.

Antonio le da fuego.

—¿Y qué le parece eso de salir en la novela?

—Bueno, a mí que me dejen de líos. Yo no sé nada y no quiero que se enteren en el pueblo.

—¿Sabía que don Antonio era novelista?

—Sí, ya me habían dicho que había escrito un libro y que le dieron un premio o algo así.

Este Lázaro es ese sereno que «se ha reunido con su compañero y ambos caminan a descansar y



Otro de los paisajes es éste de «Casa Tiburcio», en donde se juega. «Ya fueron barridas las colillas que dejaron anoche los jugadores de dominó»

comentan sobre las extrañas sobrinas de doña Ramona...

TROMPO Y «TROMPO»

Antonio ha dejado suelto a «Timur». «Timur» salta y corre como un loco. Sube. Baja. Se para y arranca como una flecha, para detenerse de nuevo.

—¿Qué es un perro, Antonio?

—Una cosa que después de un año se parece a su amo.

«Timur», en la novela, unas veces se llama «Timur» y otras «Trompo», como su dueño, un niño que también se llama Trompo.

—Papá, ¿cómo se llama el perro?

—«Trompo», ¿no?

—No, no es eso, papá.

—¿No?

—El perro se llama «Trompo». Y yo también. Pero yo me llamo Trompo Vázquez Buendía. Y él, «Trompo», nada más que «Trompo»...

—¡Ah!

—¿Y cómo se llama «Trompo»? Dí, ¿cómo se llama?

—Pues... «Trompo Cocker Negro».

A estas horas ya no hay ningún Trompo por la calle. Los niños de Argüelles que tienen la edad de Trompo se acuestan temprano.

«Ahora mamá le dirá que te cece y luego le dará un beso y apagará la luz, y él, como aún es pequeño, a dormirse aunque no haya llegado papá...

—¿Me vas a contar un cuento?

—No, ya eres muy mayor para contarte cuentos.

—Antes sí me contabas.

—Antes eras pequeño.

—Pero es que no tengo sueño.

—Pues cierra los ojos y te duermes.

—Es que...

—A rezar, o el domingo no sales al parque.»

—Antonio, ¿qué es un niño?

—Un ser que desgraciadamente tiene que convertirse en hombre. Un alma que todavía no ha sido manchada por la gente; algo lleno de limpieza y serenidad.

No hemos visto a Trompo. Ahora todos los niños de Argüelles estarán durmiendo. «Pipe», un niño que vive en el 34 de Andrés Mellado, seguro que duerme. Pero él no está solo. No tiene un «cocker» como Trompo; pero tiene dos hermanas, dos niñas, como él. Y ahora también duermen Luchy y Mary Geni. Trompo no tenía hermanos, era él sólo; pero tenía a «Trompo».

«Trompo, antes, cuando nació, se llamaba Gerardo porque su abuelo se llamaba así. Pero luego, cuando tuvo tres años estaba siempre dando vueltas y vueltas. Papá le decía muchas veces que daba más vueltas que un trompo... Y un día, hace ya el muchísimo tiempo de cuatro años, Trompo le preguntó a su padre qué era un trompo.

—Un trompo eres tú —dijo Pepe.

Entonces Trompo sonrió y dijo que él deseaba llamarse Trompo y no Gerardo... Luego, hace un año o cosa parecida, llegó el perro, y él no quería que se llama-

ra «Tarzán», o «Boby», o «Lucky». Esos eran nombres feos y al pequeño no le gustaban.

—¿Y por qué no se llama como yo?—dijo.

Y el perro se llamó «Trompo».

Hemos llegado al punto de partida. Tal vez estamos pisando el mismo adoquín del bulevar.

Antonio habla:

—Me ha costado mucho trabajo crear la figura del niño. Quería atraer sobre él el cariño del lector sin tener que recurrir a presentar un chiquillo que no se parezca a todos. Creo que lo he logrado.

TAMBIEN SE MUERE EN ARGUELLES

Casi seguro que todos los niños de Argüelles están soñando. También «soñará» alguna señora Méndez. Porque el barrio es grande y aquí la gente también nace y muere cada día y cada noche. ¿Habrá ahora alguna señora Méndez que desaparece?

—¿Qué es «una señora Méndez»?

—Una mujer que se muere con cierta alegría porque en la vida ha cumplido su misión y tiene que morir para que otros nazcan.

«La señora Méndez es de Madrid; nació aquí, en Argüelles, porque los seres son del lugar en donde conocen el amor y la compasión, el dolor y la piedad, la lu-



Lázaro es ese sereno, joven y grueso, que no quiere complicaciones por haber salido en la novela

cha. Ahora, en estos días, sus ojos se pierden hacia ese color negro que todo lo confunde en un ir sin retorno... Para ella la existencia es esto: su historia, su haber tejido los minutos en una ma de novia, y de esposa, y de madre, y de abuela. Esto, el ir a morir, porque la historia exige muerte para vivir, es su existencia... Está muy cansada y le molesta hablar. Pero escucha. Su cama se halla situada junto al tabique, y los tabiques de Argüelles son delgados y dejan pasar las palabras...

«Timur», con las orejas agachadas, va limpiando el polvo de la acera. Como nos hemos parado, él también se queda y mete el hocico entre las patas.

Los relojes de Argüelles van igual que el rabo del perro. Bueno, los relojes de pared y los que tienen péndulo.

Alguna «señora Méndez». Pero su madre ya descansa, su madre lleva horas sin sentir el aleteo de la vida, y ella no; ella se halla sometida a un continuo vibrar de sensaciones... Y su madre permanece allí sin vida, muerta, completamente inmóvil.

¿Quién sabe en Argüelles si se levantará mañana?

«BUENAS NOCHES, ARGÜELLES»

Nadie se levanta de las sillas en «Casa Tiburcio». La partida de dominó continúa, y las colillas se van amontonando para que al día siguiente ocurra lo que tiene que ocurrir.

«Casa Tiburcio» abrió sus puertas y sirven las primeras copas de anís, aguardiente y cazalla. La mujer de Tiburcio atiende a la criada, enferma, y está preparando el cocido y la carne. Se respira limpieza y ya fueron barridas las colillas que dejaron anoche los jugadores de dominó.

—¡Cinco doble!

—¡Cerrado!

La mujer de Tiburcio hoy no debe estar enferma. Tiburcio está aquí, muy sonriente, viendo «la partida».

—Ayer me dijeron que en esa novela de Argüelles se hablaba de mí y me acerqué al quiosco a comprarla.

Mete las manos en los bolsillos y hace ese gesto en que no se sabe si sonríe o es un «tic». Pero es igual. «La partida» sigue. Y allí, muy cerca, en «Michigán». Aquilino se ha asomado a la puerta.

—Buenas noches, don Antonio. Toma. «Timur».

Y «Timur» se levanta sobre las patas de atrás y traga un terrón de azúcar.

Volvemos; en «Lili» nos espera Pilar, la mujer de Antonio Prieto. Pilar puede ser alguna de esas chicas de Románica que aparecen esporádicamente. Como aparece esporádicamente Medardo Fraile, que también nos espera en «Lili».

«Hace unos minutos Alfonso se cruzó con Medardo Fraile, y es una pena que no se conozcan. Porque Medardo, que vive en Altamirano, podría escribir un magnífico cuento de Alfonso Lorenzo Enebral, joven delineante que unta su cabeza de brillantina...»

Nos sentamos un momento.

—Tú —le dice Antonio a Medardo— puedes hablar de la novela casi tan bien como yo.

Y entre los dos se ponen de acuerdo sobre el significado de las figuras centrales.

—Una heroica felicidad española es la de Trompo y su familia. En la señora Méndez hay una muerte cristiana, española. Y en Marcelino Suárez, ¿por qué no?, una estupidez también española.

Hemos colaborado en la vida de Argüelles. A las tres de la madrugada todavía velábamos, porque Antonio Prieto, cuando habla de novela, no duerme. Y «Buenas noches, Argüelles», él la ha definido como una novela sencilla y amena, pero difícil de entender.

Argüelles, buenas noches. «Platero» el burro del trapero, empezará en seguida sus rebuscos, porque Argüelles necesita todo: muerte, vida, estupidez, rebuscos, alegría. El lo ha dicho—Antonio—: «Todo lo necesita y todo lo olvida, aunque sea cruel, para sentir cada noche cómo unas palabras nuevas le dicen a las doce: Buenas noches, Argüelles.»

Luis LOSADA

(Fotografías de Isidro CORTINA)

EL ESPAÑOL.—Pág. 30



Uno de los personajes de «Buenas noches, Argüelles», novela sencilla y amena, pero difícil de entender.



«Ayer me dijeron que en esa novela de Argüelles se habla de mí y me acerqué al quiosco a comprarla»

UNA ESPECIE DE CARICATURA

ENTRE el hombre reflexivo, un Saavedra Fajardo, tal como nos le muestra Domínguez

Ortiz y el impulsivo Olavide, hay la misma distancia que entre la tensión febril y la plácida distensión. Nada más antagonico que dos actitudes que hacen de un ver a dónde se puede ir y de dónde se viene o de un simple y puro estar presente en su tiempo, con menosprecio del pasado. Puede considerarse que ese tener en cuenta al pasado es una remora para soñar, una limitación, como lo es al vuelo del pájaro la nostalgia del nido. Puede creerse también que esa falta de soldadura del estamento recién llegado con lo que encuentra ante sus ojos al asemarse por primera vez a su tiempo es novedad y auténtica revelación de inédita iniciativa. Pero todo esto son meras apreciaciones, apariencias o verdades a medias.

Lo que podemos llamar saavedrismo es una actitud que no debe apellidarse de ninguna manera y que no corresponde a un tiempo, sino que responde a un sentido y a un ambiente. El saavedrismo es una voluntad de aviso que brota de un choque o, si se quiere, de una posguerra, después de haber estado en juego todos los valores, y en la cual la tensión permanece, porque permanecen en pie los problemas. El olavidismo—aunque Olavide no sea realmente el representante exacto—es, por el contrario, una postura de ingenua confianza, algo así como la creencia de que al bajar el telón la obra ha terminado, sin posibles estrambotes o segundas partes.

El siglo XVIII fué decididamente olavidista. Concurrieron en él, como en el siglo XVI, circunstancias enteramente nuevas que contribuyeron al optimismo y al menosprecio del pasado inmediato. Si en el XVI América, la India y las fabulosas riquezas del vellocino son una realidad que hacen creer en la estrechez ridícula del Medioevo, en el XVIII, el avance de las ciencias permite al hombre concebir la idea del progreso ininterrumpido, sentirse en un momento iluminado—el siglo de las luces—, en contraste con las anteriores tinieblas.

Por ello, fiándose de sus fuerzas, el hombre da absoluta prioridad a la razón, y racionaliza todo lo que está ante sus ojos o en su pensamiento, incluso la esperanza en la larga vida, como Luis XIV nos la deja sentir y como las memorias de tantos personajes nos revelan. Se cree tener poco menos que al alcance de la mano los objetivos más ilusionados, desde la ancha felicidad bucólica a la simple liberación del dolor.

Pues bien, algo de esto es lo que tenemos en nuestra sociedad contemporánea. Los éxitos de la técnica y los avances de la ciencia han sido tan espectaculares que una nueva distensión de confianza ha venido aparejada a una exigencia de velocidad en todo. Se desean milagros a cada instante, golpes de taumaturgia que transformen los problemas más difíciles en simples anécdotas, con realidades contantes y sonantes, en virtud de fórmulas sacadas de la manga por sabios desconocidos, magos de la sociología o de las finanzas o inventores de cuerpo entero.

No cabe duda que vivimos de nuevo iluminismo y que cada día buscamos en la primera página del periódico el parte de baja de una enfermedad hasta entonces incurable, el alumbramiento de poderosos recursos brotados de la noche a la mañana, las más liberadoras fuentes de energía, como creemos en la desaparición del dolor, en el rejuvenecimiento o el embellecimiento científico. Podemos ser altos o bajos, narigudos o chatos sólo con proponérselo. Así también se llega a creer que la riqueza no es ahorro sino cosa de días y que los progresos de una sociedad se logran con fórmulas quiméricas con la misma facilidad que se pone en marcha un motor eléctrico: apretando un botón.

Podemos decir que, masivamente, nuestra sociedad, y más especialmente los grupos mejor dispuestos a la ilusión fácil, padece de heteronomía, sometido a un extraño poder que la impide ser, cuando menos, razonable. El síntoma externo de esta enfermedad es la prisa; las manifestaciones secundarias la queja ante cualquier dificultad, la

Por Demetrio RAMOS

tes se recorría en días, y no lo que se salvaba en años, la displicencia, etc.

A la distensión frente a los problemas agudos heredados del pasado corresponde un ponerse en guardia contra nosotros mismos, como si las cosas no marcharan mejor no porque tenga que ser más o menos así, sino porque las esquinas están pobladas de saboteadores, ignorantes o malvados. Cada uno, en su fuero interno, es una especie de «mición», capaz de ganar desde su mesa de camilla las más difíciles batallas, de terminar con todos los desaguisados y de vencer a todos los malos dioses; de arreglar el mundo o de componer la mejor selección nacional de fútbol. Sólo los que tienen la misión de hacer cada una de estas cosas son los que paradójicamente no saben hacerlo. Eso sí, en contraste con esta individual hostilidad de pensamiento, cada uno se siente mensajero de toda clase de concordias pacíficas y entendimientos, llevados—para que no quepa duda—intransigentemente, con desplante y desafío, como si la caridad pudiera predicarse a bofetadas.

En medio de la distensión, y por la confianza en el futuro que cada uno parece frustrar, se formaliza una amargura, un sentido apocalíptico en cada recodo cerebral. Siempre, por no haber saltado a tiempo el mesías favorito o no aplicarse el remedio casero que el inventor de turno ha dado a luz, todo parece hundirse. ¿Cuántas veces—si repasamos en nuestros recuerdos—hemos dado al borde de la quiebra a nuestra hacienda social? Olvidemos el argumento de un drama al compás que refocamos otro nuevo. Y al final de cuentas sucede como en el viejo refrán; pues «la mujer algatera nunca hace larga tela».

"Montado sobre amortiguadores"



ESTE NUEVO BIC A
8 PESETAS

HACE SU MANO DOS VECES
MÁS AGIL.

HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Esta ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

ATENCIÓN: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA Punta BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irrepachable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

PUNTA
BIC

- 1.º ¡Retrátil! Un sencillo mecanismo movido por palancas hace innecesario el capuchón.
- 2.º ¡Siempre limpio! La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se coagula al aire. No mancha, se seca instantáneamente. Es indeleble siendo admitida en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º ¡De una sola pieza! Sin recambio. ¡Para qué recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro!
- 4.º ¡Más práctica! Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estricada.

FÁBRICA LAFOREST S.A. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

"INI-11"

**EL PRIMER MOTOR
DE REACCION ESPAÑOL**

**DESARROLLA 1.500
KILOGRAMOS DE EMPUJE
A 10.000 REVOLUCIONES
POR MINUTO**

—S primero como un fuerte silbido que rápidamente va haciéndose más sordo, más profundo y grave, a la par que gana en potencia. Llega un momento en que se hace verdaderamente desagradable y un ayudante tiene que cerrar la puerta atada.

La cabina de mandos queda en silencio. A través del amplio ventanal de cristal doble a prueba de sonidos, aparece tendido el cíclope de acero y aluminio entre unas débiles neblinas. Son los primeros gases, restos de un rodaje anterior, que expulsa la tobera de salida.

Las entrañas de turbinas del turborreactor están comenzando a girar endiabladamente, impulsadas por un motor eléctrico de arranque de sólo 25 HP. Todavía no ha comenzado a admitir keroseno, el carburante que, a régimen máximo, le hace desarrollar 1.500 kilogramos de empuje.

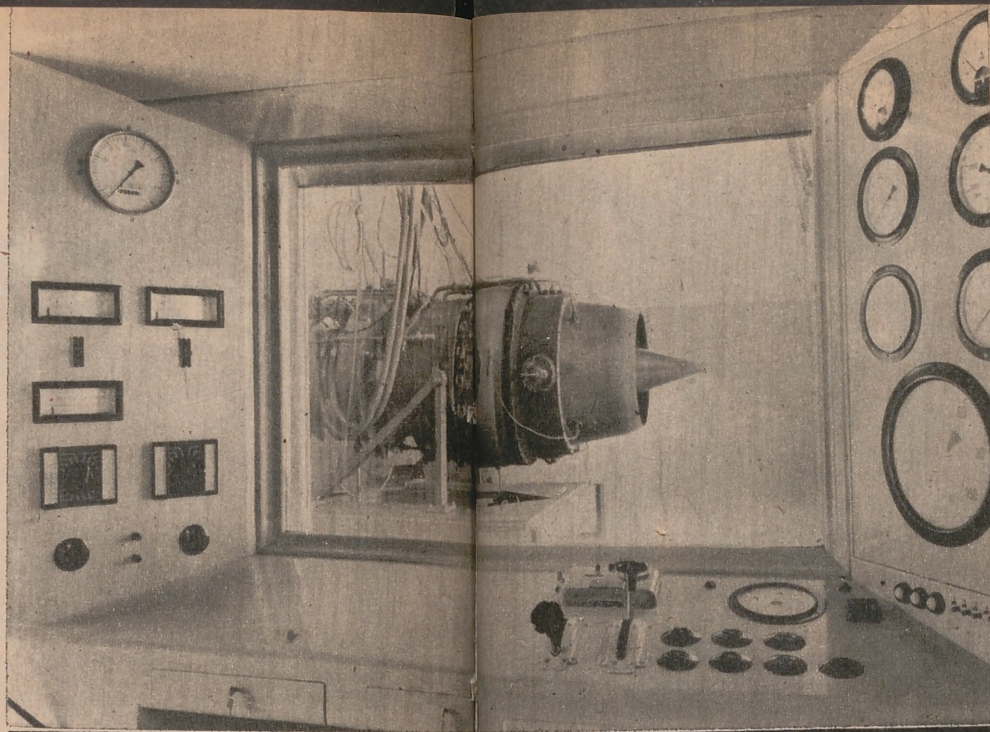
El ingeniero, desde la silenciosa

cabina de control, mira el contador de revoluciones. Marca justamente mil por minuto. Es el momento preciso de abrir la válvula de entrada de combustible. Todas las miradas se centran en la tobera de escape del motor, que comienza a lanzar un chorro de aire caliente perfectamente visible. Los quemadores están ya funcionando; una chispa eléctrica los ha incendiado. El motorcito de arranque se detiene.

El «INI-11», primer motor de reacción español, está ya en marcha.

GASES A VELOCIDAD SONICA

El ingeniero sigue empujando con su mano lentamente la palanca de admisión de keroseno. Un bramido sordo y lejano se filtra en la cabina de mandos a través de cristales dobles y paredes recubiertas de corcho.



Así se ve el «INI-11» a través del cristal doble de la cabina de mandos. El cíclope de aluminio firmemente amarrado al banco de pruebas desahoga el calor. Basta sólo apretar unos botones e inyectar keroseno para que al instante se ponga a girar a 10.000 revoluciones por minuto y el chorro de gases origine un empuje de 1.500 kilos.

—Desde aquí dentro no se puede hacer nada idea del ruido del motor. Abra la puerta y verá.

La mano todavía está en el picaporte cuando los oídos reciben la impresión de que han comenzado a golpearlos violenta y continuamente fuertes mazos de goma. Es como si los tímpanos fueran presionados sañudamente por un cruel aparato invisible en medio del estallido constante de cientos de cohetes; como un cañonazo al pie mismo de la cueva que no terminara nunca.

Desde la misma puerta veo la mano del ingeniero abrir casi completamente la palanca de keroseno. El motor se pone a régimen máximo. El ruido es ahora realmente indescriptible. La voz humana no existe. Es inútil desgafitarse a todo pulmón tratando de decir cualquier cosa en el oído mismo de una persona. Nada. Un bramido infernal se lo traga todo.

El disparo de arma no sería aquí apenas un chasquido.

El paisaje se todo alterado. Los pacíficos boques que rodean el banco de pruebas del I. N. T. A. (Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial) de Torrejón de Ardoz, se azotados por un huracán invisible. Un chorro de aire caliente de derribar a un hombre lanzarlo a treinta metros de distancia de rechazo los cimbreo cometas.

Veinticinco metros cúbicos aproximadamente todo el aire de una habitación que tuviera tres metros de altura por nueve de superficie—se está tragando el turborreactor cargando que pasa.

Este aire, cargado por la combustión, lo que en el mismo tiempo por la tobera de escape a una velocidad superior a la del sonido. Es un chorro ardiente que se siente en una perfectamente a 50 metros de distancia.

Prefiero contemplar este espectáculo desde la tranquila cabina de mandos. Con la cabeza hecha una verdadera olla de grillos y los oídos a punto de estallar corro con la velocidad más aproximada a la del sonido que permiten mis piernas hacia la cabina salvadora. Con la mayor rapidez cierro la puerta. Hay la impresión de regresar de un viaje al infierno.

LA FUERZA DE TRES LOCOMOTORAS EN LA TURBINA

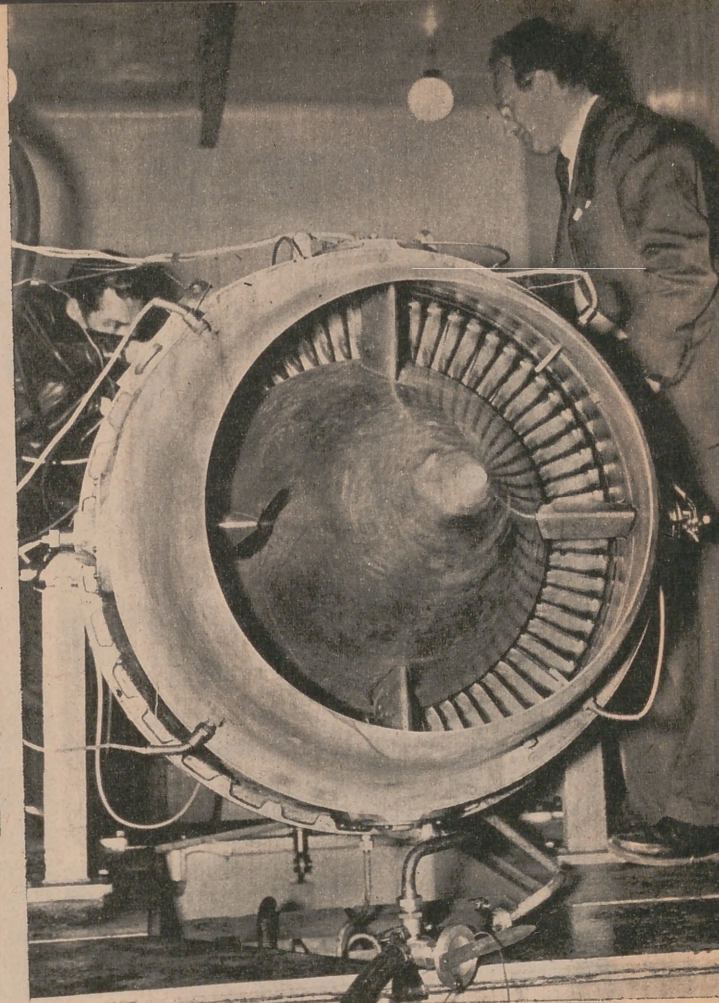
En el silencio del puesto de mandos, a través del cristal doble del ventanal, nada dice a la vista que el motor esté girando a nada menos que 10.000 revoluciones por minuto y trabajando la turbina que suministra fuerza al compresor de aire con 8.000 CV., es decir, con la potencia de tres locomotoras de montaña juntas.

Sólo las agujas nerviosas de los contadores de revoluciones, los limbos graduados de los termómetros eléctricos y manómetros reflejan en el cuadro de mandos lo que está pasando en las entrañas del enorme puro de aluminio amarrado en el banco de pruebas de la habitación contigua.

Cada variación, cada oscilar de las agujas indicadoras, es meticulosamente anotado por un técnico en una hoja de pruebas. Así día a día se va escribiendo en cifras la historia de nuestro primer motor de reacción, que se traducirán en reveladores datos para nuevos perfeccionamientos y diseños de prototipos.

Entre el zumbido que se filtra por las paredes de corcho de la cabina y que termina por alterar y poner nervioso a todo aquel que no esté acostumbrado, advierto en un rincón, sobre un rollo de cables forrados de plásticos multicolores, a un pequeño ga'ito negro durmiendo.

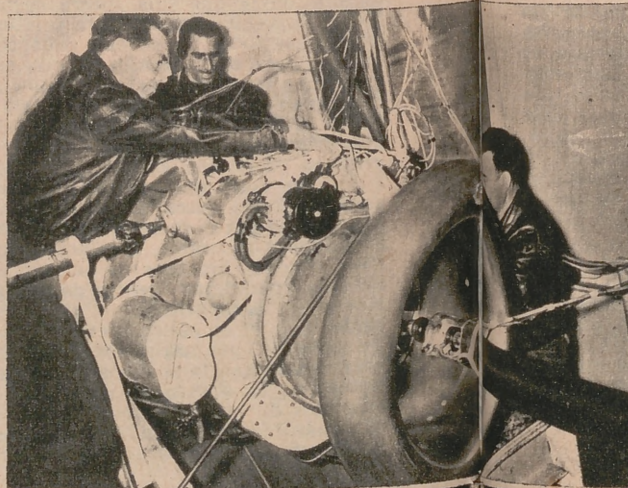
—Fíjese cómo duerme nuestra mascota. Es sordo como una ta-



La más leve anomalía en el funcionamiento del «INI-11» es controlada personalmente por los ingenieros autores del prototipo.



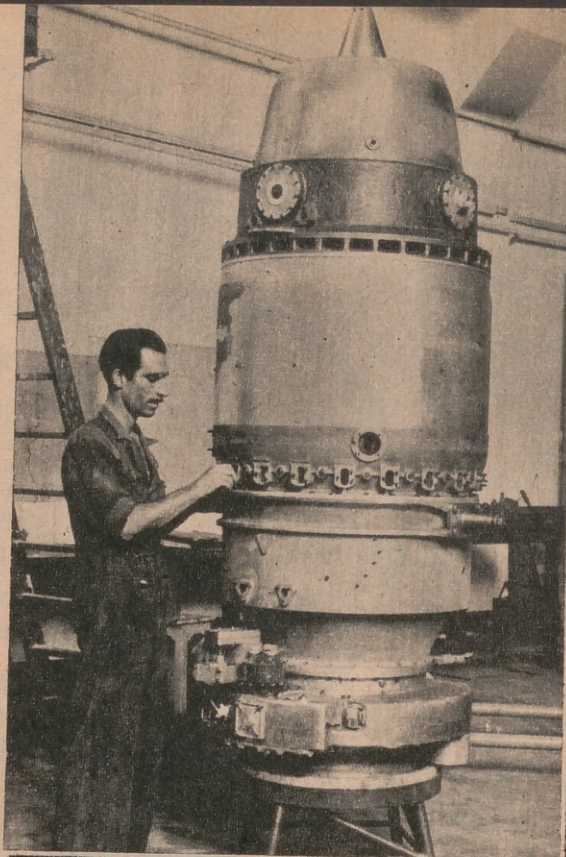
La palanca de inyección de keroseno ha sido abierta. El tremendo chorro de aire caliente empieza a salir por la tobera de escape.



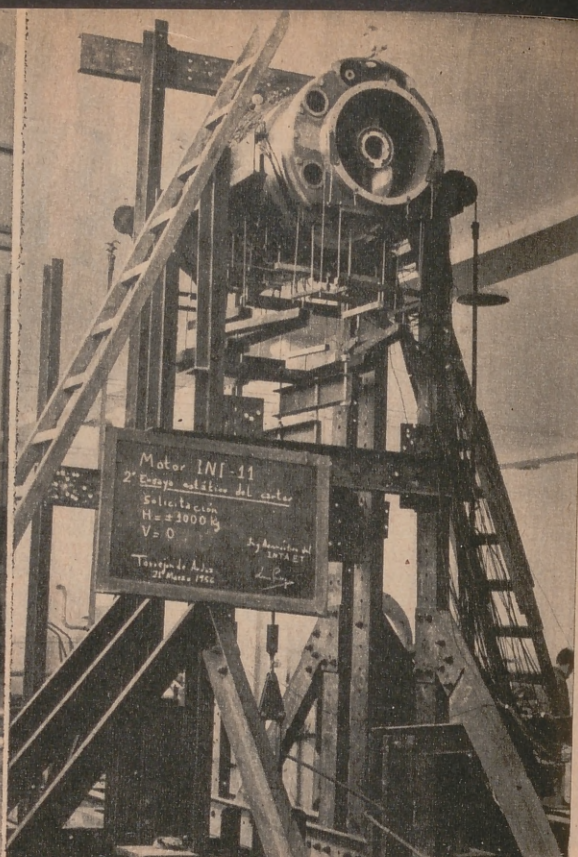
Un sin fin de cables y tubos de plástico llevan a la cabina de control los datos requeridos para escribir la completa «hoja de rodaje», revelador diario íntimo de la vida de nuestro turborreactor.



El «Allison», primer motor de reacción que llegó a nuestra Patria, dedicado a instrucción en Talavera la Real (Badajoz).



El montaje de los inyectores y quemadores de keroseno es una operación delicada, pues en ella se juega casi la vida del motor. El más leve defecto origina una fatal distribución de temperaturas en la cámara de combustión



El equilibrio de todas las partes en movimiento del «INI-11» es algo realmente importante, ya que el motor, no hay que olvidarlo, ha de funcionar en el aire. A cinco metros del suelo, se efectúa el ensayo estático.

ja. No oye ni el ruido del motor. Abra usted la puerta y verá cómo ni se inmuta.

En efecto, el bramido del turbo-reactor llega como una ola de desasosiego inundando toda la cabina, convirtiendo a todos los allí presentes en unos seres mudos a la fuerza que tratan en vano por hacerse entender con señas.

El gatito, sin embargo, sigue tranquilamente durmiendo. Un día llegó al banco de pruebas y se hizo amigo de los ingenieros y especialistas del I. N. I. Le gustaba corretear y saltar por turbinas desmontadas y meterse por las toberas de admisión de aire del turbo-reactor. Se quedó a vivir allí, pero a cambio tuvo que entregar al motor sus agudos timpanos de felino. Es este un tributo que, desgraciadamente, tal vez no sea sólo el gatito quien haya de rendir.

Mil quinientos kilogramos de empuje está desarrollando en este instante el «INI-11». El banco móvil en el que está sujeto por fuertes tuercas se desplaza unos centímetros. El recorrido es medido automáticamente, y, por una simple operación aritmética, conociendo la resistencia opuesta, se calcula el empuje. Si ahora mismo al motor le fueran soltados sus amarras, saldría lanzado como un proyectil contra la pared de enfrente, haciéndose mil pedazos.

El «INI 11» tiene hambre de cielos y de nubes. Quiere alas y timones y un piloto audaz que lo tripule para navegar en el aire a miles de metros de la tierra.

LA ERA DE LOS REACTORES

Nuestro primer motor de reacción teóricamente está ya termi-

nado. Las primeras pruebas se efectuaron en este mismo banco durante el verano de 1955. Entonces no se dijo nada a la Prensa por un elemental sentido de la responsabilidad. Ahora, terminada la primera fase de desarrollo del motor con un resultado totalmente acorde con lo esperado, se puede decir a los cuatro vientos que en España somos capaces de construir turbo-reactores, empresa hasta ahora sólo emprendida por países de un fuerte potencial industrial.

En este sentido es oportuno recordar que el conocido avión español «Saeta», probado en el aeródromo sevillano de San Pablo, tenía dos motores franceses «MARBORÉ II».

Nuestra Patria necesitaba dar en este plano un paso decisivo. Hoy día se puede decir que ya no se diseñan en ningún país motores de aviación clásicos. Los talleres experimentales de todo el mundo limitan actualmente su labor a mejorar los ya existentes, a perfeccionarlos tratando de obtener de ellos un rendimiento mayor. Nada más. Los ingenieros centran su labor en ese campo, aparentemente sin límites, de los reactores. Ese campo que posiblemente tendrá como meta los motores que impulsen las aeronaves interplanetarias.

Con la idea de situar en este plano a nuestro país, el Instituto Nacional de Industria creó en 1951 una Oficina Técnica de Proyectos de Motores de Reacción.

Su primera misión fue el proyectar y realizar dos motores turbo-reactores gemelos, estudiando las posibilidades de la industria nacional al respecto, preparando

al propio tiempo a un equipo técnico idóneo.

Para ello se escogió un turbo-reactor de tipo medio, ya que los motores de gran tamaño quedan fuera, por ahora, del alcance industrial de España.

—La idea fue— dice un técnico de los que han intervenido en la construcción del «INI-11»— el realizar un par de motores sobre los que pudieran estudiarse diversas soluciones constructivas y de diseño para más tarde poder desarrollar otras versiones adecuadas a la fabricación en serie.

Un equipo mixto de ingenieros españoles y alemanes fue encargado por el I. N. I. de esta misión, así como del montaje de las complejas instalaciones accesorias.

Al realizarse los primeros esquemas del motor se tuvo muy en cuenta las temperaturas funcionales del mismo, tratándose de que fuesen más bien bajas, para así reducir al mínimo el empleo de materiales especiales que hubieran elevado extraordinariamente el coste de los prototipos.

La cuestión, en verdad, merecía ser pensada despacio. Hacía falta una gran decisión para lanzarse al planteamiento de un turbo-reactor del calibre del «INI-11», empresa con la que no se han atrevido países tan industrializados como Holanda, Bélgica, Suiza o Italia.

UNA TAREA LENTA Y COSTOSA

Y es que realizar un motor de reacción constituye hoy por hoy uno de los trabajos más arduos y penosos y caros que tiene planteada la industria aeronáutica.

Han de emplearse una serie de materiales de costoso tratamiento, dado las altas temperaturas y presiones a que han de estar sometidos. Por otro lado el diseño de piezas requiere complicados cálculos de alta ingeniería en instalaciones especiales que, prueba a prueba, las vayan perfilando hasta darle su estructura definitiva.

Todo esto requiere tiempo. Un motor de reacción corrientemente necesita de tres a cinco años de estudios y ensayos en los más modernos talleres experimentales.

Los modelos que rusos y americanos ahora nos anuncian como la última palabra de su industria aeronáutica, sin excepción sus prototipos correspondientes fueron ensayados no menos de hace un par de años antes, calculando los técnicos en otro año el necesario para montar una fabricación masiva en serie.

Naturalmente, este lento período de pruebas y más pruebas de constantes modificaciones y perfeccionamientos hasta entregar un modelo a las fábricas de aviones requiere un gasto de instalaciones, materiales y personal que por fuerza hace que las cifras presupuestarias de todo nuevo motor rondan los siete o más ceros, incluso en el más modesto de los casos.

La Sección de Motores de Aviación del I. N. I. no podía pensar en una cosa así. Hubo de empezar, naturalmente, eliminando todo lo que pudiera representar unas inversiones de dinero excesivas. De un plumazo se despreció el montaje de un banco de pruebas del sistema de compresores de aire del motor, instalación considerada en el extranjero totalmente imprescindible. Ello hubiera representado un desembolso mayor que todo lo invertido hasta la fecha por el I. N. I. en investigaciones sobre turbo-reactores desde hace cinco años.

Por la misma imperiosa razón los bancos de prueba de cámaras de combustión y centrifugación de discos hubieron de ser proyectadas a escala reducida.

Pero lo realmente interesante es que en todas las tareas del diseño y construcción de nuestros dos primeros motores de reacción nunca intervinieron más de diez ingenieros, cuando en el extranjero se considera imprescindible para una empresa de este tipo a un equipo de no menos de cuarenta.

Con tan pocos elementos el «INI-11» fué realizado, fué puesto en el banco de pruebas y comenzó a efectuar su rodaje, del que lleva ya bastantes horas, terminando con ello su primera fase de ensayos.

TODO ES FACIL EN TEORIA

Para hacerse una idea de las dificultades que han tenido que superar nuestros ingenieros y técnicos aeronáuticos hay que pensar someramente siquiera en lo que es y representa un motor turbo-reactor.

En principio, como casi todo en esta vida, es cosa sencilla. Un turbo-reactor funciona, como es sabido, expulsando un fuerte chorro de aire por su tobera de escape, que, por el mismo sistema que el cohete, le origina un empuje en sentido contrario. Para ello admite grandes cantidades de aire, que es comprimido acto seguido por el juego de paletas que constituye el sistema compresor.

Aproximadamente en el centro geométrico del motor están instaladas las cámaras de combustión, donde parte del aire se quema y parte se calienta, aumentando extraordinariamente de volumen, lo que origina una fuerte corriente de escape que sale al exterior por su tobera correspondiente. Antes, sin embargo, esa corriente pone en movimiento una turbina, que es la que proporciona la energía necesaria para accionar el compresor de aire de cabeza.

Ahora bien, esto es en el papel, en puro esquema. Las dificultades comienzan cuando hay que pasar todo esto al preciso diseño de un plano, y aun más, cuando hay que materializarlo en duraluminio y acero.

Para producir un chorro de aire que origine un empuje capaz de levantar en vuelo un avión hay que empezar por diseñar un sistema de compresor que admita una gran cantidad de metros cúbicos por segundo. Como el diámetro de la tobera de admisión ha de ser por fuerza reducido, la única posibilidad que existe es hacer girar el compresor a un número endiablado de revoluciones.

De esta suerte un pequeño alabe o pequeña pala de compresor, que pesa solo unos cientos de gramos, ha de soportar una fuerza centrífuga de varias toneladas. Una exigua diferencia de gramos en alguno de estos alabes ocasionaría no ya un gran desequilibrio del motor—que no hay que olvidar que ha de trabajar en el aire—, sino la rotura incluso de todo el eje motriz.

El caso es aún más delicado en la turbina de cola que acciona el compresor, ya que toda ella está sometida a las altas temperaturas de los gases de escape.

Si a esto se añaden los problemas de engrase, inyección de combustible, el de los quemadores de keroseno (repartidos en faja a lo ancho de todo el motor, ya que su funcionamiento no homogéneo acarrea una fatal distribución de temperaturas, etcétera, etc., se comprende mejor las noches de claro en claro que han debido pasarse los diez ingenieros españoles hasta poner en marcha el «INI-11»

MOTORES ESPAÑOLES PARA REACTORES ESPAÑOLES

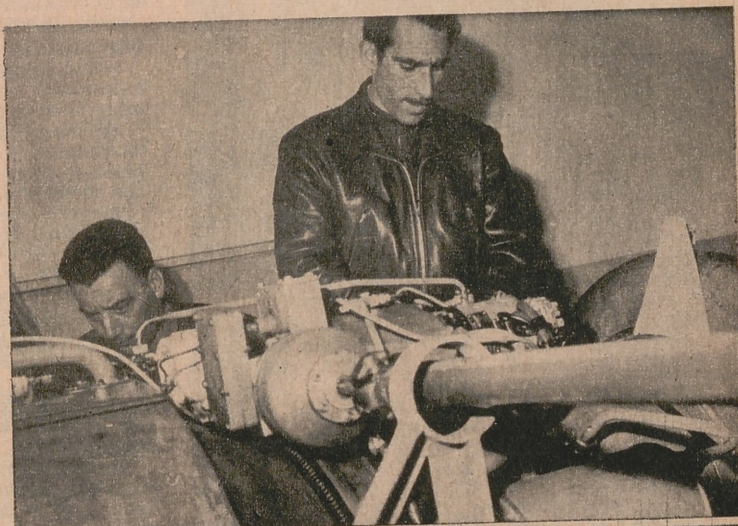
Terminado nuestro motor, aunque hoy día se continúe su período de rodaje y perfeccionamiento, el «INI-11» lo que pide ahora es un equipo de ingenieros aeronáuticos que le diseñe un avión apropiado con sus características.

Por otra parte la Sección de Motores de Aviación del Instituto Nacional de Industria no cesa en el planteamiento de nuevos diseños, a la vista de los resultados obtenidos.

Dos nuevos prototipos tiene en cartera, hijos del «INI-11», que saldrán más adelantados que su progenitor: uno, destinado para avión de entrenamiento avanzado con velocidades del orden de los 800 kilómetros por hora, y otro para aviones ligeros de caza, apto para superar la barrera del sonido.

Hoy por hoy lo importante está ya conseguido. Ha sido demostrada la posibilidad de poder construirse motores de reacción en España con un mínimo de piezas importadas y por un equipo de ingenieros españoles que solo en un principio tuvieron la colaboración de técnicos extranjeros.

Federico VILLAGRAN



El primer turbo-reactor español ha coronado con éxito su primera fase de pruebas. No obstante, se siguen experimentando en él nuevos montajes con vista a un perfeccionamiento máximo



EL QUINTO MANDAMIENTO

NOVELA

Por Anselmo de Virto Sánchez

I

HELEN llegó demasiado tarde. No le dió tiempo ni siquiera a notar el calor en sus mejillas.

La rigidez y el frío de la muerte anidaban en su reciente presa.

Pasó las horas de la noche junto al lecho del viejo Peter sollozando en silencio.

Había sido todo tan rápido que aún no llegaba a comprenderlo.

Todavía bailaban en su mente las diminutas letras del angustioso telegrama que le llevaran a la escuela poco antes de finalizar la clase.

«Ponte en camino cuanto antes. Papá, bastante mal. Abrazos, Tonileta.»

Sólo se preocupó de recoger algún dinero. Un par de horas de tren fueron lo suficiente.

A pesar de ello, no le dió tiempo a nada. Ni a notar el calor en sus mejillas.

Pasó toda la noche junto a él.

Al día siguiente, cuando llegaron esos hombres tan odiosos que se llevan los muertos, no consintió que le tocasen.

Ayudada por Tonileta, la antigua y vieja ama de llaves, lo prepararon todo.

Le acompañó hasta el último momento.

Con los ojos semientornados y fijos en el suelo, apretando los labios fuertemente, fué contemplando cómo, poco a poco, palada tras palada, la tierra se tragaba lo que tanto quería.

Aun después de acabada la tétrica faena, continuó durante largo rato junto al montículo de tierra que formaran los hombres.

Cuando ya no había sol, cuando con el arrastre de la tarde se marcharan las luces, abandonó el lugar donde desde hacía unos instantes dormía para siempre el viejo Peter, Peter Grebe; su padre.

Con la cabeza baja, seguida como por un perro por Tonileta, cruzó las arboledas y llegó al pueblo nuevamente.

Dejándose caer en el sillón del que fuera despacho del anciano, hundió la frente entre las manos.

La acongojada Tonileta, acurrucada en un rincón, casi perdida entre las sombras, sollozaba apagadamente.

Helen levantó el rostro.

—¡Cuéntame cómo fué!—dijo, dirigiendo sus empañados ojos hacia el lugar en que se hallaba.

—¡Oh, mi pobre pequeña! ¿Para qué?... ¡Más vale que lo ignores!

—¡Quiero saber cómo pasó!—insistió autoritariamente.

—¡Fué horrible!—suspiró.

—No importa. Dímelo.

—¡Horrible! ¡Tan horrible...!

Hundiendo entre las manos su blanca cabellera, se entregó nuevamente al llanto.

—¿No me has oído?

La anciana alzó trémulamente la cabeza.

—Está bien. Lo intentaré. Creo que tendré la suficiente fuerza para hacerlo.

Helen no contestó. Se limitó a mirarle fijamente.

Tonileta sostuvo la mirada.

—Me encontraba en la casa—comenzó—. Tenía preparado todo. Sabía que el señor ya no podía tardar. Era la hora de la cena.

Me disponía a colocar los platos en la mesa cuando, de pronto..., ¡volvieron esos «pájaros» malditos que siembran de metralla las tierras alemanas!

Hacia unos minutos que el señor aprovechando el poco sol había salido, como de costumbre, a pasear un rato.

No me moví de casa. Me encomendé a la Virgen y...

Arrojaron su carga —prosiguió—. Arrojaron su carga y se alejaron. Di gracias a Dios. Cuando el miedo se alejara también de mí, me dispuse a salir en busca de noticias.

No me dió tiempo. Antes de abrir la puerta me pareció escuchar su voz. ¡Oh, Dios del cielo! ¡No puedo no puedo!

—¡Continúa!

—Abrí la puerta —susurró—. Abrí la puerta y...

Se detuvo un instante para tomar alientos.

—¡Sigue! —volvió a ordenar, sin importarle lo más mínimo.

—Con las manos crispadas —obedeció—, los ojos entornados y la angustia en el rostro, se sostenía milagrosamente en pie.

No pudo reprimir un grito. Al oírme, los abrió lentamente y sonrió. Después... cayó pesadamente, como si fuera un fardo. Entonces me di cuenta de que la sangre manaba a borbotones de su espalda.

Sacando fuerzas de flaqueza, logré llevarle hasta su cuarto: le eché en el lecho y... ¡estaba como loca!

«¡Tonileta! — me dijo—. Avisa a Helen. Quisiera verla. ¡Pobre pequeña mía!

Si no llegase a tiempo, dile que..., que no guarde rencor a nadie. Que... que velaré por ella. ¡Tonileta!... ¡Tonileta!... ¡No te separes nunca de su lado!»

—Esas fueron sus últimas palabras. Luego fué cerrando los ojos poco a poco y murió entre mis brazos.

Recorrí el pueblo entero. Busqué a sus amistades. Les hablé sollozando. Les supliqué... Y conseguí que lo dejaran junto a mí hasta que tú llegaras.

Lo demás... ya lo sabes. ¡Es horrible, pequeña! ¡Muy horrible! ¿Verdad? —terminó de decir, hundiendo nuevamente el rostro entre sus arrugadas manos.

—Tonileta —dijo, apartando la taza de café que colocara frente a ella la vieja ama de llaves al preparar el desayuno—. Arregla tus maletas. Paga las deudas, si es que existen. Despidete de cuantos quieras y deja todo terminado. Partiremos mañana. Yo arreglaré también mis cosas. Las tuyas, mejor dicho.

Cerraremos la casa. Quedará tal y como está. Más tarde o más temprano, volveremos.

El polvo pondrá en ella una impresión de olvido. Pero eso es lo de menos.

Cuando pase algún tiempo, pediré mi traslado. La abriremos de nuevo y daremos continuidad a una vida que la locura de los hombres destrozó.

Será una vida de recuerdos. Pero cuando no queda nada, cuando no hay otra cosa, también se puede vivir de ellos.

No nos separaremos nunca. Donde vaya, vendrás. Así tendré a mi lado un poco de cariño.

—¿Un poco nada más?... —protestó, entrecortadamente.

Helen insinuó, no sin esfuerzo, una sonrisa.

—Entiéndeme...

—¡Que si te entiendo! Pues claro que te entiendo. ¿Quién, si no, iba a cuidar de ti? ¿Quién te tuvo en sus brazos cuando niña?... ¿Quién cuando se marchara la señora, que en gloria esté con el señor, cuidó de ti como si fueras cosa propia, como si fueras sangre de su sangre?... ¿Quién pasó en vela muchas noches cuando, de pequeña, eras tan ñoña?... ¿Quién ocupó, respetando, como es lógico y natural, su condición, el puesto que dejó vacante la señora?... ¡Un poco nada más! ¡La vida, que se me exigiera, por no verte sufrir, daría!

Yo fui joven, ¿comprendes?... Joven y no mal parecida. Pude tener felicidad, un hogar, formar una familia..., y, sin embargo me consagré tan solo a ti. ¡Un poco nada más!... No digas eso! ¡Me haces daño, nenita! ¡Mucho daño!

Helen sintió que la garganta le escocía.

Tonileta, aun aguantando difícilmente los sollozos, no pudo evitar que saltaran algunas lágrimas de sus cansados ojos.

Helen se dió cuenta de ello.

—¡Tonileta! ¿Pero eres tonta, Tonileta? ¿Cómo pudiste imaginar que yo pensara semejante cosa?... Acércate. Ven. Bésame... Bésame fuerte, Tonileta.

Al día siguiente Helen volvió a rezar ante la tumba de su padre mientras que Tonileta colocaba unas flores sobre la humedecida y aun revuelta tierra.

Horas después partían hacia la aldea donde ejercía como maestra.

Sólo tardó unos días en reintegrarse a su destino.

El luto hacía resaltar más su figura entre los blancos muros de la escuela.

Nada había cambiado, excepto su vestido de alegres colorines. Eran los mismos niños, el mismo Santo Cristo que siempre tuvo sobre ella, los mismos ventanales por donde el sol raudaba... Y, sin embargo, todo le parecía distinto, sombrío, opaco...

III

Transcurrieron algunos meses.

La guerra iba retrocediendo hacia su punto de partida.

La caída germana era inminente.

La aldea en que se hallaba Helen habíase convertido en control de primera línea.

Más de una vez había sido bombardeada. Podían contarse a simple vista las casas que aun quedaban en pie. Daba la sensación de estar abandonada, lo más, agonizante.

Tan sólo al mediodía, sobre el oscuro grisear de sus pizarras, se desprendía perezosamente el humo. Después tornaba a su quietud, a su silencio, a su abandono trágico.

De vez en vez cobraba algo de vida, de una vida ficticia, porque era vida de uniformes, de soldados, de juventud que quizá no volviera.

Se detenían muy poco. Sólo lo suficiente para ponerse en orden de combate.

Era entonces cuando sufría sus bombardeos, cuando iba desapareciendo.

La escuela, como todo, recibió los mordiscos de la odiosa metralla.

Helen no abandonó su puesto.

El grupo de pequeños había disminuído considerablemente. Unos, buscando otros lugares donde



la muerte no llegaría. Otros... no les dió tiempo. La escuela era como un reducto. Un reducto de fe y de esperanza. Un reducto donde su «guarnición», su reducida «guarnición», rezaba porque Dios llevara algo de luz hasta los hombres, porque volviera la tranquilidad, a labrarse los campos, la paz, los que se fueron, porque los odios acabaran. Aquel domingo Helen fué a ella con el propósito de, aprovechando la ausencia de los niños, limpiar un poco y arreglarla en lo que sí pudiera.

Al penetrar en el establo en busca de unos cubos, quedó como clavada, sin atreverse a dar un solo paso más.

Primero tuvo miedo. Después...

Había escuchado algo muy parecido a unos quejidos. Roncos, ya casi sin alientos, pero... Tenía seguridad de que alguien se encontraba en él, y alguien que le era necesaria ayuda.

No tardó en encontrarle.

Al final del mismo, entre unos bloques de resaca paja, distinguió el cuerpo de un soldado... ¡de un soldado enemigo!

Su extrema palidez presagiaba la muerte.

La pechera de su uniforme era una mancha oscura de sangre entremezclada con el barro.

Al escuchar sus pasos, abrió los ojos lentamente.

Intentó sonreír, sin conseguirlo.

Helen llegó a su lado.

—¡Deme un poco de agua..., por favor!

Llenando el primer cacharrillo que encontró a mano, lo llevó a sus amoratados labios.

—¡Bendita sea! —agradeció.

Helen se arrodilló y tomó la cabeza del herido.

Estaba sudoroso.

—Hace dos noches fué derribado mi avión... —explicó entrecortadamente—. Pude lanzarme en el espacio, pero..., cuando mis pies tocaron tierra..., una lluvia de plomo... mordió mi cuerpo...

Me arrastré como pude... —continuó, tras una mueca de dolor—. Esto... me pareció un lugar tranquilo... para poder morir...

Helen había empalidecido aun más que él. Desde hacía largo rato tenía la vista fija en sus hombreras.

En ellas abrían sus alas los distintivos de las fuerzas aéreas.

Acercando su rostro hasta casi rozar el del herido, preguntó:

—¿Llevaba mucho tiempo por aquí?... Destinado en este sector, quiero decir.

—Año y pico... —repuso trabajosamente—. Mandaba una escuadrilla... La séptima de bombardeos...

Helen sintió fallar sus fuerzas.

Sobrecogida, dejó caer pesadamente la cabeza del joven sobre el montón de paja.

Incorporándose, retrocedió en silencio, sin apartar la vista de él, hasta chocar con sus espaldas sobre el muro de piedra.

Fué cuestión de segundos.

Pasándose la mano por la frente, recobró la noción.

Estaba decidida. Tras de una última mirada, se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Iría al destacamento más cercano. Allí denunciaría su hallazgo. Quizá aquel piloto, directamente o no, fuera causante de la muerte de su querido padre.

Ya casi había salido cuando volvió a escuchar su voz.

—¡Un sacerdote..., por favor! ¡No se detenga!... ¡Vaya..., vaya lo antes posible!... ¡Esto se acaba por momentos!... ¡Un sacerdote!

Helen cruzó la aldea de parte a parte. Poco después estaba con el viejo abad punto al herido.

* * *

El sacerdote, arrodillándose, tomó una de sus manos.

Ni siquiera se estremeció.

Helen, respetando el secreto de la confesión, guardaba la distancia.

Sus miradas cruzáronse un instante.

Había de todo en ellas: incertidumbre, angustia, miedo...

El sacerdote movió calmosamente, de un lado a otro, la cabeza.

Helen se fué acercando.

Estaba casi junto a ellos cuando el herido abrió los ojos.

Dándose cuenta, volvió a retroceder.

El sacerdote se inclinó cuanto pudo.

—¡Padre!...

La voz del joven resultaba materialmente imperceptible.

—Temí... Temí que no llegara a tiempo, Católico, ¿verdad?

—Sí; ortodoxo.

El rostro del herido se iluminó ligeramente al escucharle.

—Quiero..., quiero ser enterrado de esa forma.

—No piense ahora en eso —le animó—. Más que nada, la pérdida de sangre, la falta de alimento y de cuidado es lo que le ha postrado. Le llevaremos a otro sitio, a otro lugar mejor. Se buscará un doctor y... confiemos en Dios.

El sacerdote se incorporó dificultosamente.

El joven parecía dormido. Había vuelto a cerrar los ojos.

Separándose de él, se dirigió a Helen.

Una vez junto a ella, sonrió con marcada amargura de ironía.

—¡Un doctor!... ¿Conoce usted alguno de confianza?

Helen negó con desaliento.

—Debemos hacer algo —insistió.

—Sólo conozco a uno en el contorno... Y no me atrevo a hacerlo.

—¿Y si le hablara yo?

—Sería inútil. Usted lleva poco en la aldea. Fuera de ella no le conocen. Creerían más bien en el engaño, que usted no era ni sacerdote... ¡La guerra encierra tantas cosas!

—No podemos abandonarle.

Helen le miró fijamente.

A sus ojos había acudido un brillo extraño.

—Un lugar no le faltará. Le llevaré a mi propia casa. Yo cuidaré de él.

Esperaron a que la noche estuviera casi vencida. A la hora crítica en que el amanecer comienza a devorar las sombras. Era el mejor momento.

La vigilancia de patrullas efectuaba entonces uno de sus relevos. La entrega de consignas y novedades se hacía rápidamente. No más de unos minutos. Pero quizá fuera lo suficiente.

Helen había estudiado todo detenidamente.

No le costó trabajo el enterarse. Tenía amigos en todas partes. Amigos que sabían su historia, que conocían la muerte de su padre.

Nadie podía llegar a sospechar cuando, aquella tarde, en la reunión que todos los domingos celebraban, en el curso de la conversación, le preguntara a un oficial germano de los que a ella acudían, sin demostrar gran interés, como simple curiosidad, la misión de la vigilancia, y éste, con toda naturalidad, encogiendo los hombros, contestara que puro formalismo, ya que, aunque las fuerzas enemigas no se encontraban lejos, no era tan corta la distancia como para pensar en la traición.

—Terminarán rendidos. Toda una noche sin descanso...

—Toda una noche, no —repuso el oficial—. La vigilancia se divide, se reparte en tres turnos. El primero, de diez a dos de la mañana. Este entrega en un sitio cualquiera de la aldea. Casi siempre en la plaza. El segundo, de dos a seis. Y el tercero releva en el encuentro.

—¿En el encuentro?

—Sí; de retirada, en las afueras. En realidad, a esas horas, con las luces del día... —sonrió, encogiendo los hombros nuevamente.

—Resulta casi innecesario.

—Casi, no; por completo.

La tarde pasó pronto. Helen se divirtió más que otras veces. Hasta incluso llegó a bailar, cosa que no hacía desde tiempo.

Horas antes había hablado con Tonileta.

La anciana se hizo cruces.

—¿Tú?... ¿Y en tu casa?... ¿Pero te has vuelto loca?

—No, Tonileta, no.

—Entonces no concibo cómo...

—El mero hecho de ser católica me obliga ya por sí.

—Te obliga, desde luego, pero de cierta forma. Tú no puedes, de ninguna manera, prestar ayuda al enemigo.

Aparte de los prejuicios que pudiera traer consigo, se trata, tú lo has dicho, nada menos que de un piloto. De un piloto enemigo —recalcó.

—Lo sé. Pero, a pesar de todo, mi obligación...

—Es ayudar —interrumpió— al asesino de tu padre. ¿No?

—No digas tonterías, Tonileta.

—No; no digo tonterías.

—Pues haz lo que te plazca, lo que te venga en gana. De nada va a servirte. Mi determinación está tomada.

—¿Por qué cuentas conmigo entonces?

—Porque pensé que era un deber. Pero me he equivocado. Francamente, creí que tu conciencia era más limpia.

—¿Más limpia? —sonrió—. ¿Más limpia porque no consiento albergar bajo el techo de esta casa a un hombre de esa clase?

—Un hombre que ante Dios dará sus cuentas, como tú y como yo pero que aquí en la tierra, es hijo de El y necesita ayuda.

—Por mí —aceptó Tonileta, encogiendo los hombros—, puedes traerle cuando quieras. Ahora mismo, si lo deseas.

Helen no contestó.

—Dispondrás de mi cuarto, de cuanto quede en él. Me llevaré lo puesto. Sólo lo puesto y mis ahorros.

Tendré lo suficiente para llegar hasta Berlín. Allí buscaré asilo... o lo que sea. Dios dirá.

Helen se acercó a ella.

—¿Has perdido el juicio, Tonileta?

La anciana ni siquiera se inmutó. Continuó con la mirada imperturbable, fija, muerta, en el mismo punto en que la había dejado.

—Tú misma me dijiste que murió perdonando, que rogó no guardáramos rencor.

—Sí, pero... —alzó la vista.

—Al fin y al cabo, no hago más que cumplir su voluntad —insistió Helen.

La anciana sonrió con amargura.

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que estás conforme, Tonileta?

La amargura de su sonrisa fué desapareciendo poco a poco.

—Tú siempre has de salirte con la tuya —susurró.

Helen la estrechó fuertemente.

—Déjame, déjame! —protestó—. Eres muy atascada. ¡Si no fuera porque te quiero tanto!

IV

Cerca de mes y medio, los cuidados de Helen y la ayuda de Dios fueron lo suficiente para que William Brassor volviera a ser quien era.

A pesar de ello, William no estaba satisfecho.

Comprendía que su estancia, su presencia en aquella casa representaba un serio peligro para Helen.

Esta tenía amistades, recibía sus visitas. Un día cualquiera, cuando menos se pudiera pensar...

Más de una vez había hablado con ellas.

—Debo salir de aquí. Cruzar las líneas como sea. Si es preciso, entregarme. Todo antes que seguir comprometiéndome, ahogándome en mi encierro, viviendo a costa vuestra, a costa de mi cobardía.

—Ya llegará. No te preocupes —sonreía Helen.

—A nosotras no nos estorbas —añadía Tonileta—. ¡Que vengan! ¡Que vengan en tu busca! —desafiaba, centelleándole sus ya casi apagados ojos.

Como si fuera una respuesta a su amenaza, llegaron una tarde.

Helen no estaba en casa.

Fué el viejo abad el que corrió a la escuela.

Sudoroso, jadeante hasta el límite, se apoyó en la pequeña mesa que Helen tenía ante ella.

—¡Huye..., huye lo antes posible! —logró decir entrecortadamente—. ¡Llegarán de un momento a otro!

Helen comprendió en un instante de qué se trataba.

El sacerdote captó con toda claridad la angustiosa interrogación de su mirada.

—¡Sí! ¡Ya no puedes hacer nada por ellos! ¡Yo mismo vi cómo se los llevaban!

Un oficial, al mando de diez hombres —añadió—, rodearon la casa. El iba erguido. Tonileta, encorvada Llevaba entre sus manos un rosario y una fotografía que... que quiso parecerme tuya.

Helen lloraba silenciosamente.



—Pero... —volvió a decir— dejemos eso ahora. No perdamos el tiempo. Vamos. Date prisa. Te llevaré a la iglesia. Allí estarás segura. Ya pensamos lo que hacer. Hablaré con quien sea. Veré la forma de arreglarlo. Debes salir lo antes posible de la aldea. Berlín es grande y allí podrás vivir tranquila hasta que esto termine.

.....
Aquella misma noche abandonó la aldea. Momentos antes habían salido de ella William y Tonileta.

El primero, con destino a Belsen (1).

Ella a Berlín. A cualquier internado.

Antes de que les separaran, pudieron cambiar unas palabras.

—Adiós, mi vieja linda —despidióse William, golpeando cariñosamente sus arrugadas mejillas—. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo, y yo también! ¡Que Dios te ayude, William!

—Así lo espero, Tonileta.

—Será difícil que volvamos a vernos —indicó nuevamente ésta.

—¿Por qué? —le animó—. No pierdas nunca la esperanza.

—Me encuentro vieja, William. Demasiado vieja. No lo podré aguantar.

—Ya verás como sí. Escúchame. Tú conoces Berlín, ¿verdad?

—Sí —asintió débilmente.

(1) Campo de trabajo utilizado por los nazis durante la última contienda.



—A mí tampoco me es desconocido. Antes de todo esto estuve en él dos o tres veces. Intentaré encontrarlos. ¿Me comprendes? Quizá...

Los soldados no le dejaron acabar.

Tonileta cerró los ojos.

Cuando volviera a abrirlos, William estaba ya en el camión que poco antes se detuviera junto a ellos.

—¡Bajo la catedral! —oyó que le decía, mezclándose su voz con el ruido del motor—. ¡Nada más terminar la guerra! ¡Durante un mes no faltaré ni un solo día a misa de dos! ¡Si pasado ese tiempo no nos vemos, será señal de que...!

El camión se puso en marcha.

—¡En las escalinatas que dan al puente del Emperador! —gritó.

Tonileta vió perderse en la noche la roja lucecilla de la parte trasera.

V

Helen apartó la mirada del libro que tenía sobre la mesa.

La guerra había acabado hacía unos meses.

Nada más terminar, solicitó el traslado al pueblo. Era precisamente una de las vacantes.

—Guardar vuestros cuadernos —ordenó, dirigiéndose a los pequeños.

—Hoy, viernes, toca Religión —volvió a decir, una vez que le obedecieran—. Sabemos muchas cosas de ella. Casi todo lo principal, es cierto. Pero no todo.

Hemos hablado, os he hablado, mejor dicho, varias veces sobre los mandamientos. Sabemos que... Tú, por ejemplo, Freddie. ¿Amas a Dios?

Al pequeño le faltó tiempo para responder.

—Pues claro, señorita Helen.

—¿Y amas al prójimo como si fuera cosa tuya como a ti mismo?

—Sí, señorita Helen.

—¿Tú tienes padre, Freddie?

Helen sabía que no.

La cara del pequeño cambió por completo.

—No, señorita Helen —contestó, temblorosamente.

—Fué la guerra, ¿verdad?

—Sí.

—Si supieras quién fué, si te enfrentaran positivamente con el causante de ello...

El pequeño apretó los puños.

Helen se dió cuenta.

—No, Freddie, no —sonrió—. ¿Ves? No lo pudiste evitar.

El pequeño bajó la vista, sonrojándose.

—El quinto, no matar —añadió, cual si hablara consigo misma, pero lo suficiente alto para que todos le escucharan—. No desear el mal...

Poco a poco había ido acercándose al ventanal.

Dándole la espalda, con la mirada en un punto perdido, es decir, no perdido, sino fija en las altas copas de los cipreses que a lo lejos movía suavemente el viento, prosiguió:

—Amando a Dios os amaréis los unos a los otros. No llegaréis a conocer el odio...

El alargado tintineo de la pequeña campanilla existente en la verja interrumpióle.

Girando por completo, miró a los últimos pupil-tres.

—Keitel, ve a ver quién es.

No había hecho más que volver a su mesa, cuando se abrió la puerta para dar paso a la encorvada y frágil Tonileta.

Helen quiso gritar..., pero no pudo. No tuvo fuerzas para nada. Ni aun para levantarse.

Apoyando las manos en la mesa, intentó hacerlo. Fué inútil. Desplomándose nuevamente en el sillón, hundió la frente entre las manos y, en lugar de llorar, rompió a reír nerviosamente.

Tonileta llegó a su lado con tanta rapidez como su torpe andar le permitiese.

—¡Nena! ¡Nenita mía! —sollozó, acariciando sus cabellos—. ¡Soy yo! ¡Después de tantas amarguras y de Dios sabe qué sufrir, es lógico que te parezca un sueño! ¡Si a mí me pasa igual! Escúchame, pequeña! ¡Aparta ya la cara de las manos! ¡Déjame que te vea! ¡Que Dios sabe de veras que sólo ambicionaba este momento!

Helen levantó el rostro lentamente. Estaba más serena. Sus nervios habían ido calmándose.

Tenía los ojos arrasados, llenos de lágrimas.

—¡Tonileta! ¿Pero eres tú?... ¿Eres tú de verdad?

—Pues claro. ¿Quién voy a ser si no?

Helen tomó una de sus manos.

—¡Qué bueno es Dios!

—¡Inmensamente bueno! Ya lo ves.

Tras de un corto silencio, Helen clavó sus ojos en los de ella.

Muy quedo y trémula, se atrevió a preguntar:

—¿Qué sabes de él?

Tonileta sostuvo la mirada.

—¿De quién?... ¿De William?

—Sí.

—¿Le quieres todavía?

Helen enrojeció.

—No; no te avergüences. Desde el primer momento me di cuenta.

—¿Supistes algo de él?

—Le llevaron a Belsen.

Helen ocultó el rostro horrorizada.

—Allí sufrió el calvario más atroz que imaginar se puede. Pero, gracias a Dios, volvió.

Helen se irguió.

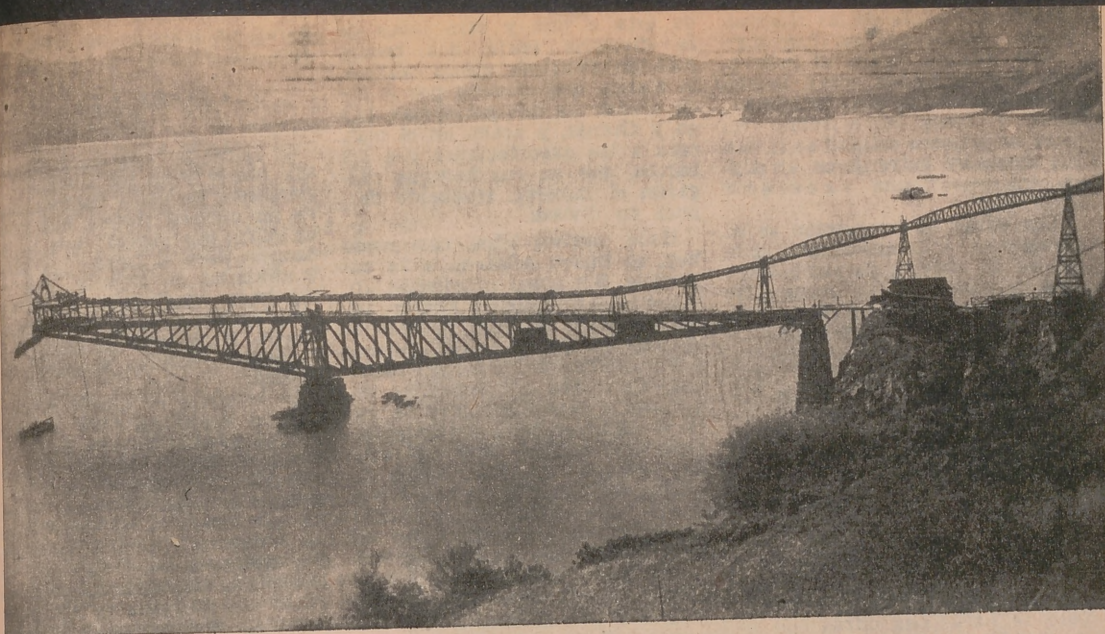
—Sí —añadió Tonileta—. Fué a buscarme a Berlín. Mejor dicho, le acompañaron.

A los dos o tres días de terminar la guerra, un coche de matrícula oficial se detuvo en la puerta de la catedral. Oí que me llamaban y... y era él.

Viene con ambas piernas rotas. Tardará algunos meses en curar, pero... pero el coche le tienes en la puerta.

Aun quiso añadir algo..., pero no le dió tiempo.

Y mientras que la escuela quedaba momentáneamente sin maestra, Tonileta envió una sonrisa a los pequeños.



MAS CERCA DEL MAR el carbón y el hierro de León

EL TREN LLEGA A LAS MINAS

PLAN GALICIA DE ELECTRIFICACION Y MEJORA DE FERROCARRILES

HAY un puente en Ponferrada que construyeron los romanos: por debajo pasa el Sil. En aquellas tierras dos ríos, Boeza y el propio Sil, que allí concluyen, forman una península donde está ese pueblo que lleva camino de pasar con un primer puesto a las geografías económicas del mundo. Al nombre de Ponferrada se asocian otros dos sabor a partituras, Wáagner y Vivaldi, dos títulos que cayeron por afición, musicales de los propietarios de unos cotos mineros. Debajo de estos títulos, la música del hierro.

Hierro es también Ponferrada, la vieja Pons Ferrata del siglo XI. El Sil se llevaba todos los años algunos sillares del puente romano. Las crecidas amenazaban acabar con la vieja construcción, y Osmundo, un obispo de Astorga, hizo al puente caballero medieval. Le vistió su armadura, reforzando con hierro los grandes ojos, puente férreo en el latín que comenzaba a morir.

Al otro lado del Sil, un barrio, La Fuehla, y en las dos márgenes del río las gentes que crecen y crecen al ritmo que salen las toneladas de hierro camino de San Miguel de las Dueñas, donde toman el rumbo de los puertos. En 1930 Ponferrada no era más que eso: una villa con título de ciudad, como tantas, con su castillo de los Templarios y su parroquia de Nuestra Señora de la Encina, donde la Patrona de

El Bierzo extiende sobre las cosas y los hombres una mirada protectora. Eran tan solo 10.780 los habitantes de la romanísima Interamnio Flavia. De 1930 a 1940, diez años y solo 3.000 almas más en la villa; la vida es difícil, y luego, la guerra. Un año después de concluida la población era solo de 13.008, pero se preparaba a dar el salto gigante de la década siguiente: 23.773 habitantes más del doble de la población de 1930. Nuevas casas y nuevas diversiones para las gentes que ahora pueblan Ponferrada. El hierro lo ha hecho todo y el hierro va a hacer más, porque la villa es como un chico al que de repente se le ha quedado pequeño el traje de marinero y ya necesita pantalón de hombre, rango de ciudad importante.

Ponferrada pide paso y lo tendrá.

Y como en las viejas películas americanas, hay que marchar hacia el Oeste, un Oeste muy cercano, al otro lado de la raya que separa dos partidos judiciales: el de Ponferrada y el de Villafranca del Bierzo; allí por fin Wáagner y Vivaldi. No valen las profecías en esta tierra de realidades; pero bien puede decirse que llegará un día en que esos dos nombres, «Wáagner» y «Vivaldi», nos traigan más aprisa el recuerdo de dos cotos mineros que el de los músicos en cuya memoria se bautizaron las minas.



El tren, en la superficie espera cargar el carbón que se extrae en la profundidad de la mina. Arriba: el cargadero, de minerales, en Vivero

Y en la música como en la minería, Wáagner está a la cabeza. Ya en marcha, sus reservas se calculan en cien millones de toneladas, extendidas a lo largo de los 22 kilómetros cuadrados que ocupa el yacimiento, Vivaldi, el más pequeño de los dos gigantes, cuenta con 17 kilómetros cuadrados de extensión y la mitad

aproximadamente de las reservas. Puede decirse que no hay diferencia alguna entre el mineral extraído de ambos cotos, iguales características, iguales resultados, unas y otros inmejorables. Su nota de primera calidad se la dan los mercados extranjeros, en donde encuentran una excelente aceptación.

Las cifras de producción se incrementan constantemente dentro de un sistema de explotación racionalizada de las minas. He aquí algunas muestras de las previsiones: «Wagner» rendirá en los próximos cuatro años las siguientes cifras de extracción: 1957 750.000 toneladas; 1958, 1.110.000; 1959, 1.550.000; 1.800.000 en 1960. En cuanto a «Vivaldi», alcanzará estas producciones: 1957, 600.000 toneladas; 1958, 1.000.000; 1959, 1.250.000, y 1960, 1.500.000 toneladas. Sobreparar en cuatro años el doble de la producción representa un esfuerzo de técnica y de rendimiento, porque el mineral no sale solo: cuesta sacarlo pero se hará. Las cifras son leyes para los hombres de esta región.

Una nueva cuenca minera está naciendo y tendrá pronto las comunicaciones que requiere. Las bocaminas de «Wagner» y «Vivaldi» no conocerán los almacena-mientos incesantes de mineral a la espera de un tren que nunca llega o el transporte largo y caro hasta los puertos de embarque. A España le ha salido una nueva fuente de riqueza y hay que explotarla. Los campos han dejado de ser refugio para imágenes buclícas. La prisa, el afán de crecer y de seguir siempre adelante están tras de las vagonetas que entran y salen bajo las boinas de estos hombres que mañana serán capataces y ganarán un dinero arrancado a golpes de perforadora de los agujeros de esta provincia rica. León, a mitad de camino entre la meseta y el mar, entre Castilla y Galicia y participando de las dos, pasa a ser un nombre de importancia en nuestro censo minero.

Las vetas de mineral no se detienen ante las demarcaciones provinciales. Bajo tierra los yacimientos duermen bajo el peso

de ésta a uno y otro lados de la divisoria entre dos reinos. Allí en Poniente queda Galicia a la eterna, que empieza por el codo a codo de dos provincias, Lugo y Orense, y acaba en el mar, cara a las exportaciones y a los barcos, que en sus bodegas cargarán el mineral, traducido después en divisas.

Hace muchos años, casi como hoy, el hierro afloraba a la superficie. Sin pozos ni galerías, solamente con el cielo sobre las espaldas de los mineros, se recogía el mineral, a un coste bajísimo y en unas condiciones espléndidas. Ya estaba allí sobre las vagonetas, esperando tomar la ruta de las factorías siderúrgicas. Entonces, acababa todo en realidad porque las dificultades de transporte, las deficiencias ferroviarias en el suelo gallego hacían antieconómica la explotación de estas minas. Las reducidas inversiones de la explotación no bastaban a compensar la carísima de las tarifas ferroviarias.

Al norte y oeste de Monforte de Lems, dos centros mineros de gran categoría. Incio y Chantada, dos yacimientos cuyas reservas globales se calculan en unas 125 millones de toneladas.

De este paisaje, mitad verde, mitad negro, se van a borrar para siempre las viejas estampas de las locomotoras de vapor. Ahora máquinas Diesel, de las que una sola hará el trabajo de tres viejas de vapor. Y a la hora de pensar en economías, un ahorro mensual de 200.000 pesetas, lo que significará por cada máquina Diesel puesta en circulación sobre los rales gallegos 2.500.000 pesetas menos de coste al año. Nadie piense que se trata de reducciones en el servicio: la rapidez de los transportes multiplicará el número de locomotoras en circulación siendo idéntico su número que el de las antiguas.

Hacia los puertos, Coruña y Vigo, ya solo quedará un camino fácil y corto. Después los muelles, los cargaderos de mineral, un barco que se va, y no para siempre. Detrás de este barco, otros y otros que ya no aguar-

darán un largo turno junto a las vías del puerto.

VIA LIBRE A LAS EXPORTACIONES

El reino de León ha vuelto por sus fueros y se ha lanzado a la conquista de otros campos. Ahora no quedan tierras que ganar ni moros que vencer, pero hay un camino para el futuro: la industrialización de España. Hoy, como hace once siglos, León tiene otra oportunidad y sabe aprovecharla. Ha sabido merecerla y ya es suya. Necesita salidas y las tendrá.

El Ministro de Obras Públicas general Vigón, ha dado la voz de ataque para la batalla de las comunicaciones. Y como todo tiene aire de operación militar; entusiasmo el plan en estas tierras de guerreros; la operación tiene un nombre: «Galicia», la región que acompaña a León en este viaje hacia la industrialización y que junto con ella será la más directamente beneficiada. ¿Razones? Muchas; el mar está allí al otro lado y hay que obrar el milagro del acercamiento a los puertos, a los muelles de atraque y descarga del mineral, a las bodegas que llevarán los minerales leoneses hacia el norte de Europa.

Se ha perdido ya para siempre la vieja estampa del provinciano que sólo contaba a la hora de exigir votos a cambio de unas promesas que nunca se cumplirían. Se ofreció todo, lo de siempre, porque nada costaba ofrecer: el tren, el puente, la mina. Ahora, las palabras son concretas; se habla de cifras de producción y de exportación, de millones de pesetas, de electrificaciones y todo basado en una realidad, fruto de horas de estudio sobre planos y balances.

Precisamente hace poco la Renfe ha anunciado la realización de un nuevo empréstito. Tras el mundo, un poco abstracto de las finanzas, están las causas de esta emisión de obligaciones que va a dar un empuje a la política ferroviaria. Hay que extender las electrificaciones y no basta pensar que sólo se necesita un cable y unos postes repartidos a lo largo de kilómetros y kilómetros. Se necesitan subestaciones, nuevos sistemas de señalización y sobre todo máquinas. El valor de una locomotora eléctrica es infinitamente superior al de una de vapor, y también es la máquina moderna, mucho más complicada que la vieja y humeante locomotora.

Se trata, en realidad, de una auténtica inversión de capital en bienes de producción y no en gastos de consumo. Lo que se gaste rentará.

El Ministro lo ha anunciado; cada año saldrán desde León a los puertos gallegos tres millones de toneladas de mineral de hierro. Las nuevas instalaciones precisan nuevos caminos y ya está en marcha el proyecto de electrificación de la línea férrea entre Ponferrada y Monforte.

NUEVOS RAILES PARA NUEVOS VAGONES

La Renfe desarrolla ahora el plan general de reconstrucción, que concluirá en 1962, un plan general de electrificación del



Una de las locomotoras Diesel probadas por la Renfe para estudiar su utilización en nuestros ferrocarriles

que no podían quedar ausentes las líneas del Noroeste de España.

El general Vigón habló de un nuevo factor en el capítulo de mejoras ferroviarias: vagones, transportes especiales de gran carga, dotados con equipos de frenado automático, que garanticen totalmente la seguridad de los largos convoyes. Su tamaño y peso obligan también a una nueva medida de prudencia: la instalación de ganchos de tracciones superiores a las setenta toneladas. Los trenes no perderán vagones en el trepar de las grandes pendientes.

Y debajo de las ruedas, casi como una perogrullada, pero más realidad que nunca, las vías, raíles fuertes capaces de soportar las presiones de un largo tren de mercancías cargado con mineral de hierro a una media horaria superior a los 35 kilómetros. La solución es única y pronto será puesta en marcha; nada de parches aquí y allá en unos incesantes gastos de reparaciones y mano de obra, renovación total de la línea férrea entre Ponferrada y Monforte de Lemos, nuevos raíles para nuevos transportes. No es gastar en balde, porque la empresa merece la pena. Según declaraciones del propio Ministro de Obras Públicas las exportaciones de mineral de hierro por esta arteria de la circulación nacional supondrá para nuestra balanza de pagos un ingreso anual de veinticinco millones de dólares. Cuando la vía esté totalmente renovada, los nuevos vagones partirán de Ponferrada con el mineral a lomos cargado por cualquiera de los dos sistemas que hoy dominan en la técnica de transporte de mineral, el sueco o el americano.

La construcción de nuevos vagones por parte de la Renfe prosigue a ritmo acelerado. Durante 1955 fueron 4.000 los fabricados con pago directo por el Estado. La mayor parte de estas unidades salen ya de las factorías españolas y son puestas en servicio inmediatamente.

La electrificación de la vía sigue la marcha del tren en su camino hacia los puertos, un camino largo y difícil que se supera con entusiasmo y deseos de llegar más allá, al otro lado de esa cadena que tiene nombre mítico, los Montes Aquilianos. En 1954 se inauguró el tramo electrificado de Brañuelas - Ponferrada, una teoría de cable, cruzando el Boeza, a través de El Bierzo y dejando atrás a Bembibre. Son tierras ricas que agradecen casi la explotación racional y exhaustiva que las prestan. Al Norte queda la montaña Berciana, tierra de patatas y centeno. La vía electrificada discurre por la extensión del partido judicial de Astorga, dieciséis Municipios que en un siglo han doblado su población.

Un año después, el 3 de enero de 1955, el entonces Ministro de Obras Públicas, conde de Vallellano, inauguraba el tramo León-Brañuelas. Ahora eran ya 128 kilómetros electrificados, a través de las montañas de León. Es una de las vías de mejor instalación. Por primera vez en España y en tramos de vía única en Europa se ha montado en el trayecto



La industrialización de Galicia beneficiará también a los pescadores en los nuevos puertos de embarque de mineral habrá mucho trabajo

Brañuelas-Ponferrada un reciente sistema de telemando centralizado, empleado con gran éxito en los Estados Unidos. Todas las agujas de un tramo se hallan en conexión directa con una estación central desde donde son controladas. No hay fallos del hombre ni guardabarreras que no respondan. El control no precisa de personal y logra además un considerable incremento de la velocidad comercial.

El nuevo tramo que será electrificado en breve acabará con la pesadilla de la rampa de Monforte, donde las locomotoras de vapor se ahogaban, reduciendo su velocidad y la capacidad de tráfico de la línea.

Y MAÑANA, ACERO

Hace cincuenta años alguien dijo que El Bierzo podría convertirse en una segunda Vizcaya. Hoy esa profecía, más o menos consciente, está a punto de convertirse en un hecho real. Entre San Miguel y Almazcara hay señales de que todo va a cambiar. Una Empresa se propone instalar una factoría siderúrgica para la transformación del mineral de hierro del coto «Vivaldi», casi a un paso de Ponferrada.

Ahora la producción de «Vivaldi» como la de «Wagner» sale camino del mar apenas atoma de bocamina. Es cierto que nuestras factorías no podrían absorber la inmensa cantidad de mineral que se extrae de estas minas y por ello se destina a la exportación, pero bien está que el primer lugar se reserve para nuestras necesidades.

Tres hornos serán de momento los primeros que señalen con su silueta la presencia de las instalaciones siderúrgicas; después llegarán más, porque no falta materia prima y el camino hacia el interior es ya fácil, gracias a las nuevas comunicaciones. Junto a los mismos filones cuyas posibilidades aparecen como incalculables saldrán ya lingotes de hierro y acero. Será ésta una versión en grande del famoso «slogan» publicitario: «Del fabricante al consumidor».

La siderurgia precisa, además, de otro elemento indispensable: el carbón, y es precisamente la provincia leonesa una de las más

ricas en él. León figura a la cabeza de la producción española de antracita y en segundo lugar de la de hulla. La extracción de carbón tiene un auge creciente a partir de la terminación de la guerra y ya en 1951 sobrepasó el millón anual de toneladas de antracita, aproximándose hoy a los dos millones la producción de hulla.

De Villablino vendrá el carbón, pasando por Ríoscuru, Palacios y Toreno hasta llegar a Ponferrada. Es un ferrocarril mineiro que pone en comunicación el norte del Bierzo con las líneas generales de la Renfe. Con los trenes que vengan de Villablino llegará todo el carbón que se necesite y los altos hornos tendrán materia prima barata y de excelente calidad.

Todo está listo para la nueva factoría, y para que nada faltara en los proyectos, la electricidad está a un paso, sin grandes y largos tendidos aéreos que encarezcan el suministro y hagan más frecuentes las averías, allí en Ponferrada, en la central térmica está la fuerza necesaria para dar impulso a la nueva obra.

Estos proyectos complementan el proyecto del Estado para descongestionar el trayecto ferroviario Monforte-Ponferrada. La electrificación de la línea contribuye a una mayor rapidez en el transporte y si, de otra parte, disminuimos la intensidad de ésta, el resultado será doblemente satisfactorio: evitar un «cuello de botella» a la economía del noroeste de España y ahorrar divisas, puesto que el mineral de hierro que en España se convierte en acero y hierro utilizables para las manufacturas evita las importaciones de la siderurgia extranjera.

MINA LLAMADA «JESUSA»

Luyego es un Municipio leonés; era un pueblo más en la geografía, una mota que apenas pasa advertida. Y si Luyego no contaba apenas más que cualquier otro pueblo, menos aún podía significar un anejo de largo nombre. Quintanilla de Somoza. Pero en Quintanilla está «Jesusa», que no es una mujer ni el nombre de una barca pescadora varada tierra adentro. «Jesusa» es una mina, unos yacimientos que están ahí desde el principio del mundo, en que la lotería de las riquezas naturales dejó caer sobre la comarca maragata este «gordo», que se cobra ahora.

Eso que se llama una importante empresa ha puesto manos a la obra y Luyego estrena mina. Aunque la noticia no es extraña en una provincia de minas, bien vale una mina más.

Se puede asegurarlo: la mina vale y rendirá. Los análisis geológicos efectuados arrojan unos resultados de entusiasmo. El mineral, las piedras escogidas por el sistema de muestreo aleatorio, arroja una riqueza superior al 50 por 100 de hierro. Por si ello fuera poco, cuentan aproximadamente con un 2 por 100 de manganeso, cualidad inapreciable a la hora de pensar en la fabricación del acero. Las muestras, además, carecen casi por completo de ras-

tros de azufre o fósforo que empobrezcan el mineral.

Aún no ha sido posible determinar con precisión la extensión y alcance de los nuevos filones, pero yo se sabe que hay mucho. Buena señal es ignorar todavía adónde hay que poner para el filón la palabra «fin». Las perforaciones realizadas en diversos puntos prosiguen acusando la presencia callada del mineral. Las nuevas explotaciones, hallarán además una extracción fácil y barata, puesto que las calicatas sólo alcanzan a uno o dos metros de profundidad; allí está el hierro. Sin grandes pozos, casi sin túneles, el mineral llegará a bocamina.

Unos millones de toneladas de mineral bajo la tierra van a cambiar toda la vida del hombre allá arriba en la superficie. Entre El Teleno, la sierra de Manzanal y Fuencebación, al SO. de Astorga sólo había antes una región agrícola y ganadera, un nombre que era popular en toda España, la Maragatería. En otros tiempos salían de aquí los mejores y más sufridos arrieros, hombres que se sabían de memoria los viejos caminos reales, que caminaban junto a las recuas en todos los climas. La popularidad era eso y también los trajes complicados y maravillosos de los maragatos. Hoy es la mina que transformará radicalmente toda la estructura social de una comarca española.

Luyego es hoy lo que mañana será San Emiliano: 2.415 habitantes en lo alto de la provincia, casi asomados a Asturias entre el puerto de Pajares y la Peña Ubina. Allí también hay hierro y ganas de explotar los yacimientos. Todo está en los planos, en los análisis de tierras y en los proyectos de nuevos ferrocarriles mineros. Cuando la operación esté a punto, una nueva zona minera pasará a formar parte de la nutrida serie provincial.

LEON, NUDO DE UN NUEVO ENLACE FERROVIARIO

La capital leonesa ha visto llegar estos días hombres de empresa a los despachos oficiales. La vieja estampa del ferrocarril vuelve de nuevo a la actualidad. No basta con modernizar lo que ya tenemos; es preciso construir nuevas líneas, establecer nudos ferroviarios que hagan más rentables las actuales. En boca de los visitantes había una sola palabra: Palanquinos, un pueblo en la meseta leonesa, donde se acercan sin juntarse, porque no pueden, dos líneas de ferrocarril, una ancha y estrecha la otra: la línea de Madrid y la de Medina de Rioseco, un pueblo que se extiende en los antiguos campos góticos repoblados por Alfonso III en el corazón de la Península. Es tierra de batallas contra ingleses y franceses. Por allí peleó Juan I contra el duque de Lancaster en el borrascoso siglo XV. De la batalla salieron títulos para Medina de Rioseco, Muy Noble y Muy Leal. Cuatro siglos después los franceses pasaron por aquí camino de Castilla la Nueva, dejando el recuerdo de la rapia napoleónica.

A Palanquinos ha llegado un pequeño tren que viene de muy lejos, de la provincia de Valladolid. Bajan las gentes de negros

diablos que van o vuelven de la feria de un pueblo, y también los que viajan de compras pequeñas, como si el tren fuera un tranvía metido a hacer su oficio entre campos de trigo. Palanquinos es final de trayecto. Quien quiera seguir más arriba hacia León y aun más al N. rte. ha de esperar en la estación de la Renfe el paso de un tren que venga a la medida del ancho de las vías, porque el modesto pero eficaz convoy que había valido hasta ahora tiene los ejes demasiado cortos para poder seguir caminando.

En León, Palanquinos es un pueblo de moda por los despachos oficiales. Hasta hoy era un rudo sin solución, porque no puede anudarse lo estrecho con lo ancho. Para los viajeros significaba tan sólo un poco de molestia el cambio de vagón, quizá la espera de unas horas para el transbordo en este pueblo. En las mercancías representa dinero, mucho dinero en jornales, en vagones inmovilizados, en el acarreo de fardos de un ferrocarril a otro. Y, claro, Palanquinos está ahí, pero la mayoría de las gentes que han tomado el tren en Palazuelo de Vedija, en Villamuriel de Campos, en Barcial de la Loma, Roales o la propia Medina de Rioseco van hacia León, un tramo apenas, unos kilómetros más allá. En León parte o muere según se entienda, otro ferrocarril de vía estrecha, de más ambiciones y capacidad: el ferrocarril de La Robla, que llega hasta Bilbao.

Y ya están aquí sobre el mapa las dos rayas pintadas que representan las líneas de estos ferrocarriles. Los hombres de empresa se han puesto de acuerdo entre sí porque a todos interesa lo que preparan. Se han marchado con sus planos y proyectos hacia León a decir aquí estamos y tratar de la unión de las dos vías, construyendo un tramo de ralles de Palanquinos a León. El trozo es corto y su rendimiento asegurará pronto los costes de la construcción. No significa tan sólo llegar hasta León desde Medina de Rioseco, sino poner en comunicación el centro de Castilla con Vizcaya, pasando por las provincias de Palencia, Santander y Burgos. Este ferrocarril tenía hasta ahora un marcado carácter industrial, pues por algo concluía en la zona fabril de Bilbao. Hoy esta unión representa la amalgama de la agricultura y de la industria, de la tierra de Campos con los altos hornos. El tramo de unión contribuirá en gran manera a la industrialización de una extensa zona castellana. El ferrocarril lleva riquezas y deja industrias a su paso, porque la facilidad de comunicaciones rápidas atrae la construcción de factorías, y donde se levanta una pronto habrá dos o tres, y luego ese complejo que se llama zona industrial, que desfigura los campos y llena de dinero los bolsillos de todos.

Las tierras de España obtienen ahora lo que necesitaban: rápidos desplazamientos de hombres y de cosas. Con ellos vendrá la riqueza.

Guillermo SOLANA ALONSO

SALE TODOS LOS SABADOS

El gran semanario español de las artes y las letras

LA LITERARIA

MAYOR VINCULACION CON EL MUNDO DE LAS LETRAS Y SUS PROBLEMAS

EL DIRECTOR GENERAL DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS HABLA DE LA REFORMA DE LA NACIONAL

Carácter retroactivo de una moratoria para las publicaciones que no se hayan presentado a tiempo en el Deposito legal

REFORMAS URGENTES: ampliación de almacén, instalación de luz eléctrica y montaje de ascensores

El Director General de Archivos y Bibliotecas, Sr. José María de Azcoitia, ha sido el primero en el Depósito Legal... (text continues with details of the reform project)

Para que nos estemos todos al tanto de lo que sucede en el mundo de las letras... (text continues with news about literary events)

FABRICACION Y DISTRIBUCION El señor Carlos Muñoz... (text continues with information about the magazine's production)

REPOSICION LEGAL En el primer artículo publicado... (text continues with a legal notice regarding the magazine's status)

El Depósito Legal... (text continues with further details about the legal deposit process)

El Depósito Legal... (text continues with further details about the legal deposit process)

El Depósito Legal... (text continues with further details about the legal deposit process)

El Depósito Legal... (text continues with further details about the legal deposit process)

El Depósito Legal... (text continues with further details about the legal deposit process)

Des José María de Azcoitia. (text continues with the start of the article on the National Library reform)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

...de una reforma de la Biblioteca Nacional... (text continues with the article)

3 PESETAS

El alcoholismo en la patología del genio

EL DOCTOR MURAGORRI LO DENUNCIA COMO CAUSA FUNDAMENTAL DE LA DECAENCIA ARTISTICA

José García Nieto, Premio Fastenrath 1956. "Lo que llevamos del XX lo heredamos del XIX en la obra de arte y en el hombre". (text continues with the article on alcoholism and artistic decline)

Lea en tercera página "Valija del exterior"

¿NOVO POESIA?

Una encuesta sobre las aptitudes literarias de la mujer

NUOVE OPINIONES DE NUOVE POSTISSAS

¿CÓMO se ve la poesía en el mundo de hoy? ¿Qué papel desempeña la mujer en la creación poética? (text continues with the survey introduction)

Primera. ¿Es la poesía, dentro de las creaciones literarias, la más adecuada a la sensibilidad de la mujer?

Segunda. ¿Por qué así? ¿Qué papel desempeña la mujer en la actual producción poética española?

Tercera. ¿Qué papel desempeña la mujer en la actual producción poética española?

Actualizaciones de las respuestas. (text continues with the survey results)

MARIA ALVARO, MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

MARIA BENDITO, MARIA BENDITO (text continues with the survey results)

8 GRANDES PAGINAS 3 PESETAS

El libro y el lector de libros

Por ROBERTO MOLINA

El lector de libros... (text continues with the article on the reader and the book)

El lector de libros... (text continues with the article on the reader and the book)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL NACIONALISMO RUSO SOVIETICO

Por Frederick BARGHOORN

Frederick C. Barghoorn



EL PATRIOTISMO SOVIETICO

EN estos días precisamente se ha conmemorado el XL aniversario de que la historia rusa rompió con su pasado violentamente e inició una nueva era. No obstante, los que, en marzo de 1917, saludaban alborozados la caída de la autocracia zarista y se disponían con confianza a aplicar la experiencia democrática en su país no sabían que su gozo iba a durar muy poco. Algunos meses más tarde las fuerzas políticas puestas en libertad arrollaban a los detentadores del poder y ponían en su lugar a otros hombres decididos a instaurar un régimen político donde los principios democráticos aparecieran como algo completamente superado. Pese a su aparente y feroz dinamismo, el bolchevismo no ha sido tampoco capaz de superar el desgaste temporal, y hoy, a los cuarenta años de su vigencia en Rusia, su ideología inicial aparece totalmente cambiada y en algunos casos totalmente contraria a lo que en un principio se prescribió como dogma. Entre las concepciones sometidas a radical revisión, quizá ninguna haya pasado por un proceso tan poderoso como la del patriotismo, que de ser en los primeros momentos algo indigno del buen comunista, se ha convertido ahora en un postulado indiscutible de la ideología oficial del marxismo-leninismo, hasta el punto de haber casi arrinconado al internacionalismo marxista. El estudio de esta evolución ideológica constituye el tema de nuestro libro de esta semana, «Soviet Russian Nationalism», libro en que su autor, Frederick C. Barghoorn, actual profesor de la Universidad de Yale y antiguo agregado de Prensa norteamericano en la Embajada de su país en Moscú, describe con la mayor seriedad científica y buen acopio de documentación este importante cambio en el pensamiento oficial soviético.

BARGHOORN (Frederick C.): «Soviet Russian Nationalism». Oxford University Press. Nueva York. 1956.

HACE treinta años, la «Enciclopedia de Leyes y Ciencias Administrativas», una de las obras más serias editadas en la Unión Soviética sobre ciencias sociales y políticas, presentaba al patriotismo y al nacionalismo como armas ideológicas de la burguesía reaccionaria. El sentimiento nacional era condenado porque elevaba la Patria y el Estado a la categoría de valores absolutos. Hoy, aunque la propaganda comunista apele al «internacionalismo proletario», una intensa y exclusiva forma de nacionalismo constituye el elemento central de la ideología soviética. El nuevo nacionalismo bolchevique es una extraña combinación en la que participan el nacionalismo típicamente ruso, el marxismo universalista occidental y, fundamentalmente, el sistema de concepciones del orden político establecido en la Unión Soviética desde 1917.

Ningún simple factor puede haber producido de manera exclusiva los sentimientos nacionalistas del comunismo ruso. La guerra y la conciencia de su inminencia han contribuido en no pequeña parte a la configuración de este nuevo nacionalismo, pero estos factores y también los demás han actuado dentro de un marco peculiar. La doctrina comunista movió a las autoridades soviéticas a prestar una especial atención a las propagandas que hacían ver como inevitable el choque del Kremlin con otros países, hasta el punto de que la situación internacional en que se desenvolvía la política rusa se le hacía aparecer siempre como un preludio de guerra, puesto que ésta era la única respuesta posible de la actitud comunista al mundo «capitalista».

Esta incómoda actitud, reflejo de doctrinas y experiencias, haría plausible la realización de la profecía totalmente cumplida del conflicto inevitable. Otros importantes elementos de la situación soviética aparecen íntimamente unidos a los factores de tipo militar. El retraso económico y técnico, por ejemplo, constituían un peligro, que, a los ojos de Moscú, podría ser solamente compensado por una atenta vigilancia, una adecuada preparación militar y una rápida industrialización. La tendencia rusa a idealizar la civilización occidental obligó a las autoridades soviéticas a conceder una importancia especial al desarrollo de un orgullo nacional «chauvinista». Ahora bien, todo esto se relacionaba, a su vez, con la política oficial de movilizar a la población para cualquier eventualidad.

El factor militar de la política soviética estimuló el renacimiento del nacionalismo típicamente ruso. Esto se hizo necesario por el deseo del régimen de conseguir el apoyo máximo de la población genuinamente rusa, población que siempre ha representado un importante papel en las fuerzas armadas soviéticas. Existen extraños y paradójicos elementos en las relaciones existentes entre el militarismo y el nacionalismo en la Rusia soviética, y la guerra contribuyó al desarrollo del totalitarismo al estimular el centralismo, el «chauvinismo» y la xenofobia.

Ahora bien, al mismo tiempo que resurgía el sentimiento nacional ruso en la Unión Soviética, tenía que producirse paralelamente un proceso ideológico anticomunista. No es necesario, naturalmente, exagerar la contradicción que existe entre estos elementos de la ideología soviética, ya que el Kremlin ha conseguido sintetizarlos relativamente. Y hasta podría pensarse que las concesiones hechas por los comunistas al patriotismo nacional ocasionasen modificaciones a la ideología comunista, cuyos efectos se dejarían sentir favorablemente a largo plazo en las relaciones rusooccidentales.

Durante la segunda guerra mundial la íntima relación existente entre el temor a los enemigos exteriores y el patriotismo se hizo particularmente coherente en la mentalidad soviética. Naturalmente, esto llevaba consigo una identificación de Rusia con la Unión Soviética, y por ello todo esto implicaba una cierta preferencia del Estado soviético por ciertos símbolos relativamente concretos, tales como «patria», «estado», «gobierno», en sustitución de otros conceptos ideológicos más abstractos. De modo semejante, los símbolos negativos del enemigo

normal, la Alemania nazi, servían para provocar el odio contra los alemanes, como tal alemanes y no como representantes de un orden social determinado.

No obstante, Stalin procuró dar un significado «soviético» a todos estos signos por los que luchaban Rusia y sus aliados, significado que en muchos casos era completamente distinto. Tanto es así que en su primer discurso durante la guerra, Stalin presenta como modelo de valor para los soldados rusos las «espléndidas virtudes del bolchevique», tal como las definió Lenin.

FACTORES TRADICIONES Y REVOLUCIONARIOS DEL NACIONALISMO SOVIETICO

Muchas de las circunstancias de la política soviética de antes y durante la guerra pueden fácilmente entenderse si tenemos en cuenta los intentos del Kremlin por explotar el nacionalismo ruso como escudo protector contra los peligros procedentes del mundo capitalista. Una concepción nacional del servicio militar y de la ciudadanía sustituyó a las anteriormente vigentes, de un carácter marcadamente marxista. Anteriormente a 1939, por ejemplo, el juramento militar comenzaba como sigue: «Yo, un hijo del pueblo trabajador y ciudadano de la U. R. S. S., me hago soldado del Ejército rojo de obreros y campesinos.» Este juramento destacaba a partir de enero de 1939 la consagración a «mi pueblo, mi patria soviética y el gobierno soviético». Una forma más tradicional rusa todavía presentaba el juramento que prestaban las guerrillas durante la segunda guerra mundial. La primera frase de esta promesa dice: «Yo, un hijo de la gran Unión Soviética y un auténtico hijo del heroico pueblo ruso, juro que no depondré mis armas hasta que haya sido aniquilado el último fascista sobre nuestro territorio.»

La poderosa relación existente entre la influencia militar y el nacionalismo ruso requerirían mucho espacio; ahora bien, los factores «políticoadministrativos» han dejado sentir también su notable contribución, aunque ésta se haya caracterizado de manera distinta. Si es cierto que la preparación de la guerra obligó al Kremlin, aun en contra de su voluntad, a hacer concesiones a los sentimientos y tradiciones nacionales, no es menos verdad que las formas esenciales del sistema político soviético han desarrollado condiciones antitradicionales y han colaborado a fortalecer lo «soviético» a expensas de lo «ruso» en la doctrina oficial. Tres características del poder político soviético se revelan especialmente significativas: la relación entre la autoridad política central y la población que administra, la estructura monolítica del poder y la hipertrofia de las funciones del gobierno. Todas estas características ejercen una poderosísima influencia del estado sobre la sociedad.

Las tendencias pluralistas puestas en movimiento por la industrialización y por el desarrollo de una burocracia funcional encargada de atender las complejas tareas administrativas han sido atentamente vigiladas. La economía soviética, fuertemente centralizada y monopolizada por el Estado, constituye un factor determinante para que el partido desarrollase la ideología de tipo nacionalista que aquí tratamos. Dentro de su marco habitual, la realización del trabajo individual tiende a ser considerado en un grado poco corriente como objeto de preocupación pública. Una economía totalmente nacionalizada debe encontrar sustitutivos para los incentivos capitalistas de «provecho» y «bancarotas». Existe una poderosa tentación a sustituir los *slogans* patrióticos por recompensas más tangibles. No debe olvidarse que los trabajadores no pueden emplear el arma de la huelga bajo el «socialismo» soviético.

La vida industrial es algo relativamente nuevo en Rusia y las exigencias de ésta han obligado a imponer una disciplina laboral que en otros países se refleja en hábitos de disciplina individual y colectiva, labor de equipo y exactitud. Nada tiene de extraño que los soviets, carentes de todo esto, quisieran dar a su tarea industrial un carácter de «empresa nacional».

LOS EQUIVOCOS DEL PATRIOTISMO SOVIETICO

Una detenida lectura de los principales textos oficiales soviéticos sobre los problemas relativos al Estado y la nación revelan que si Stalin y sus principales colaboradores no admitieron nunca que la

Unión Soviética era una nación, se esforzaron, por otra parte, por forjar una conciencia nacional soviética. Estos mismos textos nos sirven para encontrar lo que ha sido acuñado como doctrina oficial sobre el patriotismo, nacionalismo y los restantes conceptos relacionados con los dos citados. En realidad toda esta doctrina gira alrededor de cuatro calificaciones: «patriotismo soviético», «internacionalismo proletario», «nacionalismo burgués» y «cosmopolitismo», a través de los cuales se refleja toda la pluralización del pensamiento soviético. Las dos primeras designaciones son las que señalan las cosas «buenas», mientras que las otras dos son el mal total, algo que siempre se usa en un sentido peyorativo y condenatorio.

El «patriotismo soviético» es el símbolo principal del nacionalismo soviético. Es el *slogan* más abstracto y general, así como el más frecuentemente repetido, que exige la lealtad a la dirección del partido comunista de la Unión Soviética. En él se simboliza la primacía de estas exigencias, con sus valores asociados, sobre las restantes relaciones políticas y sociales.

Un destacado teórico soviético definía el patriotismo como «la fusión de las tradiciones progresivas de los pueblos con los intereses comunes de todos los territorios de la U. R. S. S.». Esta «maravillosa» fusión ha sido creada por el partido de los bolcheviques. Otra definición del patriotismo soviético es la que es «un amor sin límites del pueblo soviético a la patria socialista y a la unidad de todos los pueblos fraternos alrededor del partido de Lenin y de Stalin y del Gobierno soviético».

Los autores soviéticos se ocupan generalmente del internacionalismo al tratar del patriotismo y tratan de demostrar que estos dos conceptos se encuentran íntimamente relacionados. Una consecuencia de esta doctrina es la obligación de los comunistas extranjeros a apoyar a la Unión Soviética, cosa que en muchas ocasiones se expresa de manera explícita como la obligación de «apoyar a Rusia».

Según las doctrinas oficiales, el patriotismo soviético y el internacionalismo proletario—internacionalismo y nacionalismo son utilizados muchas veces sin adjetivos de ningún género—son sentimientos

Use los Cepillos
de Dientes

PROFIDÉN

Compruebe
su gran calidad

Ahorrrará dinero

**¡¡GARANTIA
PROFIDÉN!!**



progresivos, revolucionarios y universales, mientras que el nacionalismo y el cosmopolitismo son retrógrados reaccionarios y miopes.

Las definiciones soviéticas sobre todos estos conceptos pueden resultar tediosas, pero es necesario conocerlas, para comprender el desarrollo de las ideologías de tipo nacionalista en la U. R. S. S. Gracias a ellas se puede ver que el patriotismo soviético no difiere, examinado a fondo, de los conceptos corrientes de nacionalismo y patriotismo. Sobre la base universalista del marxismo-leninismo se ha forjado toda esta doctrina, pero esta supuesta justificación de actividad supranacional ha servido luego para desarrollar un orgullo desmedido por un patriotismo típicamente ruso. Y este orgullo nacional, muy a menudo transformado en «chauvinismo» y mesianismo, sinónimo de orgullo por todas las realizaciones materiales y culturales de Rusia, constituye el elemento vital de todo el complejo, totalmente falto de lógica por las premisas que le sirvieron de base. En realidad es su elemento irracional.

El concepto de patriotismo soviético tal como se presenta oficialmente en un modelo de concepciones elaboradas por el imperialismo del Kremlin. Si es cierto que posee muchos elementos de fuerza, como son el tradicional patriotismo ruso y el mesianismo, la utilización del dinamismo social marxista y la habilidad de la dirección soviética para imponer su voluntad política, su debilidad principal radica en que su carácter «sintético» viene de una doctrina impuesta desde arriba, que sólo sirve para ocultar las contradicciones internas de la sociedad soviética.

EL CHOQUE DE DOS CULTURAS

El apoyo dado por el pueblo al Gobierno durante la guerra hizo creer a muchos, y particularmente a los dirigentes, que los esfuerzos por identificar la madre Rusia con un estado comunista-scc al.sta. habían sido rematados con el éxito. Independientemente de lo que pueda haber de verdad en esta

afirmación, no se puede discutir que existen muchas limitaciones para el orgullo nacional basado en el progreso material. El Kremlin ha fallado por completo en sus intentos de crear una nueva cultura que satisfaga vital y emocionalmente. Las preferencias literarias y artísticas del pueblo soviético indican que sus valores, gustos e ideas, permanecen sorprendentemente inmunes a los esfuerzos del nuevo régimen por crear el «nuevo hombre soviético».

Con frecuencia, obras de literatura imaginativa revelan pruebas de nostalgia por el pasado. Mucho de la vieja Rusia, tanto de lo bueno como de lo malo, ha sobrevivido. Entre otras, el amor romántico, como lo describían los clásicos, tales como Tolstoy en su «Ana Karenina», continúa emocionando a las mujeres rusas. Es posible que con el transcurso de las generaciones, los elementos supervivientes de la cultura prerrevolucionaria de Rusia se transformen gradualmente bajo la influencia de la industrialización, el centralismo administrativo, la difusión de la educación técnica y científica y de otras poderosas fuerzas; pero lo que no puede decir nadie, tanto el Kremlin, como los observadores del exterior, es el curso que seguirá el desarrollo de este supuesto nuevo tipo de hombre.

Un eminente escritor francés destacaba que el concepto soviético de las relaciones internacionales se basaba sobre una «maniquea» división del mundo en países socialistas y capitalistas, y para que exista una auténtica y pacífica coexistencia es necesario que desaparezcan estas circunstancias determinantes. Según la tradicional opinión soviética la cultura y la civilización de los dos campos antagónicos en que está dividido el mundo están determinadas por las instituciones políticas y económicas que dominan en cada uno de los dos campos.

A este respecto resulta interesante conocer lo que recientemente se escribió en una importante revista soviética sobre lo que el Kremlin entiende por «cultura soviética». Quizá lo más significativo de todo este artículo sea la afirmación de «que sólo la cultura socialista puede facilitar las bases para una cultura universal unificada». Ideas similares aparecen en la segunda edición de la «Gran Enciclopedia soviética», donde se explica que Lenin y Stalin establecieron los prerrequisitos para la creación en el futuro de una cultura comunista unificada tanto en lo que se refiere en su forma como en su contenido.

El imperialismo cultural ruso es un instrumento de la expansión soviética política. En el citado artículo de la Enciclopedia se agrega también que «la avanzada cultura rusa ejerce una enorme influencia sobre la cultura de los pueblos de la Unión Soviética, los países de democracia popular y la progresiva cultura de otros países del mundo». Según la misma fuente, la cultura soviética, «permite defender con optimismo» los derechos de todos los pueblos hacia un «brillante futuro». Nos encontramos aquí con una mezcla de «chauvinismo», imperialismo y mesianismo. En la medida que tal actitud configura la política exterior soviética, todo el mundo, y no sólo la parte de éste que se encuentra ya bajo el dominio comunista, aparece amenazado por la rusificación y la soviétización.

Para comprender en toda su amplitud el «patriotismo soviético» y sus relaciones con la cultura occidental no hay que olvidar la doctrina del *partinost* o partidista, que determina las funciones de la cultura soviética y condiciona la actitud del Kremlin hacia la cultura occidental. Según esta teoría, expuesta por Lenin en 1908 en su obra «Materialismo y empiriocriticismo», así como en otros libros de jefes comunistas, la filosofía, la historia, la literatura y las artes deben de reflejar las verdades objetivas tal como lo enseña el partido a través de su interpretación del marxismo-leninismo.

Algunos elementos del utilitarismo cultural de Lenin derivan de los estetas populistas radicales rusos del siglo XIX, tales como Chernichesvsky. Esta tradición originalmente rusa, considerablemente alterada, se reflejó en el concepto de «realismo socialista», proclamado dogmáticamente por primera vez en el Congreso de escritores soviéticos de 1934. Tanto la obra citada de Lenin, como otras cuyas, suministraron el fundamento doctrinal del patriotismo soviético y de la aplicación leniniana de la teoría del *partinost* a las culturas nacionales, ha surgido, aunque sea de una manera indirecta,



OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMER, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

**INDUSTRIAS RIERA
MARSÁ, S. A.**

Primera empresa nacional de la alimentación

todo el «chauvinismo», que ha florecido en la Unión Soviética de la posguerra.

PERSPECTIVAS DEL NACIONALISMO SOVIETICO

¿Cuál es el futuro del nacionalismo soviético? ¿Hasta qué punto puede el Kremlin continuar utilizando símbolos nacionales para sostener su poder y llevar a cabo su programa político? En nuestros esfuerzos por un levantar el velo de la oscuridad nos enfrentamos con dos problemas. Uno es el que se refiere al alcance y contenido de la «esfera simbólica» soviética, y el otro es el tono y la intensidad de los sentimientos contenidos en el «patriotismo soviético».

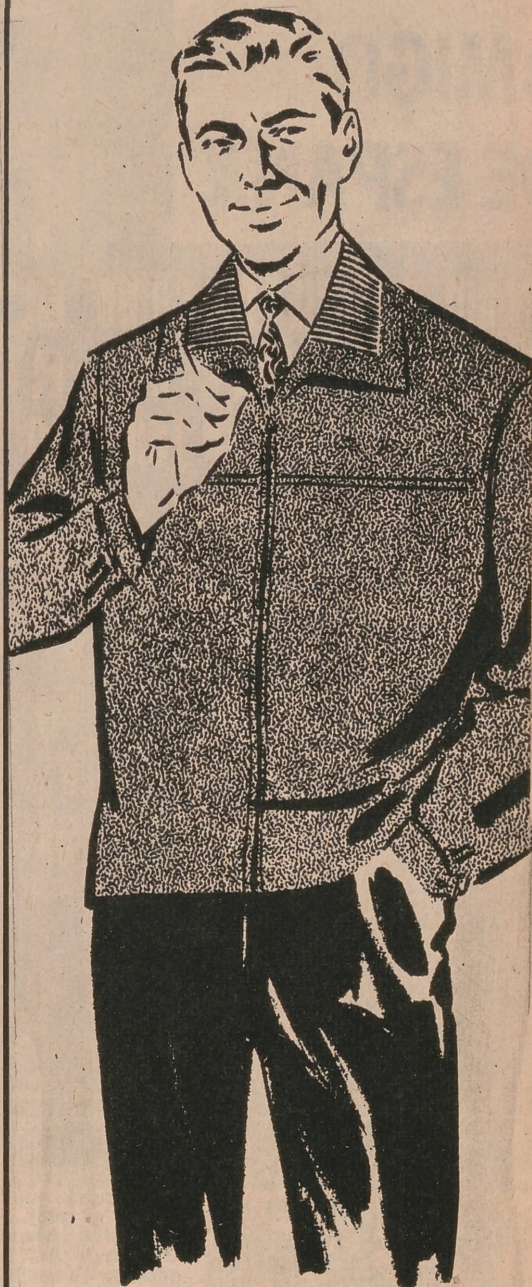
A pesar de la crudeza de su ideología, los jefes soviéticos se han mostrado como excelentes sociólogos. En cierto modo, la capacidad de los comunistas para la aplicación de la psicología y la sociología constituye su auténtica arma secreta. El marxismo ha dado a los jefes soviéticos una agudeza de análisis, que con todos sus defectos, les hace conocer por lo menos algunos importantes factores de la acción social. El marxismo soviético, combinado con el monopolio y con los instrumentos y técnicas administrativas del Kremlin, constituye una formidable herramienta.

La presión cultural soviética sobre los países ocupados es ahora un arma mucho más poderosa que la anticuada «rusificación». Los nuevos programas son bilingües y no se intenta nunca privar a las gentes de su lengua nativa, pero se les enseña el ruso. El uso de instrumentos culturales para forjar lazos entre Moscú y las Repúblicas populares, entre Europa oriental y China, ha ido acompañado por el desarrollo de conceptos doctrinales, encaminados a estimular la conciencia de un destino común.

Nuestras últimas conclusiones no quieren ser totalmente pesimistas. Las perspectivas de una continua consolidación del «campo socialista» veo son claras, y es indudable que su expansión ininterrumpida necesita de una pausa. A pesar de las tendencias integradoras de la moderna técnica, existen muy pocas posibilidades de que los partidarios de una ideología establezcan un imperio mundial. El control central crea muchos problemas de resolver. Y ¿hasta qué punto es capaz la Rusia soviética de disolver las antiguas civilizaciones orientales y las orgullosas civilizaciones de Occidente tan llenas de sentimientos nacionalistas, en la monótona uniformidad de un industrialismo totalitario marxista «rusificado»?

Lo expuesto hasta ahora nos debe llevar a dos consecuencias principales. La primera es la de que el Kremlin consiguió, particularmente, desde 1936, construir la Unión Soviética como una superación. La segunda es que la población auténticamente rusa de la Unión y sus tradiciones y su lenguaje ejercieron una predominante influencia sobre el estado bolchevique. Ahora bien, existen poderosas y comprensibles razones para estimar que las consecuencias de la combinación producida por el patriotismo soviético y el nacionalismo ruso no encontrará terreno abonado en el exterior. Y esto en primer lugar, porque el Kremlin no desea disminuir la fuerza de diversos elementos de su «internacionalismo» para fuera de casa.

Ello no es obstáculo para que las supremas ambiciones del Kremlin excedan las de cualquier Estado nacional «capitalista». En 1951 un autorizado filósofo soviético escribía que «el patriotismo soviético combina los intereses genuinamente nacionalistas con los intereses internacionales de las clases trabajadoras del mundo entero». La lectura de los libros de texto soviéticos demuestra cómo a pesar de que en ellos se proclama que el «internacionalismo proletario es el concepto dominante de la ideología soviética», la exaltación del patriotismo ruso supera en su exageración a las más apasionadas exaltaciones nacionalistas del zarismo, y los títulos de estos libros podían muy bien ser los «Russland ueber alles», ya que en ellos además de asegurarse, para desconcierto del lector poco acostumbrado a esta clase de literatura, que «la Unión Soviética es el país más avanzado culturalmente del mundo», se agrega que «el ciudadano soviético odia al sistema capitalista por todas sus viles características y está dispuesto a defender la patria socialista soviética hasta el último aliento».



CABALLEROS

Elegantes prendas de
ante, antelina y velvetón

Galerías Preciados

EL HABIB BURGUIBA, AMIGO DE ESPAÑA

**“AQUI ME SIENTO COMO EN
MI PROPIA CASA”, DICE EL
JEFE DEL GOBIERNO TUNEÑO**

**LAZOS MULTIPLES ENTRE
LOS DOS PAISES, QUE SE
REMONTAN A LA
MAS ALTA ANTIGÜEDAD**

EN las dos ocasiones que he conversado con Burguiba, han sido dos embajadores los que se han preocupado de prepararme la entrevista. Hace cerca de dos años, en Túnez, en unos días de agitación en que el país se había entregado de lleno a la misión de hacer realidad su independencia política.

Burguiba tenía afares más penosos que recibir periodistas españoles. Había negado ciento y una entrevistas que le habían sido solicitadas. Intervino el embajador de España, don Gonzalo de Ojeda, y el jefe del partido neodesturiano se avino a que le visitara en el Círculo Separatista, entre dos audiencias a un grupo de patriotas y a unos caídos disidentes. Lo cierto es que don Gonzalo de Ojeda facilita todo a los españoles que aterrizan en Túnez o que tienen fijada su residencia en la capital.

En Marruecos, en Túnez, en Libia y en Egipto, he hallado que nuestros diplomáticos son unos colaboradores de quien se presenta en nuestras Embajadas.

Cuando solicité una entrevista con el jefe del Gobierno tunecino, amablemente se me hizo ver la imposibilidad de que me fuese concedida, puesto que Sid Mohamed Burguiba solamente estaría dos horas en Madrid después de su visita a El Pardo.

Pero uno procura tener amigos en todas partes, y también en Arabia Saudí. Hablé con el embajador Sid Medhat Sheij el Al Ard, y obtuve la promesa de que harían cuanto les fuera dable por complacerme. Si España está representada en Túnez por un hombre excepcional, también la Arabia Saudí está, en España, excepcionalmente representada.



El Habib Burguiba en el momento de descender del avión a su llegada al aeropuerto de Barajas

—Tendrá que ser una entrevista contra el reloj...

—Lo comprendo.

El hall del hotel Ritz a las doce de la mañana recogía a varias damas árabes, a los embajadores de Egipto, Siria, Arabia Saudí, Líbano, Irán.

En los veinte meses transcurridos desde que visité Túnez, enviado por EL ESPAÑOL, han sucedido muchas y notables cosas en el Beylato, entre otras, la independencia, concedida a regañadientes y después de un laborioso e inútil regateo.

—La Justicia, las Aduanas, la Policía...

—No, no.

La huelga más absurda que se ha conocido en el mundo y que me correspondió sufrirla. La del exceso de celo. En los aeropuertos, para que los aviones salieran con retraso o no saliesen, los aduaneros franceses—amenazados de ser enviados a la metrópoli y susti-

tuidos por tunecinos—revisaban parsimoniosamente cada equipaje, vaciaban las maletas, se dilataban en el cumplimiento de sus funciones.

Todavía quedaban francotiradores de Presencia Francesa, y socialistas franceses y comunistas franceses, a cuyos mítines y conferencias asistí. De todo hablé en aquella ocasión con Sid Mohamed Burguiba, y todo me dijo quedaría resuelto. Me pareció que miraba el porvenir con un espíritu ampliamente optimista. Podían suceder varias cosas, todas ellas desagradables: que hubiera un cambio de Gobierno en Francia

—lo hubo—y se encendiera de nuevo la guerra en el Norte de África; que socialistas, comunistas y Presencia Francesa formaran un frente común. No sucedió nada... Francia se resignó a que Túnez fuese independiente; los componentes de Presencia Francesa huyeron del país o adoptaron



Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, saluda al jefe del Gobierno tunecino.--
Abajo: El señor Castiella recibe en Barajas al señor Burguiba

posturas más razonables, y el partido comunista francés quedó pulverizado. Cuando yo me marché, todavía ondeaba la bandera francesa sobre Bab el Bahar (Puerta del Mar), a la que habían rebautizado Plaza de Francia.

Burguiba se disculpó:

—Es tan poco el tiempo que le voy a poder dedicar...

—Sí, ya lo sé. En Túnez le hice cuatro preguntas. Hoy, sólo le haré ocho.

Sonaba el árabe en casi todas las gargantas de los que nos hallábamos en el hall del hotel Ritz. A Burguiba no pareció extrañarle que le hablase en su idioma. Menos cuando le mostré el ejemplar de EL ESPAÑOL y vió publicada

—julio de 1955—nuestra conversación en Tánger.

—¿Prefiere que le conteste por escrito?

—Si es ahora mismo, sí... Pero tengo que hacerle una aclaración. Soy analfabeto.

—¿Es posible?

—Pongamos, limitadamente analfabeto. Deletreo con dificultad y tengo una caligrafía que llenaría de vergüenza el rostro del alumno más torpe de una corania. Por añadidura, soy iletrado. Si usted escribiese sus respuestas en árabe literal—y no se puede escribir de otra manera—, para mí, lo mismo que si estuviera en quechua... Si quisiera hacerlo en francés...

—Pregunte

EL CONGRESO DE KSAR HILAL

—En la visita que le hice en el Centro Nacionalista de Túnez hablamos acerca de la política que debían seguir, dada la nueva situación, y si ésta debía ser la acordada en el Congreso de Ksar Hilal de 1934, o bien, si los años transcurridos habían cambiado las perspectivas, y, en este caso

¿cuál sería la nueva orientación política de Túnez? En cualquiera de los dos casos, deseo saber si los proyectos establecidos por el Necedur se han cumplido.

—La primera parte de nuestro programa se ha realizado ya. La independencia de Túnez. Nos falta todavía la segunda: edificar un Estado fuerte, democrático y próspero. La divisa de ese Estado a que me refiero es «Libertad, Disciplina y Justicia». No hemos retrasado el ponernos a la tarea, y los resultados obtenidos en un año en los dominios económico, social y político, nos permiten asegurar que dentro de algunos años, nuestro programa quedará totalmente cumplido.

El Congreso de Ksar Hilal fué el más importante de los celebrados por los separatistas tunecinos durante el dominio de Francia. En él surgió la escisión del Necedur. A propuesta de Burguiba, se ocupó, más que de las cosas que

se debían conseguir—en este punto concreto de la independencia todos estaban conformes—, del método que debía emplearse para lograrlas. Lo esencial era que Túnez supiera luchar y mantenerse dentro de las nuevas orientaciones, evitando apoyos ajenos pues éstos pueden cambiar en cada momento que la política cambie.

No sería difícil señalar de qué parte de Europa llegaban los ofrecimientos de apoyo. De la misma que sostenía un partido político francés en Túnez. Sin ayuda de nadie. Burguiba y su Neodestur consiguió avances concretos, y más tarde, la libertad de la nación.

—Entre los nacionalistas tunecinos, ¿existen pequeñas o grandes diferencias en lo que se refiere a enjuiciar el problema de la independencia de Argelia?

—Los tunecinos se muestran unánimes en apoyar al pueblo argelino en su lucha por la independencia.

«HEMOS ABOLIDO LA POLIGAMIA Y REGLAMENTADO EL DIVORCIO»

Este era un punto nuevo que sometía a Burguiba, pues cuando le visité en Túnez todavía el Beylato no era independiente, y la lucha se mostraba más encarnizada y más dura en los territorios del Sur y del Centro que en la misma Argelia, donde la rebelión solamente había ganado la región montañosa y difícil del Aurés.

—En nuestra conversación en Túnez hablamos de la nueva situación social que se creaba para las mujeres. Sin que su excelencia me lo dijera de una manera clara, creí entender que insinuaba que desaparecería cualquier diferencia tan pronto como la nación fuese independiente, y así lo hice constar en mis reportajes... ¿Interpreté bien lo que, en aquella ocasión, me dijo?

—Perfectamente. Hoy, en Túnez, la mujer es igual al hombre. Tiene derecho al voto, así como todos los demás derechos que le han sido concedidos al hombre.

Hemos abolido la poligamia y reglamentado el divorcio.

Le hablé de una visita que había hecho al Centro Separatista de Túnez y del ardor con que las «girls scouts» defendían la monogamia, en contra de las campesinas y de las pequeñas burguesas, que continuaban considerando la poligamia como un beneficio para las mujeres. Aquellas muchachas habían tomado parte activa en la lucha contra Francia. Cada una de ellas fué una especie de Agustina de Aragón de la Medina, y es lógico que, al ser ellas quienes han vencido en la contienda, impongan su punto de vista. Desde el primer momento, las intelectuales se sumaron al bando que no parecía tener probabilidades de ganar rápidamente, y a cuyos miembros esperaba, unas veces el destierro, otras la cárcel y, en ocasiones, la corbata de cañamo del verdugo. Ellas están, en una avanzada línea, en el bando vencedor, y han

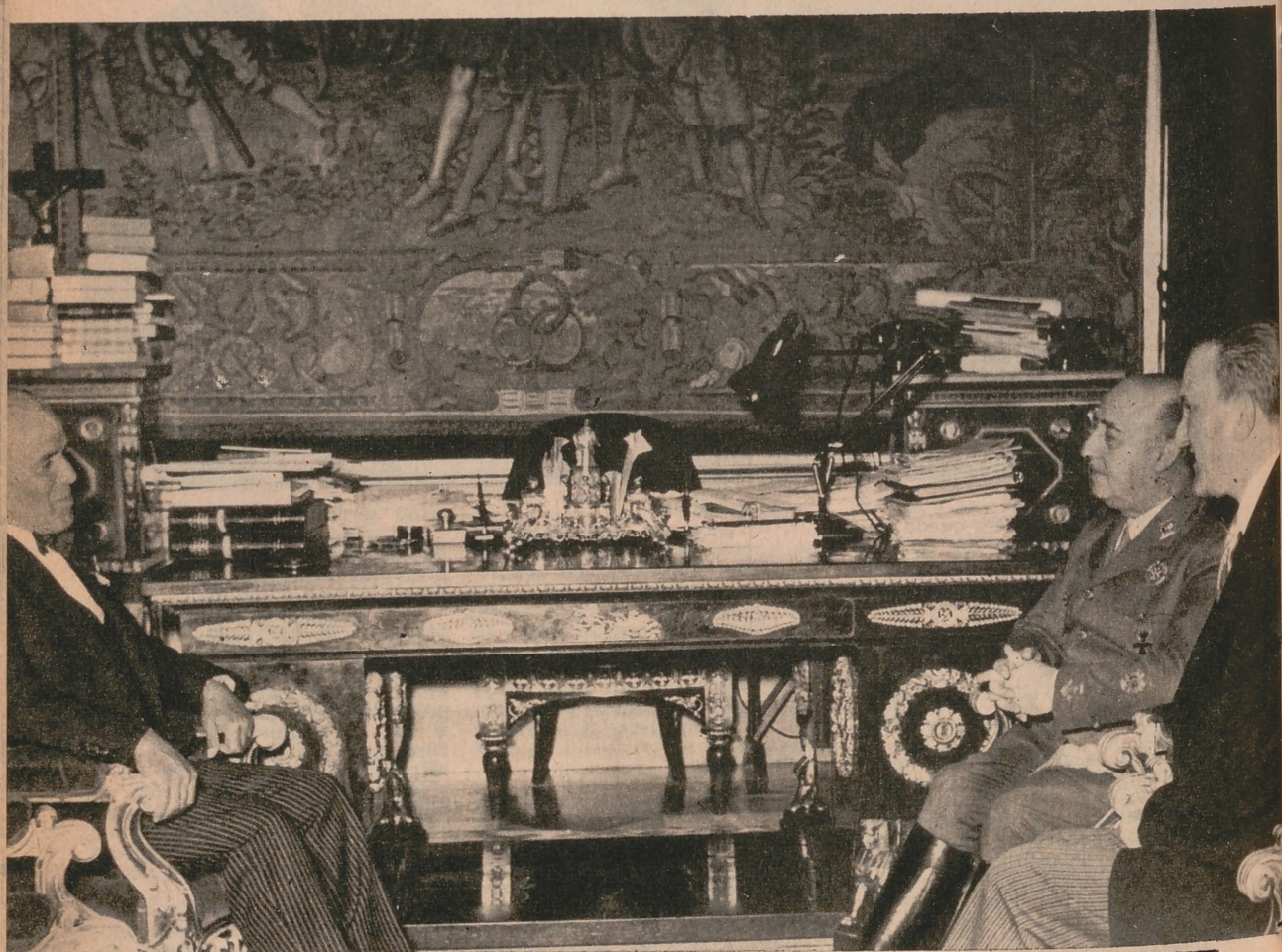
conseguido que lo que proponían se probara rápidamente. Túnez ha dejado de ser un territorio polígamo, y, en realidad, conseguir el divorcio se ha puesto tan difícil que, de hecho, como si lo hubiesen suprimido. Antes, bastaba con la voluntad del marido. El deseo de los polígamos de tener cuatro esposas, les impulsaba a divorciarse de las que menos agradables les eran, para contraer nuevas nupcias. Esto ha terminado ya. Los barrios de las «hijas de la dulzura», también. Es un adiós a lo pintoresco, que la nueva generación ha dado sin ninguna nostalgia.

—En Túnez hablamos de España, y su excelencia me dijo que no había ni en la Península ni en ninguna parte otra ciudad tan bella como Toledo. No es ésta la primera vez que visita Madrid, y supongo que, en otras ocasiones, la ha visto con menos apresuramiento que hoy... ¿qué le parece Madrid?

—Madrid es una ciudad espléndida, vivaz y hospitalaria... He observado la limpieza y la alegría que hay en sus calles, la belleza de sus jardines y la majestuosidad de sus monumentos históricos. Es una de las capitales más bellas...

Burguiba se quedó un momento indeciso, con la estilográfica separada de la cuartilla. Posiblemente quiso decir algo más acerca de Toledo; pero, tal vez, no le pareció oportuno, y desistió de hacerlo.

Burguiba estuvo en España el año 1951, cuando los franceses le



Un momento de la entrevista Franco-Burguiba en el Palacio de El Pardo, en presencia del Ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella

expulsaron de Tánger. Como ya he dicho, lo que más le impresionó de nuestra Nación fue Toledo. Cuatro años más tarde lo recordaba así:

«¡Qué ciudad!... No tenía intención de quedarme más que unas horas y prolongué mi estancia... ¡Qué río y qué puente!... Visité la Catedral, la Casa del Greco, la Sinagoga... Almorzamos en un sitio que se llama algo así como el «Fondak del Crimen» (la Posada de la Sangre). Uno ha viajado y le han hecho viajar mucho, contra su voluntad... Pero Toledo no se olvida. Cuántas civilizaciones han dejado allí sus huellas, sin mezclarse ni confundirse... ¿Y los Grecos?... ¿Y aquellas callecitas que se parecen a las de Palestina, sólo que mejoradas?»

—¿Cómo ve las futuras relaciones de España y los países del Norte de África?

—Los lazos que nos unen son múltiples y se remontan a la más alta antigüedad. La amistad de nuestros pueblos no es, pues, de hoy. Los intercambios comerciales y culturales son necesarios.

LA SITUACION DE LOS CATOLICOS EN TUNEZ

—¿Cuál es la situación de los católicos y del clero después de que Túnez logró su independencia?

—En Túnez no existe ninguna discriminación religiosa ni racial. Todos los cultos se ejercen libremente y son unánimemente respetados.

Cierto. Lo he podido comprobar en las tres ocasiones que estuve en el convento de los Padres Blancos de Cartago. Gerard Berals, profesor de Altos Estudios Tunecinos, publicó un artículo en «Informaciones Católicas Internacionales» sobre el tema «Los católicos en Túnez», en el que reproducía párrafos de la pastoral del arzobispo de Cartago, monseñor Ferrin, que recordaba que «todo miembro de la comunidad católica puede aceptar voluntariamente la nueva situación, previendo la posibilidad de trabajar en mejores condiciones por el bien común y construir un buen porvenir para este país, al que tanto amamos».

Es decir, que si el Gobierno de Túnez respeta a los católicos, tampoco éstos constituyen un obstáculo para la independencia. Por el contrario, siguiendo el consejo de su arzobispo, «construyen un mejor porvenir para el país que tanto aman».

Como el «caso Argelia» es el más candente y el que en estos instantes preocupa a los países árabes, insistí en el tema, preguntándole:

—¿Considera que es posible todavía en Argelia la unión entre franceses y argelinos?

Y he aquí su respuesta:

—La amistad entre franceses y argelinos es posible si Francia reconoce el derecho de Argelia a la independencia.

NADA HA CAMBIADO EN LA JUDERIA

—Durante el último viaje que hice por Túnez —y lo mismo en los anteriores— pude observar que los judíos eran tratados con mu-

*Au journal "El Español" avec
mon meilleur souvenir*

Burguiba



Una fotografía de Burguiba dedicada a nuestro Semanario

cha consideración por los árabes. Después de los últimos acontecimientos, ¿la situación sigue siendo la misma o ha cambiado?

—No existe ninguna discriminación entre tunecinos musulmanes y tunecinos israelitas.

También es cierto. Al regreso del viaje a Egipto me detuve dos días en Túnez, y las dos tardes pasé por la Judería. Nada había cambiado. El judío y el árabe continúan viviendo en régimen de buena vecindad. Pero aún no se había producido la invasión de Egipto por las fuerzas reunidas de Francia, Inglaterra e Israel, y este hecho no podía haber cambiado la situación. No la cambia por una razón: porque el tunecino considera al católico y al judío con los mismos derechos y con la misma nacionalidad, sin tener para nada en cuenta la religión que cada uno profesa. Cualquiera que sea su fe, si es un ciudadano de Túnez, la ley es igual para todos, sin que tenga la menor importancia que asistan a

una iglesia, a una mezquita o a una sinagoga.

«COMO EN MI PROPIA CASA»

Insisto en que se trataba de una entrevista contra el reloj. Quedaron muchas cosas sin preguntar, pero ya no era posible robarle más tiempo. Estuvo excesivamente generoso de sus minutos.

Sin que yo se lo pidiera escribió una cuartilla más. Dice así:

«Estoy muy contento de haber vuelto a España. Es un país en el que me encuentro como en propia casa. No olvidaré nunca que cuando fui expulsado de Tánger, por causa de los franceses, fue España la nación que me acogió. Entonces yo no era presidente del Consejo, y España no podía obtener ninguna ventaja por el hecho de concederme hospitalidad. Dirijo al pueblo español un saludo y hago los más fervientes votos por su felicidad y prosperidad»

Luis Antonio DE VEGA

Suscríbase usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados

Johnson levanta los haces de trigo hasta el carro, en una «pardina» de Huesca, junto al castillo de Torres Secas, que se ve al fondo



DE ESPAÑA A ESTADOS UNIDOS Y VICEVERSA

AGRICULTORES NORTEAMERICANOS EN LA CAMPIÑA DE JEREZ Y EN LOS REGADIOS DE ARAGON

CAMPESINOS ESPAÑOLES EN LAS GRANJAS DE OHIO Y EN LOS RANCHOS DE CALIFORNIA

UNO de los primeros días del mes de julio del año pasado, en el exprés que baja desde Madrid a Algeciras, viajaba un joven bastante alto y bastante rubio. Vestía una simple camisa negra y desde que subió al tren en Madrid arrojó la chaqueta en la rejilla y no la usó en todo el viaje. Tenía calor.

El verano había entrado ya y el calor se acentuaba a medida que el tren bajaba desde Despeñaperros en busca de las llanuras del Guadalquivir. En el tren, el viajero alto y rubio observaba. Y procuraba entablar el mayor número de conversaciones. No era español. Pero, sin embargo, se defendía bastante bien en medio del giro y de los modismos de las charlas. Siempre con un seseo que demostraba a las claras su origen de más allá de las fronteras.

Venía del otro lado del Atlántico. Desde los Estados Unidos. Bajó el 29 de junio en el aeropuerto de Barajas y se puso inmediatamente en camino hacia el Sur. Había nacido en Savannah, una localidad del Estado

Edward D. Johnson trabaja panojas de maíz en un sector del campo andaluz, en Jerez de la Frontera



norteamericano de Georgia, y era la primera vez que reflejaba con su ligero sudor un sol como el de Andalucía.

Atrás quedaron Córdoba y Sevilla, y luego el río Guadalquivir. El viajero se dirigía a Jerez. Fué seleccionado en los Estados Unidos para venir a España en virtud de un programa de intercambio de jóvenes granjeros hispanonorteamericanos.

En Jerez lo esperaban. Había aprendido en el tren muchas cosas. Entre otras, bastantes palabras del diccionario, que luego anotaba en una pequeña libreta. Y muchas del ligero dialecto regional. Venía a trabajar primero en Andalucía. Después recorrería el norte de España, siempre en camisa de faena y casi con los aperos de labranza. Bajó al andén.

—¿El señor Edward D. Johnson?

—Soy yo.

A LA CAMPINA JEREZANA

Edward D. Johnson, el granjero de Savannah en el Estado nor-

teamericano de Georgia, había contestado en buen castellano. Conocer el idioma español fué uno de los requisitos que se le exigió en los Estados Unidos para venir a España en virtud del programa de intercambio de jóvenes granjeros hispanonorteamericanos.

Del andén fué a la Hermandad de Labradores. De allí, directamente, a la campiña jerezana. Tenía por delante dos meses para conocer el campo español, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Para trabajarlo y para observar sus métodos laborales. Para aprender lo que los campesinos españoles le enseñaran y para enseñar lo que él había aprendido en el campo georgiano y en la Universidad del Estado, dentro de la sección agrícola.

Edward D. Johnson era licenciado en Biología por el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Procedía de una familia rural, allá en las verdes tierras del Estado de Georgia. En un rincón del Estado, su familia tenía una granja. Y él se había dedicado,

además del campo, a la Enseñanza Primaria.

DOS SELECCIONADOS PARA ESTE AÑO

Hace pocos días una docena de jóvenes españoles, tocados casi todos ellos de esa verdad que da la tierra a los hombres que viven en íntimo contacto con ella, se reunieron en la Casa Americana de Madrid.

—Vengo a ver qué hay de la marcha de dos agricultores españoles a los Estados Unidos.

Así fueron diciendo uno por uno. Después los reunió la señora Jerez —alta y rubia también, aunque es española, pero nacionalizada en Norteamérica—, ayudante del agregado cultural de los Estados Unidos.

—El proyecto es que dos jóvenes agricultores españoles marchen a los Estados Unidos para vivir, trabajar y aprender allí otros métodos distintos a los que les son comunes, forma parte de la idea que impulsó a la Fundación Farm Youth Exchange —Intercambio Internacional de Jóve-

nes Agricultores—, basada en la idea de que la comprensión de los pueblos es el principio para la paz del mundo. Es, asimismo, la oportunidad que se da de conocer y practicar lo que en otros países, distintos del propio, se conoce y se practica.

De los doce jóvenes que se presentaron en la Casa Americana de Madrid, dos serán seleccionados para vivir una temporada en el campo norteamericano. Con una o varias familias granjeras. Como hizo en España Edward D. Johnson durante dos meses, al tiempo que un español, José María Cugat, hacía el laboreo en tierras del otro lado del Atlántico. Un turno orgánico, en virtud del proyecto de Intercambio Internacional de Jóvenes Agricultores.

EL INTERNATIONAL FARM YOUTH EXCHANGE

En el año 1948 aún creía el mundo que la segunda guerra mundial había dividido a los hombres en vencedores y vencidos. En dos grupos poco menos que irreconciliables. Había terminado la batalla de la guerra y se imponía la batalla por la paz. Fué en ese mismo año cuando, en Estados Unidos, los hombres que cultivaban la tierra, conocedores de que ésta podía ser un auténtico cuerpo de ejército para la batalla de la paz, pensaron utili-

zarla por medio de sus más inmediatos y directos guardianes: los agricultores.

Adoptaron un «slogan» bastante contundente, a fuer de norteamericano: «La comprensión de los pueblos es la base para la paz del mundo.» ¿Cómo llegar a ella? Por una de las cosas que más ambicionan los hombres. La misma tierra. Su cultivo. En otras palabras, por medio de la agricultura.

El Intercambio Internacional de Jóvenes Agricultores —IFYE— es un proyecto —ya es realidad— para que jóvenes agricultores escogidos en los Estados Unidos vayan a vivir y trabajen con familias de agricultores en otros países y para que jóvenes de éstos vayan a los Estados Unidos a vivir y trabajar en el campo.

Es decir, ganar la tierra —pacíficamente—, por la misma tierra. Después, ganar a los hombres para la paz por medio de aquélla.

El intercambio se inició en el año 1948 e incluye ahora unos cuarenta países de África, Asia, Europa, América española, el Pacífico y el Medio Oriente. Desde 1948, año en que el IFYE empezó sus actividades, 629 jóvenes norteamericanos han participado en este programa, y han sido 659 los agricultores de diversos países que se han beneficiado del intercambio, acudiendo a los Estados Unidos y residiendo en granjas de aquel país.

Cuando los Clubs H-4 —National 4-H Club Foundation— pusieron su dinero a disposición del programa, dejaron a un lado sus fines puramente deportivos y entendieron que antes de predicar se debe empezar por el ejemplo. Después, una norma fundamental resumió su buena voluntad y puso en movimiento un concierto internacional que ya abarca a más de cuarenta países. La norma les llegó de la constitución del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Y rezaba así: «Ya que las guerras comienzan en la mente del hombre, es allí mismo donde se deben construir las defensas de la paz.»

Y esto se hace muchas veces por iniciativa privada. Por eso una de las características del Intercambio Internacional de Jóvenes Agricultores es que los fondos se obtienen de fuentes privadas. El personal del Gobierno de los Estados Unidos, tanto allí como en los restantes países extranjeros miembros de la organización, presta sus servicios de representación. Pero en el intercambio de jóvenes agricultores de ambos sexos no se utilizan fondos del Gobierno. Por eso, en los Estados Unidos, la financiación de dicho proyecto está a cargo de la Fundación Nacional de los Clubs H-4. Un principio reza en sus constituciones: «La expansión humana llevada a todos los países para la producción. La pro-



En Jerez están los mejores vinos. Johnson, uno más de la familia campesina, vió cómo se hacía la cosecha. Y cómo se hace el vino. Estuvo en una bodega

ducción, para la expansión humana.»

HABLAR EL IDIOMA, CONDICION INDISPENSABLE

Hablar el idioma del país que va a ser visitado y donde se va a trabajar por un período de dos a cinco meses es la condición primordial que requiere el Intercambio de Jóvenes Agricultores. Después, orientaciones y direcciones del país a visitar. El viaje no es de placer. Por eso, el agricultor que de una nación salte a otra en virtud del programa, debe saber adaptarse a las nuevas situaciones y ser capaz de comprender los problemas ajenos, como colocarse en el lugar de los demás antes de pretender imponer su criterio propio.

Todo dentro de un nivel familiar, agrícola, ya que la familia constituye el fundamento de las sociedades. Trabajar en el campo y para el campo. Aprender nuevos métodos y enseñar los propios. Después, entresacar lo mejor.

En 1955 llegó a España el primer concesionario norteamericano para activar el programa. Al año siguiente, en 1956, salió de España, camino de los Estados Unidos, un catalán, José María Cugat, y llegaba Edward D. Johnson. Cada uno de ellos permaneció en el país del otro tres meses aproximadamente. Vivieron el campo y trabajaron para el campo.

Ambos eran solteros, tenían estudios de Enseñanza Secundaria—otros dos de los requisitos previstos para el intercambio—, y cada uno, al llegar a su destino de trabajo, estaba en poder de una póliza de seguro por valor de 750 dólares. Ambos tenían especiales aptitudes para la música, para los juegos folklóricos, y los dos apreciaban el arte.

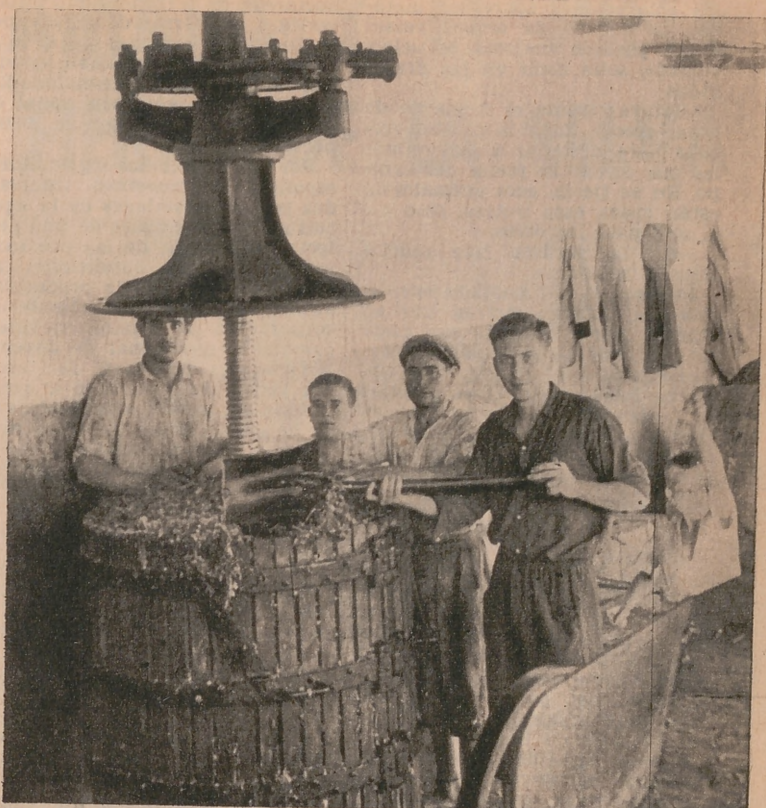
Por último, ambos se sabían de memoria que «la prueba máxima de una cultura es el fin hacia el cual continúa ofreciendo la juventud las aventuras y las luchas que vienen entrelazadas en el viejo deseo de construir un mundo mejor». Lo había dicho Eisenhower en pro del sistema de intercambio, «como los pasos más importantes hacia una paz mundial».

«AQUI HAY MUCHA PAZ DE NOCHE»

Vivir una vida según las normas y las costumbres tradicionales de un país y, de repente, amoldarse a métodos de vida de otro que dista muchos miles de kilómetros—a veces no sólo en el espacio sino también en el tiempo—, no es cosa fácil.

Cuando Edward D. Johnson se encontró en medio de la campaña jerezana hubo de amoldarse a su género de vida. Nunca había salido de su granja de Savannah, en Georgia. El campo español era su primera aventura dentro del programa agrícola hispanonorteamericano.

En Georgia sólo conocía el trigo y el ganado. Solamente había segado el primero y cuidado del segundo. Al llegar a la solera jere-



El granjero de Georgia trabajó durante varios días en un lagar. Y prensó la uva en unión de otros agricultores españoles

rezana, se encontró de buenas a primeras con los celebrados caldos andaluces, que tampoco había probado en su tierra. Conoció, pues, un cultivo distinto y un método diverso.

En la solera trabajó una semana. Arrancó racimos próximos a reventar y luego fué a las bodegas. Al final, cuando el programa de intercambio le exigió salir de Jerez de la Frontera camino del norte de España, enseñó a uno de los empleados su cuaderno de notas.

—Lea para corregir faltas.

En el cuaderno había entre otras anotaciones, estas tres muy singulares:

«Ahora sé lo que significa el «sherry» inglés. Lo he probado, y está mejor decir Jerez. También sé lo que es la siesta.»

En su tierra, a las seis de la tarde, Edward D. Johnson acababa el trabajo. Ni un minuto más ni un minuto menos. La comida del mediodía era a las doce en punto. Y ya hasta las seis de la tarde, hora de la cena. Después, al club.

En Jerez comió en el campo, alegremente en una limpia tartera. Comió más tarde y cenó más tarde que en Georgia. Las diversiones del club las cambió durante una semana—que luego subió a quince días—por dos horas de charla profunda, campesina, jerezana, bajo la parra andaluza. A lo lejos, sólo los grillos y alguna que otra canción campesina. A la luz de la luna aún escribió Johnson una última anotación:

«Aquí hay mucha paz de noche. Me gusta.»

«EN LA PARDINA HAY MUCHO TRIGO»

De Jerez de la Frontera, a Huesca. El sol era otro, los gen-

tes otras, dentro de la geografía española... y el campo era otro. Un caserío de trigo. Allí vivió y trabajó en medio de los trigales, no lejos del Castillo de Torres Secas. Por la mañana, apenas el sol asomaba de Oriente, Johnson salía del caserío montando el carro pesado, tirado por varias mulas. Otra cosa inusitada para él. En el carro siempre iba con el dueño del trigal y con sus dos hijos, uno de ellos «aún sin el servicio militar».

Descarnar panojas de maíz y arrebujar en el carro los haces de trigo fueron sus ocupaciones durante cerca de un mes. Aquí el trabajo no era el de la campaña jerezana y la ropa no se ensuciaba tanto. Por eso, en Huesca el granjero norteamericano adoptó la camisa blanca, cuando en Andalucía siempre usaba la negra, por los caldos de la uva.

Por la tarde llegaba hasta Torres Secas y alternaba en la taberna del lugar. A la vuelta, en el estómago, casi un pernil de cordero y el ánimo alegre. Cuando estuvo en Andalucía aprendió el juego de dominó. En Andalucía, el dominó. En Huesca, pernils de cordero. Y enseñó a los del caserío a bailar una buena rumba.

—Decían que ya no estaban por esos trotes.

Johnson había tomado buena nota de «no estar para esos trotes». Hasta entonces aprendió en su español oficial que sólo trotaban los caballos. Luego supo que el trote también se extendía a las personas. La palabra tenía más significados.

De Huesca, a Madrid, y de Madrid a Norteamérica. Había prometido escribir a los «boys» del caserío, como antes a los vinateros del cortijo. Y seguir con ellos

las aclaraciones sobre los métodos de cultivo de ambos países y sus posibles mejoras. «Vuelvo, vuelvo», solía decir en las despedidas.

Mientras tanto, el cuaderno de notas creció. Entró la palabra «cucua» para designar a los animales que hacen la faena del campo. En su tierra, esos animales no están «para esos trotes», sino casi sólo para los otros.

—En la pardina hay mucho trigo y bueno.

Johnson había anotado «perdina». La palabra que se usa en Huesca para designar un caserío. En una de sus recientes declaraciones a la Prensa dijo que nunca había visto unas panojas de maíz tan altas como las que encontró en España. «Cortijo, pardina, vinillo, moza...» Todo entró en su cuaderno.

TRES MIL MILLONES PARA EL RIEGO

Mientras Edward D. Johnson trabajaba las tierras de España en virtud del programa de intercambio, un español, José María Cugat, hacía otro tanto por tierras americanas. El agricultor catalán decidió aprovechar las enseñanzas del campo americano para luego aplicarlas al de su patria, no lejos de Barcelona.

Quería aprender los últimos adelantos agropecuarios y estar dispuesto para cuando faltasen las lluvias. Entendió que el pueblo español lucha desde antiguo contra un clima adverso y otras condiciones desfavorables para la agricultura. El problema del riego español es tan viejo como la misma historia de los campos españoles. Por eso el Gobierno asumió la tarea de divulgar entre los agricultores las nuevas técnicas del cultivo.

A esta labor coopera eficazmente el Intercambio de Jóvenes Agricultores, un resultado más de la ayuda que viene prestando la Administración de Cooperación Internacional de los Estados Unidos. Intensifica la marcha de la buena inteligencia hispanoamericana en el campo de la agricultura. En este sentido, la I. C. A. ha facilitado al Ministerio español de Agricultura importaciones por un valor de 629 millones de pesetas. Parte de la maquinaria así importada ha sido transferida a los agricultores privados.

Este mismo Ministerio ha recibido, además, unos mil millones de pesetas, procedentes de los pagos en pesetas de productos agrícolas norteamericanos vendidos a España a través de la I. C. A. De estos mil millones de pesetas, 723 fueron entregados a título de donación y los restantes a título de préstamo.

Por su parte, el Ministerio de Obras Públicas ha recibido, para financiar los trabajos de la Dirección General de Obras Hidráulicas, la cantidad de 789 millones de pesetas a título de préstamo, y se han realizado importaciones por valor de 152 millones, que han sido en su mayor parte de maquinaria.

Todas estas cantidades representan un total de cerca de tres mil millones de pesetas, que han sido empleadas en el desarrollo de la agricultura española. Y por casi toda la geografía de España. Ya en el año 1953, unas 36.000

hectáreas de terreno fueron convertidas en tierras de regadío por el Instituto Nacional de Colonización y en la actualidad, en virtud de los fondos mencionados, se calcula un aumento anual de la superficie en riego de 60.000 hectáreas.

Por su parte, los agricultores españoles se muestran interesados por las novedades de la agricultura y dan señales de una perfecta adaptación de las prácticas modernas a las condiciones en que se desenvuelve la producción agrícola española. La reciente incorporación de España al Intercambio Internacional de Jóvenes Agricultores facilitará la tarea. Así lo ha proclamado a lo largo de más de treinta conferencias en su país el granjero norteamericano que vino a España, Edward D. Johnson. Quedó grandemente sorprendido del impulso que el Gobierno español ha dado a la repoblación forestal en los últimos años. Para la repoblación de unas 30.000 hectáreas en las provincias de Madrid, Murcia, Zaragoza, Granada, Málaga, Ciudad Real y Toledo, el Patrimonio Forestal del Estado, con la ayuda de la I. C. A., ha dispuesto últimamente de cien millones de pesetas.

EL PRIMER ESPAÑOL DEL INTERCAMBIO

Casi aún no ha pisado tierra de España José María Cugat —veintisiete años, moreno y más bien bajo—, el primer español que fué a Norteamérica en virtud del programa de intercambio de agricultores. Trae novedades. Para él y para su masía. Se fué a Estados Unidos en junio del año pasado. Vivió y trabajó en los Estados. Primero en Ohio. Allí estuvo adscrito al Servicio de Extensión Agrícola, un organismo creado para llevar profesores al campo que hagan de enlace entre el agricultor y la Universidad. Entre la investigación y el campo.

—Allí hube de cantar y bailar la sardana.

Lo recuerda como el que ha realizado una proeza. Concomodamente sentado en el café, mientras me va enseñando una colección de fotografías en colores. Para verlas me pasa el proyector. Una linterna especial.

José María Cugat es un agricultor con manos blancas. Me extrañó.

—Menos horas de trabajo —aclaró—, y éste, mecanizado.

En Norteamérica, el pequeño agricultor no tendría vida. El de manos duras y trabajos que pueden hacer las máquinas. Sólo un trece por ciento de la población es allí campesina.

Cugat es precedente del pueblo catalán de Jorba. En su familia hay un apellido Jorba, un cabo del Ejército español que recibió tierras americanas del Rey. Uno de los primeros colonizadores del condado norteamericano de San Bernardino, donde trabajó Cugat el campo. Chino, la ciudad central del condado, fué fundada por un hidalgo español.

—Como un hidalgo español. Hasta ahí llega la comparación cuando en el condado se quiere hablar de caballerosidad y modales superiores.

UN ESPAÑOL DE ESPAÑA

El primer Estado en que vivió

Cugat fué en Ohio. Trabajó el campo con tres familias, en tres condados distintos. Tres o cuatro semanas con cada familia. Después pasó a California. Primero, a la Universidad de Berkeley. Al Campus, como le llaman los californianos. Luego, al condado de Contra Costa, a dos pasos de San Francisco, en un típico rancho del Oeste: seis mil acres para ganado y 150 de nogales. Tres semanas.

—También allí tuve que bailar la sardana.

Y allí vió cómo los mejores caballos eran los alazanes de descendencia española. Y se dio cuenta de que tener en el ámbito agrícola veintisiete años es casi ser un papá Noel. A los dieciocho o diecinueve años, los americanos y las americanas se han casado y empiezan a tener hijos.

De Contra Costa, al valle de San Joaquín. Nombres españoles, en una geografía que fué enteramente española. Trabajó con una familia armenia, que es lo mismo que trabajar la fruta seca. En California, las profesiones se ejercen al amparo de la nacionalidad de origen. Los portugueses son vaqueros. Los italianos, vineros. La fruta seca se deja para los armenios.

—¿Y los españoles?

—Los españoles son los mejicanos.

Apenas suben del río Madre arriba. Los que llegan de este lado del Atlántico son españoles de España.

EL BARBECUE, O UN PLATO CASTELLANO

En el Medio Oeste. Cugat probó el barbecue. Carne asada y enterrada durante algunas horas. El plato típico de los rancheros. Lo llevaron los españoles. A las seis, el trabajo agrícola. Desde reunir maíz hasta ordeñar las vacas, que ya se va haciendo mecánicamente. A las doce el «sandwich». A las seis el plato fuerte. Después, al club.

—Allí hay mentalidad de club.

La vida social es intensa entre los agricultores americanos. Se sacrifica la vida familiar, que casi toda se hace en la cocina. Todos los caseríos están aislados, pero la tierra no está dividida. Una mentalidad y una forma de vida que en realidad dista muchos kilómetros y necesita adaptación. He aquí la finalidad del intercambio de agricultores.

—¿Cuál es la mayor diferencia entre los Estados Unidos y España?

La pregunta se la dirigan muy a menudo.

—El océano Atlántico.

José María Cugat se había llevado de España buen humor.

—¿Qué cigarrillos prefieres: los de aquí a los de allí?

—Los del amigo.

De su experiencia en los Estados Unidos. Cugat—un agropecuario diplomado en la Escuela de la Diputación barcelonesa—ha comprendido que la agricultura, lejos de ser allí un ejercicio vital, es un negocio.

Con el Intercambio Internacional de Jóvenes Agricultores se tiende a dar un nuevo paso. Un paso de miles de kilómetros. Toda la anchura y la profundidad del océano Atlántico.

Juan J. PALOP

CON LA CAMARA Y EL RIFLE ENTRE LAS FIERAS DE LA SELVA



Doce toneladas de carne: músculo y hueso, abatidas en la selva. Los indígenas quitan la piel del paq uidermo

J. J. FENYKOVY, EL HOMBRE QUE ABATIO EL MAYOR ELEFANTE DEL MUNDO PARA CAZAR EN AFRICA, TRES SON MUCHOS

ROJO, amarillo, verde y blanco. Tres banderas recortadas sobre el cielo azul. Tres saludos para quien llega a Humpata, a la casa grande y baja, al hogar de un cazador. Las banderas de Portugal, España y Hungría se agitan en el aire de Angola, a miles de kilómetros de los países que representan.

Aquí vive, durante la temporada de caza, J. J. Fenykovy. De aquí sale para sus expediciones y aquí regresa después de haber pasado bajo las ruedas de su «jeep» y su camioneta cientos de

kilómetros de selva. Siempre trae algo a la vuelta; una piel de leopardo, un par de colmillos de elefante, sangre para ser analizada o un record mundial.

Y, terminadas sus vacaciones, desde aquí, desde Humpata, regresa a España, a su otro hogar y a su trabajo.

RIESGO Y EMOCION. NORMA DE LA VIDA EN LA SELVA

Algunos sudamericanos dirían que «Angola significa leche agria». Los portugueses: que es una de

sus posiciones ultramarinas desde 1484. Una persona desapasionada, que son 1.246.700 kilómetros cuadrados, para unos cuatro millones de habitantes. Y puede que añadiese:

«Demasiada tierra para tan poca gente».

Pero un cazador daría una respuesta más apasionada que la de la fría estadística. movería la cabeza asintiendo a la afirmación portuguesa y se encogería de hombros ante el sudamericano. Porque para cualquier cazador Angola es el paraíso. Esa sería



Por esta vez el león no pudo alcanzar a la cebra. Una bala terminó con su salto apenas iniciado. El cazador se retrata junto a las piezas cobradas

su respuesta, y luego se pondría a soñar.

Porque desde el barco, acercándose a la costa, baja, seca y desértica, Angola desilusiona. Pero una vez cruzado el desierto y llegado a las montañas, Angola es otra cosa. Es Africa, semiexplorada, casi desconocida, salvaje y humana al mismo tiempo. Es la tierra verde de los amaneceres rojos y la muerte callada y silenciosa. Es la vida que da saltos de ocho a diez metros en las patas de los antílopes o que arremete contra el cazador cuando carga el viejo elefante solitario, al sentirse herido. Es lo inesperado, lo imprevisto, lo que puede suceder en cada minuto. Y generalmente sucede

Pero ahora Angola está lejos. Es decir, relativamente lejos, porque en el despacho de Fenykovy, un colmillo de elefante sirve de pie a la lámpara situada junto a la mesa, y sobre ésta, el caparazón de una tortuga puede servir de pisapapeles. Las paredes están decoradas con trofeos, y en la que hace frente a la mesa, dos colmillos enormes y los cuernos de un kudú hablan de horas de persecución, de riesgo y aventura. El trofeo del kudú es magnífico; el cráneo, blanco, se ve disminuido por los largos cuernos retorcidos que brillan al sol de Castilla.

—¿Cómo empezó y terminó el día en que abatí ese kudú?

Fenykovy sonríe y se echa hacia atrás en su silla.

—No ocurrió nada de particular. En la cacería, en realidad, todo es normal. Se coge el rastro, que después hay que seguir procurando siempre ir contra el

viento para que el animal no pueda olfatear al cazador. Y si el animal tiene buena vista hay que saber esconderse, ir a gatas, para llegar a una distancia desde donde con una o dos balas se pueda abatir con toda certeza.

Ha dicho que todo es normal. Y a mí me gustaría saber qué es entonces lo anormal, ya que tan corriente resulta que un rinoceronte cargue contra el cazador o que éste se vea expuesto a morir aplastado bajo los cascos de una manada de búfalos. Es la normalidad del riesgo cuando se persigue y da caza a un animal que intenta defender su vida.

EL ANTILOPE DE ABANICO Y EL AVESTRUZ QUE NO PUDO HUIR

El desierto. Aquí la palabra no sirve para expresar lo que todos solemos pensar cuando la empleamos: arena, sed, camellos y tuaregs o pozos secos. Aquí el desierto está situado entre la costa y la cadena montañosa que corre paralela a ésta. El desierto tiene hierbas, extensas zoras en las que no se ve la tierra y extensiones en las que cada pisada levanta más polvo que la anterior.

En el desierto vive un curioso animal: el antílope de abanico. De no muy gran talla, de color claro y cuernos cortos, huye ante el peligro dando saltos, y sus patas tocan la tierra cada diez metros cuando va a la carrera.

En el desierto la expedición avanza. Los antílopes están cerca y emprenden la retirada. Pero ningún animal es más veloz que

una bala, y uno de ellos, alcanzado en el momento de saltar, cae a tierra. Se levanta y huye de nuevo. Los cazadores se acercan. Nueva herida. Aún se levanta otra vez, pero vuelve a caer para no levantarse ya más. La muerte le ha tocado con su dedo. Entonces, desde el cuello hasta la cola, el pelo del animal comienza a erizarse. Se va abriendo lentamente al principio y más de prisa después, hasta formar una mancha blanca, de un blanco immaculado. Como una flor alargada y suave que el antílope ofrece a la muerte.

Cargado el animal, la expedición sigue avanzando. El desierto verdea o se oscurece con la hierba o la tierra negra. Las montañas se van acercando.

Más tarde, tres avestruces, un macho y dos hembras, forman tres puntos oscuros sobre la llanura. Suenan el arma y el macho parece tropezar. Cae. Poco después, el cuchillo busca su estómago. Los avestruces, además del alimento que digieren, tragan cualquier objeto brillante que les llame la atención. Y los diamantes brillan al sol. Por eso la hoja de acero va buscando. A veces se encuentra alguno y a veces no. Como ahora.

Prosigue la marcha. Delante, el «jeep»; detrás, a camioneta. Las montañas empiezan a enviar su aliento.

PARA CAZAR EN AFRICA, TRES SON MULTITUD

—¿Qué es necesario para formar una expedición?

—La caza en Africa se puede



En un claro, el descanso del campamento. Quizá la mañana siguiente les encuentre a muchos kilómetros de allí. La caza marca la ruta por una tierra sin caminos

ejercer igual que en cualquier otra parte; en forma modesta o con gran lujo. Desde luego, para ir desde España a África hay que contar con el gasto inicial del transporte hasta allí, o sea el viaje en barco o en avión. Pero ya una vez allí la cacería se puede preparar en forma modesta, como lo hacen, por ejemplo, los cazadores profesionales, a quienes solamente les interesa la carne y el marfil, que van sin gran instalación. También se puede ir con una instalación de gran lujo o buscar un término medio, omitiendo las cosas superfluas, pero conservando lo necesario para no caer en pleno primitivismo.

Fenykovy hace una pausa y cierra los ojos un momento. Luego sigue:

—Yo, por mi parte, he escogido este término medio. No llevo lujos innecesarios, pero sí todas esas cosas mínimas precisas para no llegar a ese primitivismo de que le hablo, que puede poner en peligro la salud.

—Por regla general, ¿cuántas personas toman parte en una expedición?

—Cuántas menos personas haya, tanto mejor. Yo considero que si cazan dos cazadores juntos, acompañados por un cazador profesional o guía, es totalmente suficiente. Cada persona más, es ya un estorbo y dificulta la cacería. Incluso puede hacerla peligrosa.

Por la avenida del Doctor Esquerdo pasa un camión. Fenykovy sigue hablando un momento, pero luego se calla. Cuando el rui-

do del motor se ha alejado prosigue:

—Personalmente, prefiero ir solo, acompañado únicamente de mi ayudante habitual, que desde hace años viene siempre conmigo. Después de tanto tiempo, los dos estamos ya muy compenetrados. Se trata de Mario Pontes de Sousa, un portugués nacido en Angola. No es precisamente cazador profesional, sino guarda forestal, pero es buen tirador, conoce la selva, habla varios dialectos indígenas, es buen mecánico... Reúne todas las condiciones necesarias. Además de Mario, también me acompaña siempre mi mecánico español, Antonio Núñez, que tiene a su cargo los vehículos y el campamento.

DEL SUELO A LA CRUZ, 4,02 METROS: UN RECORD MUNDIAL

La roca, cortada como con una espada, ha quedado atrás. Ya no se oye el ruido de las cataratas, ese sonido monótono y vario al mismo tiempo, en el que se inspiraron los indígenas para construir una especie de xilofón. Para conseguir el sonido más o menos grave, emplean calabazas más o menos cortas, de mayor o menor diámetro. Su sonido recuerda en cierto modo al del agua cayendo de gran altura y sobre el rumor sordo y persistente se levanta un contracanto agudo y cambiante que tiene algo de la voz de los pájaros. La tierra, el agua y el cielo, en unos compases primitivos, sencillos, ingenuos casi, que revelan una vez más la

natural predisposición de la raza negra para los sonidos y el ritmo.

Comienza la meseta. La caravana ha de subir tres o cuatrocientos metros más para encontrarse en plena sabana, a más de 1.200 metros de altitud, en donde el bosque y los claros alternan en una llanura sin fin. Es el territorio de los elefantes, de los machos solitarios con largos colmillos, de las manadas que forrajean en los espacios abiertos, atento el oído y la trompa sensitiva alzada al aire como una antena.

Sesenta, setenta manchas grises, sobre el terreno amarilloverdoso. Un elefante enorme, casi un record, destaca entre los demás. Una buena presa. El cazador se acerca contra el viento, pero éste cambia constantemente y la manada parece olerle. En un momento dado, las trompas de los elefantes de uno de los grupos se alzan. Tres segundos después los animales emprenden la huida hacia el bosque, a terreno cubierto, mientras la manada entera les sigue. Una ocasión perdida.

No lejos de aquí, Fenykovy consiguió abatir un macho que establecía el record mundial. Acompañado de Mario y de dos «pisteiros» siguió su rastro hasta un bosquecillo. Entre los árboles destacaba la mole del paquidermo. No estaba solo. Otro, de menores dimensiones, le acompañaba. El cazador, antes de disparar usó el tomavistas. Luego, el rifle. Abatió a los dos animales y tomó las medidas del mayor. Cuatro metros y pico desde la pata a la cruz. Ahí est-

ba el record. Un elefante normal mide de tres a tres metros veinte de alzada y el record anterior estaba en tres metros ochenta centímetros. Hay que medir, además, la longitud desde la trompa hasta el rabo, el diámetro de la pata delantera y asimismo el de la trasera. Y a ser posible, casi siempre lo suele ser, tomar fotografías del momento de la medida, de modo que en la película o el cliché se vea claramente la cinta. En esta ocasión, Fenykovy se decidió a despojar de su piel al animal inmediatamente, aunque sólo disponía de seis hombres. Armados de cuchillos fueron abriendo el elefante desde el extremo del rabo al principio de la trompa.

A pesar de la escasez de brazos, la piel fué separada del cuerpo con toda la rapidez posible en estas circunstancias. Igualmente fué separado el cráneo. La mayor dificultad se presentó al querer cargar todo en la camioneta. La piel sólo pesaba más de dos toneladas, y los hombres se vieron y desearon para subir a la plataforma. Se empleó el cabrestante del vehículo para izarla, pero la gruesa rama que servía de apoyo al cable se partió. Hubo que volver a empezar y terminar por subir la piel al camión subiendo pata a pata, tirando de ella por medio de un cable sujeto al «jeep» y ayudándose con palancas. Después del cráneo y una de las patas. Sin carne, claro, sólo el hueso, que llevaban entre seis hombres. Si el hueso hubiese estado recubierto de músculos y tendones, ni veinte hombres hubieran podido transportarlo. Seiscientos kilos de sal hicieron falta para poner la piel en condiciones de ser aprovechada por el taxidermista.

Doce toneladas de vida detenidas en seco por un par de balas. Y entonces se me ocurre pensar en los medios empleados para abatir piezas tan grandes.

—¿Qué armas usa?

—Armas pesadas inglesas, que paran a un elefante en carga. Precisamente en los últimos años he utilizado siempre el «416 Rigby». También hay armas más pesadas, pero éstas ya son difíciles de llevar en la mano por su excesivo peso. El «416 Rigby» es bastante eficaz para grandes paquidermos.

—¿Y municiones?

—Las correspondientes.

—No hace mucho tiempo se escribió un libro en el que se iniciaba una polémica sobre armas y municiones...

Me interrumpe levantando una mano, como un aviso:

—Esa polémica es eterna. Como usted mismo sabe, llegó incluso hasta el extremo de hacer una apuesta de diez mil dólares, asegurando el apostante que era capaz de abatir un elefante con flechas. Esta noticia apareció en los periódicos. Hay quienes afirman que para cazar elefantes lo mejor es el calibre pequeño, de siete u ocho milímetros, mientras que la mayoría insiste en que hay que usar armas más potentes y de calibres grandes.

—¿Cuántos elefantes ha abatido hasta ahora?

—En total, veinte, pero pude haber abatido muchos más.

LA MUERTE TIENE COLOR

En el Museo de Ciencias Naturales de Madrid se conserva el antilope negro que hasta la fecha es el record de la especie. Tiene unos largos cuernos curvados hacia atrás que casi le llegan al lomo. Es curiosa esta especie de antilope. Los ojos los tiene colocados en la base de los cuernos y todo él da una impresión de gracia y esbeltez. Nadie había podido averiguar de qué color eran los ojos de este animal, porque todos los que se habían cobrado estaban ya muertos cuando el cazador llegaba a su lado. Fenykovy lo supo y lo fotografió en color por una casualidad.

Disparó contra uno de ellos en la sabana y creyéndolo herido de muerte se acercó con la cámara en la mano para fotografiar sus últimos instantes. Al acercarse a él, el antilope se levantó y permaneció de pie, inmóvil y aturdido. La bala le había atravesado el cuello sin tocar la columna vertebral dejándole atontado, y ante la proximidad del hombre lo único que pudo hacer fué levantarse. Fenykovy se dió cuenta de lo ocurrido mientras filmaba y se dió cuenta también de que el problema ahora consistía en cómo iba a conseguir abatirlo. La situación era curiosa. El cazador se acerca a su pieza, deja el rifle y toma la máquina para hacer fotos. Pero el animal está vivo y el hombre quiere filmar y cobrar la pieza. La dificultad estaba en que el arma la había dejado apoyada contra un árbol. Si se movía mucho, el antilope podía reaccionar y huir, y si quería coger el arma, no tenía más remedio que moverse. Su «pisteiro» indígena, que era el único quien presenció la escena, resolvió la cuestión. Arrastrándose como un gato, dió un pequeño rodeo por detrás del animal hasta llegar al arma y volvió a recorrer el camino a la inversa hasta poner el rifle en las manos del cazador. Una bala en la base del cuello fué suficiente. Segundos más tarde, los ojos del antilope habían perdido su color. La muerte es negra.

Este fué el último antilope de esta especie cobrado con autorización del Gobierno portugués. La intensa persecución de que la especie ha sido objeto, amenaza acabar con ellos y en vista de esto, el Gobierno ha prohibido su caza durante cinco años. Fué un buen ejemplar, casi un record que no llegó a igualar el establecido por el corde de Yebes.

—En una cacería normal, ¿cuántas piezas se cobran?

—Depende del fin con que se haga la cacería. Hay cazadores a quienes les importa muy poco la calidad y quieren únicamente la cantidad. Para ellos es más importante el mayor número de piezas, sin que miren nunca la calidad de los trofeos. Otros cazadores más deportivos miran la calidad en primer lugar, sin importarles regresar de la expedición con pocos trofeos a condición de que éstos sean buenos. No es preciso que siempre sean piezas record, pero sí piezas muy buenas, cerca del record, como por ejemplo esa cabeza de kudú, casi record mundial.

Es algo magnífico en verdad, pero para apreciar toda su belleza hay que verla, no basta con describirla.

—Yo perteneczo a los cazadores que miran la calidad de las piezas y últimamente prefiero cazar imágenes a cazar animales. Quiero decir con esto, que prefiero cazar con mi máquina fotográfica y mi aparato tomavistas y no matar. Desde luego, si se trata de una pieza extraordinaria, la abato como trofeo y también mato algunas piezas para dar de comer a los indígenas que me acompañan y ayudan y, naturalmente, también para nuestro propio campamento. La caza es la base de la comida en los campamentos.

LA CIENCIA BUSCA EL VIRUS EN EL CORAZON

—En cambio, en una de mis expediciones, hace cinco años, abati un buen número de piezas, pero esa vez fué con fin científico. En aquella ocasión quise ayudar a la misión científica de un profesor de la Organización Mundial de la Salud, el profesor Dr. F. Cambournac, que estaba buscando el virus de la fiebre amarilla en la sangre de los animales salvajes. Para este fin abati entonces unos ochenta animales diferentes.

La ciencia busca alivio para los males de la humanidad en cualquier terreno, en las condiciones que sean, siempre y en todo momento. En las películas realizadas por Fenykovy puede verse un plano sobrecogedor. El animal ha caído muerto y el cuchillo del indígena busca el corazón, lo encuentra y saca a la luz. La viscera late todavía en la mano morena y la jeringa se llena antes de que la sangre se coagule. En otra ocasión, la víctima es un búfalo, pero cuando la aguja pincha el corazón, la sangre ya se ha coagulado. Una muerte no del todo inútil, sin embargo, pues enseña que hay que obrar más de prisa porque la enorme corpulencia del animal impide llegar a donde se quiere en el momento justo. Lo mismo sucede en el caso del elefante. Se necesita mucho tiempo para abrir camino hasta su corazón, enorme masa muscular que pesa por término medio unos treinta kilos y que para los indígenas es un bocado exquisito. Algunos corazones llegan a pesar hasta sesenta kilos.

Junto a la búsqueda metódica de los científicos está la superstición o la fuerza de la tradición entre los indígenas. Cuando el cazador abate un león, no se comen su carne, pero antes de desarrollarlo bailan a su alrededor y sobre él, para luego embadurnarse con su grasa. Una medicina primitiva y totalmente ineficaz a la hora de enfrentarse con uno de ellos. Los colmillos de la fiera nada saben de antidotos ni brujerías. Matan, simplemente, eficazmente.

Hay seres en la selva que viven pegados a ella, arrastrándose por el suelo, trepando por los árboles como una liana viviente o escondiéndose bajo las ramas muertas, convertidos en una latente amenaza para todo aquello que late y pasa cerca de ellos. Uno de estos seres es conocido por el nombre de mamba. Es una serpiente que ataca con la

rapidez del rayo. atraída por el calor de un cuerpo, se la moleste o no. Y su picadura es mortal de necesidad. No hay ningún suero que pueda combatir los efectos de su veneno. Este actúa con tal rapidez, que antes de que dé tiempo a intentar algún remedio, la sangre se ha coagulado en el cuerpo de su víctima y la muerte se apunta otro tanto.

UNA VICTIMA QUE NO ES COMO LAS DE LAS PELICULAS

El río es punta de cita y lugar de vida. Los animales que viven en la tierra acuden a él para beber durante la noche. Los que pasan el día en el agua, cuando el sol se pone, salen a la orilla para buscar su alimento en la hierba alta y húmeda. El cocodrilo y el hipopótamo salvaje son los habituales moradores de la corriente.

En las películas, el hipopótamo es un ser salvaje, belicoso; en las novelas se le describe empujando un galope destinado a enviar al cazador unas docenas de metros más allá después de un choque de consecuencias fáciles de prever. En la realidad, el hipopótamo no sale del agua durante el día. Permanece hundido asomando sólo los ojos, hundándose y volviendo a aparecer. Al llegar la noche se acerca a la orilla y se bambolea entre las altas hierbas buscando alimento. Es fácil cazarle desde la orilla. Basta tener buena puntería y saber esperar. Cuando, herido, se hunde, al morir su cuerpo se va llenando de gases y unas horas más tarde reaparece un poco más abajo del lugar en que murió arrastrado por la corriente. Dos toneladas o más de carne, que flota despacio hacia la orilla empujado por los remos manejados por los indígenas.

El cocodrilo es el eterno hambriento del río. Nada es bastante para satisfacer su hambre. Si la bala de un cazador hiere a uno de ellos, los demás esperan, cerca, a que muera. Cuando la vida ha dejado aquel cuerpo acorazado de escamas, sus hermanos entran en acción. En poco tiempo el muerto ya no es más que un recuerdo en la mente de quien ha contemplado la escena.

EL ACORAZADO BLANCO DEL BOSQUE

El rastro es reciente. Las huellas profundamente marcadas en la tierra todavía húmeda. Y entre ellas un surco profundo, un camino trazado por el cuerno delantero del rinoceronte blanco.

Los dos «pisteiros» siguen las huellas rápidamente. Se detienen de repente y señalan con la mano en silencio. Allí, detrás de unas matas está el animal. Parece más bien gris que blanco, pero se le da este nombre debido que su piel es más clara que la de los restantes de la familia. Una bala da en el blanco. El rinoceronte, herido, se vuelve para atacar. A veinte metros de distancia, una segunda bala lo abate. Todavía tiene barro en el cuerno que le sirve de arado, húmeda la piel. Cerca está la hembra y no pasa mucho tiempo sin que haga compañía al macho en su viaje



El cráneo del elefante record. Cientos de animales de esta clase viven en Angola y muchos cazadores encuentran en ellos su medio de vida

que tiene por meta las salas de un museo de Ciencias Naturales. La hembra tiene la piel más clara y más limpia, pero de mayor tamaño. Una coraza blanca que no ha podido detener los proyectiles del cazador.

VIDA Y MUERTE EN AFRICA

Dos palabras que alcanzan su exacto sentido y su auténtico valor en la selva. Matar. Morir. Es la vida bajo los árboles del bosque, entre las altas hierbas de la sabana o en el río. Es el principio y el fin de todo cuanto se mueve y respira en las regiones de este Continente a las que to-

davía no ha llegado la civilización. Todo es terrible y sencillo. El búfalo herido que agoniza apoyado en sus patas traseras, ahogándose en su propia sangre, que se resiste hasta que algo más fuerte que él le hace agachar la testuz. El león que acecha pacientemente el rayo blanco y negro que es la cebra lanzada al galope. La vida misma, más intensa, más agitada y más primitiva que en cualquier otra parte.

Es Africa, es Angola, inmenso escenario del drama de la vida y de la muerte.

Gonzalo CRESPI.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

Fenykovy, poco después de abatir el elefante que le daría el record



CON LA CAMARA Y EL RIFLE
ENTRE LAS FIERAS DE LA SELVA

J. FENYKOVY, EL HOMBRE QUE ABATIO EL MAYOR ELEFANTE DEL MUNDO
PARA CAZAR EN AFRICA, TRES SON MUCHOS